

Ken Sewell nació en Londres, Inglaterra, en 1950. Es especialista en el comportamiento canino.

En 1974, Ken creó la fórmula original de “enseñar al amo para que su perro aprenda”, fundando en el mismo año el equipo de adiestramiento a domicilio que revolucionaría el ámbito del aprendizaje canino en todo el país.

El 3 de Junio de 1989, fue nombrado Académico Corresponsal de la Acadèmia de Ciències Veterinàries de Catalunya por su labor en el campo de la etología.

Desde entonces, colabora asiduamente con facultades de veterinaria, enciclopedias, revistas técnicas y de divulgación, ayuntamientos, prensa y medios de comunicación, para orientar tanto a profesionales como a aficionados en cuestiones de conducta canina.

Ken ha publicado dos libros: “Así aprende su perro” y “Así es su perro” que han superado los 15.000 ejemplares vendidos, convirtiéndose a la vez en “best sellers” y clásicos de su especialidad.

Sus servicios de educación y terapias del comportamiento canino son recomendados por casi novecientos establecimientos, entre clínicas veterinarias y tiendas de animales, de Barcelona y alrededores.

www.kensewell.com

Antonio Prats

Doctor en Veterinaria y Director de la revista Animalia

"Ken Sewell es claro y conciso. Sabe cómo y hasta dónde puede llegar con cada perro que trata y ésta es una virtud que muchos olvidan. Ken es de esas personas a las que cualquier veterinario quisiera tener a su lado en la clínica cotidiana; pero es demasiado libre. Saber comunicar es el secreto de su profesionalidad; comunicar con el propietario, con la mascota y hacer que ambos sepan comunicarse".

Sílvia Pintado

Bióloga de la Universitat de Barcelona

"Ken Sewell se entrega en cuerpo y alma a una especialidad que le fascina y que le ha hecho merecedor del reconocimiento que tiene. Su rectitud no está reñida con su excelente humor, que le convierte en una persona encantadora, cuya imagen me recuerda la de un científico entrañable del s. XIX."

Cris Molins-Pueyo

Antropóloga Social de la Universitat Autònoma de Barcelona

"Ken Sewell es, como educador y etólogo, excelente; como estudioso de la evolución, tremendamente lúcido y de estimulante lectura y conversación: Un erudito con los pies en el suelo y que goza del justo equilibrio de quien conoce y sabe hacerse entender. Todo ello le convierte en un extraordinario maestro".



corazón CANINO®

Ken Sewell

Los secretos de la felicidad compartida

corazón CANINO®

por

Ken Sewell



corazón canino es el libro que esclarece las bases del comportamiento canino y de su modificación. Ken Sewell es comportamentalista canino de profesión, con 38 años de experiencia a sus espaldas. Ha resuelto más de 12.000 casos y es autor de “Así es su perro” y “Así aprende su perro”. Este nuevo libro es una aventura apasionante para los que sienten debilidad por las mascotas y Ken nos propone conocer a los perros desde una perspectiva canina... para llegar a su corazón.



Los secretos de la felicidad compartida

corazón
CANINO®

por

Ker Smeel

Título: "Corazón Canino: Los secretos de la felicidad compartida" ®
Autor: Ken Sewell ©
Editorial xxxx
Barcelona, España, 2010

Primera edición : 2010

Diseño de la portada: Nuria Llori ©
Diseño gráfico: Nuria Llori
Fotografías: shutterstock

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia no autorizada por escrito de los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.



A mi querida esposa,
Sweet little M^a Antonia
... lo mejor que me ha
pasado en la vida.



Agradecimientos

Como siempre, estoy en deuda con todos los profesionales que recomiendan mis servicios de adiestramiento a domicilio, residencia canina y cursos de etología y educación. Desde aquí, deseo expresar mi más sincero agradecimiento a todos y cada uno; veterinarios, veterinarias y propietarios y propietarias de tiendas de animales de compañía de Barcelona capital y alrededores, que me han dado, entre muchas otras cosas, esta posibilidad de seguir luchando por el bienestar de nuestros mejores amigos, tanto caninos como humanos.

A través de casi un millar de dichos establecimientos, me llegan llamadas telefónicas de las personas que pueblan mi vida profesional. Son los dueños y dueñas que quieren aprender a satisfacer ilusiones o resolver problemas relacionados con el comportamiento canino y confían en mí para ayudarles a lograrlo. Me siento realmente privilegiado al colaborar con gente tan magnífica y estoy encantado de conocerlos a todos. Dais sentido y alegría a mi trabajo.

A los alumnos y alumnas que han compartido tres meses de sus vidas conmigo individualmente y a los que han hecho un curso intensivo de verano en grupo, les mando un fuertísimo abrazo. He firmado sus diplomas con la satisfacción de saber que, sin excepción, estas personas darán buena cuenta de sí mismas ante un problema de conducta de un perro. Hasta la fecha, he tenido mucha suerte. ¡Espero que vosotros opinéis lo mismo!

Merecen una mención especial en este apartado cuatro amigos que me han prestado un apoyo insustituible. Milena González es mi mano derecha en todo el ámbito de la educación canina. Josep Salvador es una fuerza motriz principal de nuestra residencia canina y Núria Llorca ha arrimado el hombro de una manera que es de agradecer en el diseño de este libro y en la realización y mantenimiento de nuestra página web. A Montse Colell, la única persona que yo quería que hiciera el prólogo de este libro, le he admirado siempre; como persona, como científica y como pedagoga. Es un auténtico honor que hayas accedido a mi petición, Montse. ¡Procuraré estar a la altura!

¡Muchas, muchas gracias a todos!



Prólogo

Conocí a Ken hace más de una década en un seminario sobre capacidades cognitivas y evolución, en el que yo daba una charla sobre autoconciencia en grandes simios.

Aquella fue la primera ocasión que tuve de charlar con él, pero su nombre ya me era familiar. Había visto la tarjeta profesional de Ken en tiendas de animales y consultorios veterinarios y conocía su fama. De hecho, creo que debe ser difícil encontrar en Barcelona y alrededores un buen aficionado a los perros que no haya oído hablar de Ken Sewell y de su habilidad para resolver problemas de conducta y de convivencia entre amos y canes. No en vano lleva casi cuarenta años dedicándose a adiestrar perros a domicilio (¡más de doce mil casos!), con unos resultados excelentes.

Cuando nos presentaron me gustó de inmediato la confianza y amabilidad que irradiaba y los conocimientos que mostraba sobre un tema (la inteligencia de los primates) que no era su especialidad. Su curiosidad y energía y el entusiasmo que mostraba por su trabajo me cautivaron y empecé a entender el porqué del éxito de su método de adiestramiento: Un método que Ken ha desarrollado de forma intuitiva y autodidacta, aunque ya desde muy joven se había sentido interesado por la Etología, que estudió en Inglaterra.

Nacido en Londres en 1950, su carrera profesional empezó en Barcelona, en 1974. A lo largo de los años, además de cosechar incontables éxitos como adiestrador de perros, ha publicado diversos libros y artículos sobre comportamiento canino. En 1989, en reconocimiento a su trabajo fue nombrado académico corresponsal por la Academia de las Ciencias Veterinarias de Cataluña y once años más tarde fue elegido como director del Círculo Darwiniano de Homínido (Grupo de Orígenes Humanos de la Universidad de Barcelona) por su labor de divulgación científica.

Pero el mayor reconocimiento para Ken es el de sus clientes, que ven cómo aquel problema de conducta, que parecía tan insoluble, puede resolverse sin causar sufrimiento a su mascota, de forma definitiva y a menudo en unas pocas sesiones.

Gran parte del éxito de su método se basa en no sacar al perro de su entorno, trabajar en estrecha relación con el amo y con su mascota y no aceptar casos en los que no se pueda asegurar un resultado positivo. Dichos casos son pocos y, a menudo, dependen más de las características del amo que de la problemática que presenta el perro.

El método de Ken es sumamente eficaz y contiene algunos principios educativos fundamentales, basados en la confianza y el entendimiento mutuo. El perro necesita un amo cuyo comportamiento sea coherente y previsible y el amo debe ser capaz de reconocer e interpretar correctamente los mensajes conductuales de su perro.

Entender el comportamiento del perro parece simple, pero no es tan fácil. De hecho, es un problema que conoce bien cualquier estudioso del comportamiento animal.

Así, la mayoría de personas presentamos una tendencia muy marcada a interpretar y calificar las reacciones de los animales desde un punto de vista estrictamente humano. Esta perspectiva antropocentrista es especialmente acusada en dos casos: cuando se trata de primates no humanos, especialmente si son grandes simios (chimpancés, bonobos, gorilas y orangutanes), y cuando los animales en cuestión son... ¡perros!

El primer caso tiene una justificación objetiva muy razonable. Nosotros también somos primates y, nuestra proximidad filogenética con los grandes simios es muy elevada. Compartimos un gran número de rasgos anatómicos y fisiológicos y muchas de nuestras conductas son parecidas a las suyas. Pero los primatólogos conocen bien el peligro de interpretar la conducta de los prima-

tes no humanos a partir de nuestra propia conducta. Un comportamiento realizado por un chimpancé puede ser idéntico al realizado por un niño, pero el significado funcional puede ser muy distinto. En general, las interpretaciones antropocéntricas tienden a ser sesgadas y, a menudo, erróneas.

¿Y qué ocurre con los perros? Algo similar. Pero en este caso, la interpretación humanizada de su comportamiento y la atribución de determinados sentimientos, se basa más bien en la existencia de una proximidad emocional entre humanos y canes, construida a lo largo de miles de años de estrecha convivencia entre las dos especies.

Los perros suscitan un interés especial. De algún modo, los consideramos diferentes al resto de las especies animales. Dicho interés también se pone de manifiesto en charlas y seminarios sobre comportamiento y cognición animal. Aunque no se haya hecho mención alguna de los perros, siempre surgen preguntas relacionadas con su conducta y, a menudo, los asistentes intervienen explicando anécdotas extraordinarias sobre sus mascotas. Los estudiantes de etología también se interesan especialmente por el comportamiento canino. Sin embargo, los perros no suelen ser el mejor ejemplo a considerar cuando se trata de explicar la conducta desde una perspectiva adaptativa y evolutiva. Los humanos llevamos tanto tiempo de convivencia en común con los perros que hemos modelado su comportamiento de acuerdo con nuestras necesidades materiales y afectivas. Y no hay que olvidar que cada raza (seleccionada por nosotros a lo largo de años de domesticación) tiene sus propias peculiaridades y características.

Ken propone a los propietarios de los perros (y a todos los que sienten debilidad por estos animales), una aventura apasionante. Abandonar el antropocentrismo y conocer a los perros desde una perspectiva canina, llegar al corazón canino para, a partir de esta comprensión, conseguir el mejor ajuste posible del perro con su amo y del amo con su mascota. Así, el adiestramiento que propone Ken se basa en el principio de la mínima intrusión, es decir,



conseguir que sea el propio perro el que, en última instancia, modifique su forma de comportarse, porque ya no le reporta ningún beneficio seguir con su conducta anterior.

Ken cree en su proyecto y tiene motivos para hacerlo. Y hoy, nos invita a que formemos parte del mismo. Su propuesta es también una forma de combatir la desinformación que hoy en día todavía existe sobre las posibilidades del adiestramiento. Desinformación que, en demasiadas ocasiones, puede llevar a que los propietarios de un perro con desajustes conductuales consideren el sacrificio de su mascota como la única solución posible. Ello conlleva la muerte innecesaria de un número indeterminado de animales y, a menudo, sentimientos de culpa, angustia y fracaso en las personas implicadas.

Esta realidad es todavía más triste porque la gran mayoría de problemas comportamentales pueden ser resueltos con facilidad, mediante una intervención adecuada al problema y sin necesidad de administrar psicofármacos ni de alejar al perro de su amo.

Y ahora ya sólo queda comenzar a disfrutar y aprender leyendo las páginas que siguen. Pero, antes de hacerlo, es una buena idea entrar en la web y conocer a algunos de los clientes de Ken. Detrás de cada foto y de cada nombre hay una historia a menudo plagada de conflictos y pasiones, pero con un final feliz.

Dra. Montserrat Colell Mimó
Profesora Titular de Etología
Facultat de Psicologia - Universitat de Barcelona

Barcelona, quince de enero de 2010





Índice

0.	INTRODUCCIÓN ILUSTRADA	18
1.	CÁNIDOS Y HOMÍNIDOS	40
2.	LA COMUNICACIÓN LOBUNA	58
3.	DEL MONTE AL SALÓN	76
4.	ENTENDER A UN CACHORRO	96
5.	LA OBEDIENCIA BÁSICA	120
6.	EL CONTROL SIN CORREA	144
7.	LA DOMINANCIA DEFINIDA	168
8.	LA MITIGACIÓN DEL MIEDO	200
9.	ALGUNOS CASOS ANALIZADOS	222
10.	RESUMIENDO CONCEPTOS	272
	EPÍLOGO + BIBLIOGRAFÍA	316



Introducción Ilustrada

Introducción Ilustrada

20



21

LA COMPRENSIÓN

¿Crees que entiendes a tu perro? ¿O eres de las personas que todavía están convencidas de que hay que *reñir* a un perro cuando *sabe* que ha hecho *mal*? Si tu respuesta a esta última pregunta es afirmativa; créeme, necesitas este libro; sobretodo si tienes que resolver algún problema de comportamiento.

¿Por qué? En primer lugar, porque nunca hay que *reñir* a un perro. Él recibe la riña como una amenaza de agresión inminente y se prepara para responder; o con la huida o con la autodefensa; cosas que no te convienen en absoluto.

Luego, lo que ha hecho un perro, hecho está; y no hay forma de hacer un puente entre el presente y una acción acabada. Aunque a un ser humano le pueda parecer que sí, él no *sabe* nada con respecto a lo que le estás diciendo, porque no tiene la maquinaria cerebral necesaria para poder interpretar el significado de una reprimenda. Tu propósito sólo está en *tu* cabeza, no en la suya.

Por último, el bien y el mal son conceptos relativos, mejor entendidos como lo socialmente beneficioso y perjudicial respectivamente. Los perros heredan comportamientos que

tienden a convenir a su sociedad atávica del monte, pero éstos poco les ayudan a captar *tus* deseos en un momento urbano determinado.

Un perro no hace las cosas *mal* porque te desafía o se venga, sino porque no se ha enterado de tus intenciones; repito, aunque pueda parecer que sí.

La manera de comunicarte con coherencia canina es el tema principal de este libro pero, para ello, habrá que desmitificar una nueva generación de falacias, nacidas de la inexperiencia y consiguiente desconocimiento, que no hacen más que exacerbar una situación que ya era más que confusa.

Antes de indagar más en este tema, haré algún comentario acerca de la predisposición de los perros a aceptar una normativa. Siendo como son, animales jerárquicos, heredan expectativas que facilitan el establecimiento de una serie de pactos que encauzan su comportamiento, igual que nosotros. Si las normas se transmiten con claridad, el o la aprendiz se tranquiliza porque sabe a qué atenerse. Los seres jerárquicos tenemos un montón de ventajas al vivir en comunidad, a cambio de las cuales debemos ceder ciertos privilegios ante las exigencias del colectivo.

¿Enseñar a un perro a ser obediente es incompatible, entonces, con las manifestaciones de cariño? Para nada. Todos los mensajes se reciben por contraste. Intenta decirle algo a alguien sin abrir la boca y verás cómo, al reducir el contraste entre sonidos, la información se vuelve ininteligible. Con esto, quiero decir que, si la tónica habitual en la interacción con tu perro es dulce y melosa, cualquier brusquedad en tu tono hará que te preste una atención especial. Todo buen contrato debe beneficiar de modo similar a ambas partes contratantes. Por lo tanto, si tu quieres mimarlo a él y él quiere que lo mimes, tenéis un acuerdo que puede durar toda la vida.

La única advertencia es que no debe trascender el mimo al terreno de la autoridad. Si fallas aquí, el resultado será la confusión de tu discípulo. Si le mandas estar quieto, no cambies de idea porque él muestre el deseo de acercarse a ti, aunque tú también estés deseando que lo haga. Espera a que acaben sus muestras de disconformidad y, luego, libéralo para que te acuda. Éste es sólo *un* ejemplo, de momento, de ser coherente... previsible.

La firmeza previsible, lejos de hacer que se enfríe una relación, contribuye a aumentar el apego; porque sus genes saben que el poder que muestras para controlarlo, también puede servir para protegerlo.

Quien te diga que nunca hay que decirle que no a un perro viene de otro planeta... donde las prohibiciones quizás sean exageradas. La recomendación de no mimar, asimismo, puede provenir de la carencia afectiva de su autor.

Me encantaría seguir contando cosas pero para eso está el libro. Volvamos, pues, a aquellas falacias que apunté antes, para intentar sacar algo en claro de su procedencia.



LA FRUSTRACIÓN

En los casi cuarenta años que llevo haciendo de *encantador de perros* en Barcelona y alrededores, he visto pasar el péndulo pedagógico desde el tenebroso laberinto de la violencia hasta los más ingenuos confines de la benevolencia nutricional. En otras palabras; antes, imperaba una especie de afán paramilitar de someter a los perros por la fuerza para que obedecieran y, ahora, ha surgido una fe ciega en una rechoncha y mágica varita, llamada Frankfurt, para amortiguar el desenfreno animal.

Evidentemente, quien se haya dado cuenta de esta transición compartirá conmigo la enorme alegría de suponer que, hoy en día, la inmensa mayoría de los perros se encuentra a salvo del suplicio que antaño implicaba el adiestramiento.



Sin embargo, una proporción alarmante de propietarios y propietarias de perros de compañía me manifiesta reacciones que varían entre la insatisfacción y la indignación ante métodos de enseñanza que se basan únicamente en el premio para recompensar los aciertos del alumno.

Mientras es cierto que las tareas más complejas; como la preparación de un perro de asistencia; se logran empleando este sistema, hay que tener presente que dicha labor requiere una meticulosa selección del cachorro y la dedicación de muchas horas de entrenamiento por parte de profesionales experimentados.

Las familias con las que yo trabajo, unas doce mil hasta la fecha, simplemente han decidido compartir su hogar con una mascota, a la que quieren mucho y para quien desean lo mejor. Para estas personas, el perro es un amigo, no un proyecto pedagógico.

Cuando el animalito crea algún problema en la convivencia dentro de casa o se muestra excesivamente exuberante en el exterior, la familia mira de solucionar la situación de la manera más razonable que esté a su alcance. No suele haber tiempo para una dedicación plena a la resolución.

Suerte tendrán las personas implicadas si su perro pertenece a esa minoría peluda que vendería su alma canina por un trozo de salchicha. En tal caso, los propietarios lograrán fácilmente que "Bobby" haga el pino si se lo proponen; eso sí, siempre y cuando se lo pidan con el manjar en la mano y no aparezca distracción alguna en el entorno que supere la influencia de la golosina.

Si no sirven, pues, las viejas tradiciones que nos instan a hacer daño, ni las nuevas instituciones que nos intentan hacer creer que la modificación de la conducta debe pasar irremediablemente por el estómago; no es de extrañar que la confusión de profesionales y particulares aumente a la par de los fracasos educacionales.

Por lo tanto, he decidido regalar mi "versión de la película" a través de esta página web; para que esté al alcance del máximo número de personas posible y, también, para demostrar en la medida que pueda que no me motiva un interés lucrativo sino pedagógico. Mi objetivo es tan sencillo como necesario: ayudar

a ese máximo número de personas a salir de sus muchas dudas, con explicaciones razonadas de cómo es el perro de compañía y de cómo modificar su comportamiento, provocando así una notable mejoría en la calidad de vida de todos.

Soy autodidacta y éste es el tercer libro que escribo sobre conducta canina. En los anteriores: "Así es su perro" (1999) y "Así aprende su perro" (1995), he insistido por encima de todo en la necesidad de suprimir la violencia en el trato con nuestro mejor amigo pero, paradójicamente, ha llegado el momento en que debo cuestionar la utilidad de los premios cuando se trata de conseguir resultados fiables en el campo del aprendizaje canino. Como es lógico, ofreceré una alternativa eficiente... la que empleo desde hace treinta y ocho años.

En lo que se refiere a la comprensión de cualquier fenómeno, y el comportamiento canino no constituye excepción alguna, el disidente ruso Andrei Sajarov advertía que: "El peligro de la mente occidental estriba en que tiende a aceptar como verídica la primera explicación que entiende, sin comprobar la solidez del criterio en que se basa dicha explicación". En este contexto, hay que recordar que el ser humano tiene un tipo de cerebro reflexivo que *necesita* explicaciones de todo lo fundamental para paliar la angustia de la incertidumbre. Mientras no conoce una explicación fehaciente en concreto, la acostumbra a inventar.

Por otra parte, -y la siguiente observación puede resultar interesante para algunos y algunas profesionales de esta disciplina- el psicólogo norteamericano Daniel Goleman desvela la aparición de un *punto ciego* que obtura la percepción de información que no estamos preparados para asimilar. Pondré un ejemplo: Cuando se establece un vínculo económico con una determinada actividad, es fácil que lo lucrativo predomine sobre lo objetivo. Caer en esta trampa, no obstante, sólo rinde dividendos a corto plazo, creando ansiedad mientras actúa porque todos sabemos, en el fondo, que la gente no es tonta.

De momento, veamos cómo está el tema de la información que circula entorno al ámbito que nos ocupa, mediante un breve análisis de lo que nos dicen de la dominancia.

LA DESORIENTACIÓN

Durante los últimos diez años aproximadamente, la mal-llamada etología canina se ha popularizado tremendamente en España, impulsada por programas de televisión, la publicación de libros y la preparación académica de muchos aspirantes. Ahora bien, como sucede en otras esferas de la vida, cantidad no es siempre garantía de calidad, debido a lo cual se hace imprescindible cuestionar todas las recomendaciones pertinentes, *proviengan de donde provengan*; incluidas las de este libro.

Si tenemos un problema, buscamos una solución. Si nos ofrecen un remedio equivocado y no nos damos cuenta del error, la situación, *cuando menos*, sigue igual. A continuación, detallo algunos consejos que son tan universales como inútiles:





1. “A un perro dominante, no hay que permitir que pase por una puerta delante de ti”.

Esta recomendación no sirve para nada porque se basa en la creencia errónea de que el lobo alfa (líder) siempre encabeza a los miembros de la manada cuando ésta se traslada.

Aunque puede coincidir que el alfa vaya delante, hace décadas que observaciones de campo hechas por científicos reconocidos demostraron que quien guía la manada lo hace *por experiencia* –del comportamiento de las presas, de la ubicación de otras manadas, de los accidentes topográficos, etc.- *no por dominancia*.

Cuando tu perro estira de la correa para ir a la calle, es sólo por la ilusión de salir. Más bien pasa de tí.

2. “Un perro dominante no debe comer antes que sus propietarios”.

También hace muchos años que se demostró de modo concluyente que el desencadenante de la defensa de la comida no es su presencia sino su *posesión*. Es, por consiguiente, mucho más inteligente dar de comer a una mascota *antes* de comer nosotros, para que esté más tranquila durante la comida familiar.

Cuando un perro ve que estamos comiendo, puede lloriquear o tocarnos con una pata para solicitar un trocito. Tal y como decimos todos: “Está *pidiendo* comida”. Otra reacción tendrá un perro dominante si nos cae algo de comida al suelo, porque la *posesión* de aquello que era nuestro ahora está en tela de juicio y provoca una reacción de rivalidad... ¡Tanto si ya ha comido como si no!

3. “A un perro dominante hay que hacerle sentar antes de darle una golosina”.

Este consejo te incita a perder el tiempo nuevamente. *Invitar* a nuestro compañero a participar voluntariamente en un ritual nada tiene que ver con su pretendido acatamiento a nuestra autoridad.



4. “A un cachorro dominante que te gruñe o te muerde hay que cogerlo por el pescuezo y tumbarlo de lado, o ponerlo patas arriba, como haría su madre”.

Si bien las tres recomendaciones anteriores no pasan de inútiles, ésta puede ser peligrosa. Primero, tendríamos que hacer una distinción entre el cachorro agresivo y el que solamente es pesado. La amenaza real se asocia con la inmovilidad, mientras que los gruñidos y mordiscos meramente juguetones se acompañan de un movimiento corporal acusado.

Más adelante, explicaré cómo disuadir al mordedor juguetón de proseguir en este afán tan molesto sin organizar semejante mano a mano, que desaconsejo totalmente en cualquier situación.

En cambio, si las muestras de agresividad van en serio, lo que menos conviene es iniciar una confrontación que demuestre, en su propio terreno, que somos enemigos violentos. Genéticamente, el pequeño sabe que, aunque su madre obrara de esta manera –cosa harto improbable-, nunca sería su enemiga. A nosotros, aún nos falta definirnos.

Se encuentren donde se encuentren, instrucciones como éstas –en listas terapéuticas, libros, folletos informativos, etc.- hablan claramente del grado de desconocimiento del tema que padecen sus autores; *a los que pretendo motivar, no descalificar*.



Muchas directrices de este estilo, en efecto, harían que nos comportásemos como si fuéramos lobos y nuestro perrito fuera uno más de la... ¡manada! Pero en términos de evolución; o sea, de cambio; posiblemente hasta cien mil años separan al perro del lobo. Y el efecto acelerador que ha tenido la intervención del ser humano en este proceso, acrecentada desde el neolítico, es incalculable.

En síntesis; ni el perro es un lobo, ni los humanos estamos capacitados para emplear vías de comunicación propias de un cuadrúpedo salvaje... porque tampoco somos lobos. Por lo tanto, más vale dejar de tratar a la familia humana como si fuera una manada, enfoque que tiene además un elevado componente de "machismo".

La idea central de este libro es, precisamente, la opuesta: Considerar la manada, lugar donde se configuró la esencia del perro, *como una familia...* que es lo que realmente es. El giro que propongo permite cumplir las expectativas genéticas de nuestro perro con coherencia canina, como explicaré con detalle en el grueso del texto. Solamente así podremos formular mensajes que él pueda captar y transmitírselos en los momentos adecuados. Cuanto más previsibles seamos, mejor se adaptará él a nuestra voluntad... y cuanto más conflictivo sea el intercambio, mayor importancia adquiere la nitidez de la comunicación.

Es, en definitiva, tan importante aprovechar las similitudes reales que existen entre los estilos de vida y las formas de ser de cánidos y humanos como identificar las diferencias y tenerlas en cuenta. Pero ahora vamos a echar un somero vistazo a las posibilidades de encontrar apoyo cualificado a la hora de solucionar problemas de conducta canina.



LA SOLUCIÓN

Existen básicamente tres opciones cuando se trata de buscar ayuda profesional para la educación o terapia comportamental de un perro: El antiguo sistema de internar al alumno en una residencia canina; las propuestas recientes de la etología y la educación a domicilio.

Nunca ha habido una voluntad de comunicación entre los profesionales que se dedican a las distintas actividades, porque los técnicos siempre han temido los conocimientos teóricos que pudieran tener los académicos, mientras que éstos han temido la experiencia práctica que acumulan aquéllos. Es una lástima pero suele haber: o bien, teoría sin experiencia; o bien, experiencia sin teoría. Nadie quiere quedar en evidencia, lo cual limita enormemente el desarrollo de una disciplina tan moralmente comprometida como es la resolución de problemas que implican a un ser querido.

Procuraré hacer una crítica honrada de las tres fórmulas reseñadas, con el ánimo de capacitar al lector o lectora para que evite caer en las muchas trampas que esconde esta disciplina. A fin de cuentas, la mejor aportación que yo pueda hacer para que dicho campo genere confianza es divulgar la más extensa información posible sobre *todos* los aspectos de mi especialidad. De esta manera, el criterio de los propietarios y propietarias debería afianzarse, volviéndoles más selectivos. Ante la nueva presión, los profesionales deberían optimizar sus prestaciones.

1. El adiestramiento en un centro

Cuando se trata del adiestramiento en residencia, el que una persona ajena a la familia enseñe a tu perro en un lugar que no sea tu casa ni tus barrios ofrece pocas posibilidades de éxito. Si tu no sigues el proceso de aprendizaje paso a paso, no estarás capacitado o capacitada para prever y corregir comportamientos que te pongan a prueba. Tu perro sabe cómo se comportaba en su propio territorio y lo más seguro es que vuelva a las andadas en cuanto te lo entreguen.

Cuando vas a la residencia a recuperarlo, es posible que te obedezca porque todos los factores que sostienen el resultado conseguido están presentes. Solamente se suma tu presencia a la del empleado del centro, dentro del mismo entorno en que tu perro aprendió. Este sistema no te permite controlar el trato que recibe el alumno y te obliga a separarte de él, sin poder explicarle que algún día volverá a su hogar. En fin, si no quieres que suba a *tu* cama, entre en *tu* cocina o se escape de *tu* parque, creo que es mejor educarlo allí donde se producen las desavenencias. Yo nunca educo perros en nuestra residencia.

2. Las terapias etológicas

El término “terapia etológica” constituye una contradicción importante. La etología, definida como el estudio científico de la conducta de los animales, es *observacional... nunca intervencionista*. Aunque un etólogo o una etóloga puede manipular una situación, el propósito es siempre el de *ver* lo que sucede, *jamás de modificar el comportamiento*.

Se podría apañar una justificación para usar este término en base a que las terapias se configuran a partir de la observación, pero en realidad es imposible hacer un seguimiento mínimamente riguroso en una casa particular. *Terapia es modificación...* y mezclar ambos conceptos tiene más de marketing que de ciencia.

Esta etología canina sistematizada apareció en Cataluña, como he mencionado anteriormente, hace unos diez años... y no parece haber avanzado. Basando sus terapias en listas de instrucciones (muchas veces inútiles y que no ayudan a entrar en una dinámica nueva y precisa) y en la medicación con psicofármacos poco estudiados, estos dos métodos constituyen una barrera que impide que los mismos profesionales adquieran la experiencia imprescindible para modificar el comportamiento de ese perro que se presenta en su consulta o que van a ver a casa del cliente.

En numerosas ocasiones, se hace coincidir el comienzo de una ingenua terapia conductual con el inicio de la



medicación psicotrópica, así imposibilitando saber cuál de los dos tratamientos ejerce qué efectos sobre el animal.

Lo más desconcertante para mí de este ámbito, sin embargo, son los casos que me llegan después de pasar por algún intento de corrección. Es la sencillez con que la gran mayoría de los problemas se resuelve en muy poco tiempo lo que hace que tanto los propietarios como yo nos preguntemos cómo se ha organizado este desmadre. Aunque estoy convencido de que la incompetencia se debe casi exclusivamente a la falta de preparación, hace poco me enteré de algo realmente escalofriante.

Una pareja de un pueblo cerca de Barcelona había ido a buscar un cachorro de *gos d'atura* a la casa de un criador particular. Entre los pequeños, había una hembra de cinco meses que les dió pena. Se la quedaron y le dieron un nombre que me gusta mucho: Fada.

Me ocupé del caso porque me llamó su veterinaria para pedirme que le hiciera una visita. Según la propietaria, Fada era “como un mejillón”. Ni se movía ni se ilusionaba por nada y la familia estaba francamente preocupada. Fui a ver a la perrita y expliqué a sus dueños lo que debían hacer para desinhibirla. Como no hacía falta mayor intervención por mi parte, me despedí, rogándoles que me telefonearan si tuviesen cualquier duda.

No fue hasta al cabo de un año que volví a tener noticias de esta pareja, cuando trajeron a Fada a nuestra residencia para que pasase una semana con nosotros. No me dieron tiempo para preguntar cómo había ido la terapia porque enseguida cantaron la victoria terapéutica que ellos mismos habían logrado. Supe, por su animado relato, que se habían empleado a fondo, siguiendo todos los consejos que les había dado al pie de la letra. Ahora, Fada era alegre y cariñosa, pero...





El éxito obtenido les hizo recordar una “mala experiencia” que no me habían contado y que podía haber acabado trágicamente. Antes de que yo contactara con ellos, habían ido a parar al peor lugar posible: la guarida de *Uriah Heep**, quien sin mirar prácticamente a la perrita les dijo que era algo muy complejo que él no entendía (un rayo de honestidad inusual) e intentó persuadirles para que le donaran a Fada “para hacer experimentos”. Evidentemente, se negaron.

Antes de continuar, debo insistir en el hecho de que, aunque he comentado la ingenuidad que prevalece en el campo de esta etología canina, estoy convencido de que también predomina la buena fe. He mencionado a este individuo porque, desgraciadamente, existe y, por lo tanto, hay que ir con cuidado. Aunque sus fechorías son muchas y variadas, por lo demás, no me cabe duda de que este tipo de conducta es completamente aislado e insólito. Ahora bien, si alguien intenta hacerte sacrificar a tu perro por un problema de comportamiento, busca segundas opiniones.

3. El adiestramiento a domicilio

Al ver el título de este apartado, algunas personas pueden pensar: “Ahora, éste va a decir que el adiestramiento a domicilio es la mejor opción porque él se dedica a ello”. A lo cual respondo que hay otra posibilidad: precisamente que, si me dedico a ello, es porque me parece la mejor opción. Al fin y al cabo, nadie me obliga. Someto, pues, mis argumentos a tu criterio.

A pesar de haber apuntado alguna de las siguientes consideraciones con anterioridad, puedo resumir las ventajas de trabajar con las personas que conviven con el perro en los lugares que más frecuentan de la siguiente manera: El **ABC** de mi especialidad. **Aprendizaje:** Al enseñar a las personas y a los perros juntos, se asegura que éstos obedezcan a aquéllas en sus propias casas y barrios antes de dar por finalizadas las sesiones; **Bienestar:** No hay que desprenderse del animal durante el período de enseñanza, con la consiguiente preocupación humana y desorientación canina; **Control:** Los miembros de la familia controlan, en todo momento, tanto el trato que recibe su perro como los progresos durante el programa de educación.

*Uriah Heep: malévolo personaje de la novela David Copperfield de Carlos Dickens.

Dicho enfoque permite enseñar con facilidad a perros de prácticamente cualquier edad y raza a caminar al lado de sus dueños en la calle sin estirar de la correa, ladrar a sus congéneres o coger porquerías del suelo, mientras que, en casa, las mascotas aprenden cosas como “¡No saltes a la abuela!” o “¡Saca tu hocico de la mesa!” Las posibilidades son infinitas y adaptables a la medida de cada familia. La vida real es el único marco ideal para corregir comportamientos que se presentan en la vida real y que pueden incluir muestras de agresividad o de miedo y mucho más.

Por eso, se me ocurrió esta manera de enseñar hace casi cuarenta años, a partir de cuyo momento comenzó a imponerse de modo sorprendente, sin la necesidad de separación ni, por supuesto, medicación. Mientras no se demuestre lo contrario, para mí es la mejor.

EL CONTENIDO DEL LIBRO

Empezaremos con una descripción bastante extensa de algunos de los pormenores de la naturaleza y comportamiento del lobo, antepasado común ya indiscutido de cuantas variopintas razas caninas existen en la actualidad. Esta información ayudará a definir cuáles son las principales predis-

posiciones conductuales de nuestro perro de compañía y, por lo tanto, a prever cómo puede comportarse cualquier miembro de su especie en una circunstancia determinada. Incluiré alguna pincelada sobre la evolución de nuestra especie también*.

Pasaremos a estudiar el proceso de domesticación que transformó la esencia de dicho predador salvaje en la bola de pelo que comparte nuestro hogar y nuestro afecto. Así, veremos que algunos rasgos temperamentales fueron favorecidos por la interacción con nuestros propios antecesores, quienes sacaron mucho provecho de su nuevo colaborador.

Siempre procuraré incluir definiciones de los conceptos que empleo porque, no por oírse con frecuencia términos como: instinto, dominancia, temperamento, ansiedad, jerarquía y un largo etcétera; hemos de suponer que significan exactamente lo mismo para todo el mundo.

Seguidamente, consideraremos la elección y llegada a casa del cachorro, comparando sus necesidades con las nuestras, con el fin de establecer una normativa beneficiosa que fomente la buena convivencia.



* Si te interesa saber más sobre evolución humana, de la mano del autor, tienes su Brevario gratis en PDF en www.kensewell.com, en el apartado de Libro. Para más referencias, leer el libro “Viaje al fascinante mundo del Origen de las Especies”, de Ken Sewell. Edit. RBI.

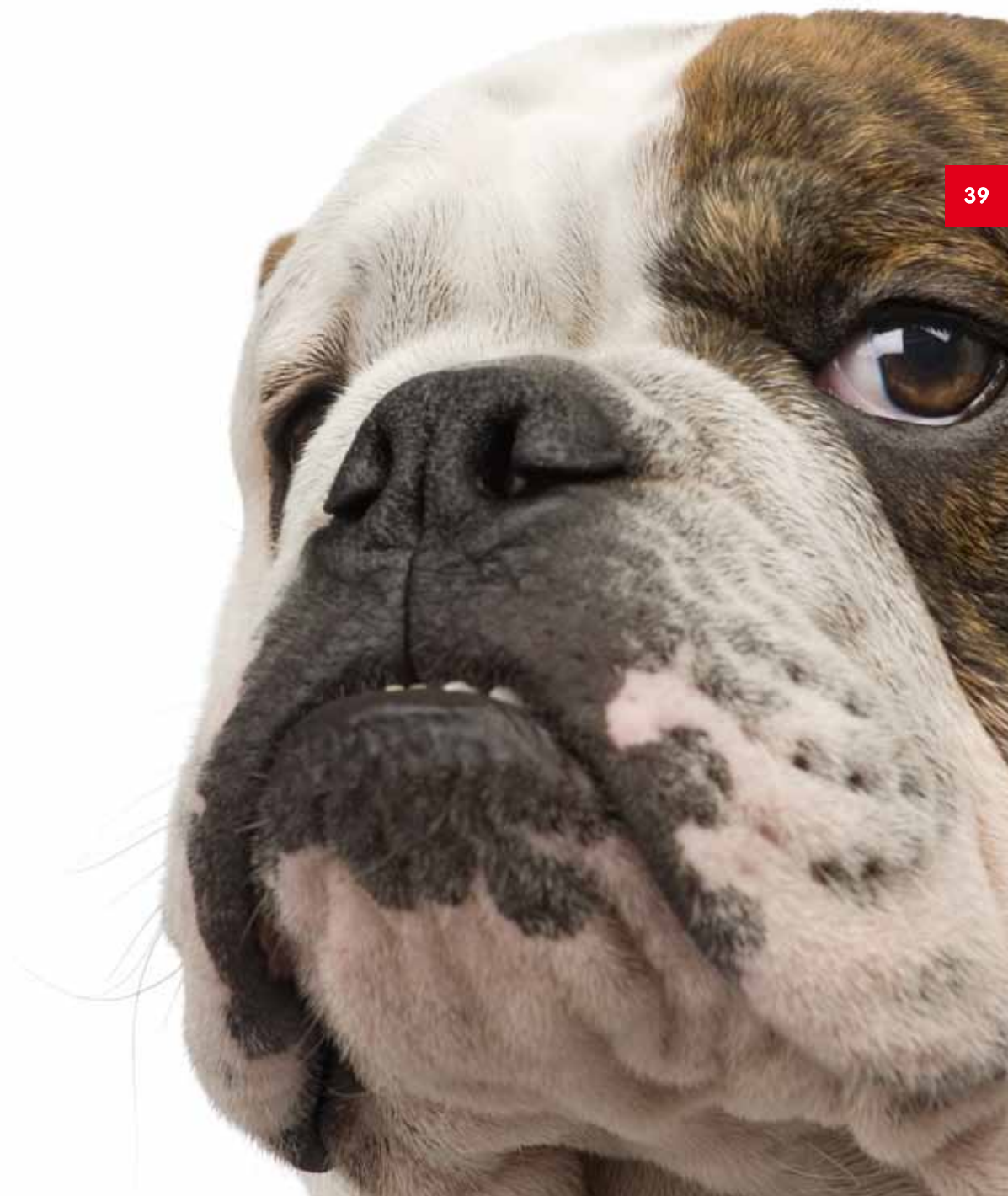
Después, vendrán explicaciones detalladas de cómo conseguir que tu perro te obedezca, para hacer más cómoda la relación: no estirar de la correa en el exterior o quedarse quieto en un sitio son sólo dos ejemplos entre muchos. Te enseñaré también cómo modificar algún hábito indeseado de tu mascota sin tener que darle ninguna orden.

Las anomalías del comportamiento canino son el siguiente tema a tratar. Al hablar de cada una de ellas, como el miedo o la agresividad, se indicarán los enfoques terapéuticos más adecuados. Finalmente, expondré algunos de los casos** más típicos que trato; casos reales con personas reales como tú; y perros reales como el tuyo. El último capítulo incluirá un repaso de lo expuesto y la bibliografía.

Por el momento, espero de todo corazón que este libro te sirva para entender a tu perro, para resolver cualquier problema que tengas con su comportamiento y para que satisfagas todas las ilusiones que motivaron su adquisición.

Ker Sewell

** Para ver 10 casos reales, entra en www.kensewell.com, en la sección Adiestramiento, apartado Casos; donde también tendrás acceso a 2 PDF's gratuitos de artículos sobre: 1. Terapias de conducta y 2. La medicación con psicofármacos.





capítulo 1

Cánidos y Homínidos



Cánidos y Homínidos

Es tanto el bienestar que nos produce contemplar aspectos benignos de la naturaleza, que nos crea y nos abastece, que tendemos a olvidar que es una influencia implacable que avanza sin diseño ni fin, favoreciendo lo útil y aniquilando lo desacertado a su paso. Todo es coincidencia.

Tanto los lobos como nosotros fuimos engendrados por procesos naturales que, a través de un sinfín de pequeñas coincidencias físicas y químicas, provocan cambios en el entorno atmosférico, geológico y biológico. Son estas fluctuaciones medioambientales las que ejercen de promotores o verdugos insensibles, aleatoriamente, sobre el infinito número de minúsculos cambios bioquímicos que han esculpido nuestros inverosímiles linajes desde hace millones de años. Solamente un entorno estable permite crear organismos vivos, porque ningún proceso puede adaptarse a lo imprevisible.

El lobo fue *inventado* por y para la predación carnívora en el monte, como ser veloz y resistente, social y flexible; capaz, a fin de cuentas, de llegar hasta nuestros días. Nosotros, descendientes de simioscos comedores de frutos y hojas de la selva, compartimos muchos rasgos sociales con el lobo. Sin embargo, la expansión sin precedentes del cerebro humano - ese único aparato conocido capaz de plantearse cómo *deberían* ser las cosas- es el motivo por el que todos los demás animales parecen haberse *quedado atrás*. Ahora bien, no por ello deja de existir una continuidad evolutiva entre todas las especies, incluyendo la

nuestra, cuyos momentos de divergencia pueden rastrearse hasta épocas de un pasado remoto.

En la medida en que nos adentremos en la estructura social del lobo, destacarán hechos que nos recordarán nuestra propia sociedad y, más especialmente, la naturaleza de nuestro perro de compañía, que es el tema que nos ocupa.

Un aspecto de la existencia que compartimos con el lobo es la vida en grupo. Si este estilo de vida no constituyera en casos concretos una estrategia eficaz para aumentar las probabilidades de supervivencia de los miembros de la comunidad, ningún animal sería gregario. Sin embargo, las ventajas que ofrece dicho modo de vivir, principalmente en la localización de comida y agua y en la defensa contra predadores, exigen el pago de tributos en forma de limitaciones sobre la libertad del individuo, sea jefe o último mono. Nadie decide ser gregario o solitario. Una casualidad que funciona se codifica en los genes y se propaga... hasta que deje de funcionar.

Hay, básicamente, dos influencias que han configurado y moldean el comportamiento del lobo y de su manada: factores físicos, como el clima y el terreno que, a su vez, ejercen un efecto sobre la abundancia de presas y; factores sociales, cuya base genética se va modificando mediante el aprendizaje que supone la convivencia dentro del grupo. La base social de una manada de lobos, igual que sucede en el caso de la familia tradicional humana, es la pareja reproductora que, típicamente, mantiene una relación monógama durante tres o cuatro años. Esta poligamia serial viene presagiada por la diferencia promedia de tamaño entre machos y hembras.

En nuestra especie, existe una diferencia de estatura media -llamada dimorfismo sexual- entre la mujer y el hombre de un 15% aproximadamente. Esta herencia, legado de antepasados homínidos y atenuada en nuestro caso, todavía denota una predisposición a la poligamia, ya que la mayor corpulencia del varón se debe a la necesidad de defender de otros machos su acceso a las hembras disponibles. Los monógamos gibones; el simio de menor tamaño, que vive en el sudeste asiático; no presentan dimorfismo sexual alguno, mientras que el gorila macho, que rige un harén, alcanza el doble del tamaño de sus hembras.

Foto: Gibón



Entre las variantes minoritarias más frecuentes de la pareja temporalmente estable, tanto tratándose de lobos como de humanos, figuran: un macho adulto con dos hembras adultas; un macho adulto que trae a su hijo adolescente a vivir con su nueva pareja; una hembra adulta con su nuevo compañero y el hermano menor de este; pudiendo darse varias otras combinaciones de la pareja reproductora con parientes de cualquiera de los dos o ambos. Esta situación se debe, sin duda, a que los genes ejercen un efecto de imán entre parejas reproductoras y parientes cercanos que es compatible con el compromiso de la pareja. En nuestro caso sucede lo mismo, aunque una proporción significativamente elevada de conflictos domésticos es causada por enfrentamientos entre un miembro de la pareja y el o la pariente del otro. Se ve que les cuesta a los genes derrochar energía para tener atenciones con un ser no emparentado.

La sexualidad humana es infinitamente más compleja que la de los lobos a pesar de que la fuente de ambas sigue siendo el cumplimiento del intransigente mandato genético de procreación máxima. Hay que tener presente que, por muy inteligentes que hubieran sido nuestros antepasados, sino hubieran sido también empedernidos copuladores, hoy no estaríamos aquí.

Manada de lobos.



Mientras que el lobo, constreñido por la precaria disponibilidad de la caza, es casi siempre fiel a su compañera durante un período de tiempo previsible, existen otras estrategias biológicas para tener y mantener la descendencia. Nuestro pariente más próximo, el chimpancé común, organiza un auténtico trabajo de equipo. Esta especie practica un sistema de apareamiento en el que un grupo de machos, dominantes y emparentados, intenta acaparar los favores de las hembras más apetecibles. Se trata de una oligarquía fraternal. Los chimpancés muestran un dimorfismo sexual acusado, sin llegar a la proporción del gorila. Aunque ningún macho sabe con certeza si un bebé es suyo o no, resulta genéticamente rentable que cada uno colabore en la crianza y protección de todos porque cualquiera *podría* ser suyo.

Otro pariente cercano a nuestra especie es el bonobo o mal llamado chimpancé pigmeo (porque es del mismo tamaño que el chimpancé común). Es un consumado artista del erotismo



Chimpancé común.

bisexual, que le sirve para disolver tensiones sociales, estimular el reparto de comida y cimentar amistades. Podríamos conjeturar que, en esta especie, hallamos una explicación natural de los intercambios homosexuales en cualquier animal. Dichas relaciones no contribuyen directamente a la procreación pero sí pueden influir de modo positivo en la estabilidad del grupo, lo cual potencia indirectamente la transmisión de los genes del colectivo a futuras generaciones.

Los chimpancés, sin ser nuestros antepasados, son la prueba viviente de que el beso, el abrazo, la mirada de latin lover, la cópula en la postura del misionero, la entrega sexual a cambio de manjares especiales... en fin, que *todo* nos viene de muy lejos.

Como la finalidad biológica de toda sexualidad es tener la máxima descendencia posible, veamos de qué manera nos organizamos cánidos y homínidos en el terreno de la crianza de nuestros pequeños. La extensión natural de la pareja reproductora es ésta con su prole. En el caso de los lobos, una camada de cinco o seis cachorros nace normalmente a principios de la primavera, para que sus necesidades nutricionales coincidan con los nacimientos de los herbívoros, su mayor fuente de comida. De esta manera, los lobeznos ya tienen una edad suficiente para poder seguir a los mayores en las cacerías de presas grandes antes de que lleguen los rigores del siguiente invierno. El nacimiento de una camada desencadena embarazos psicológicos en algunas de las hembras que no están preñadas, condición que quizás potencie o simplemente refleje su disposición para participar en los cuidados de los neonatos.



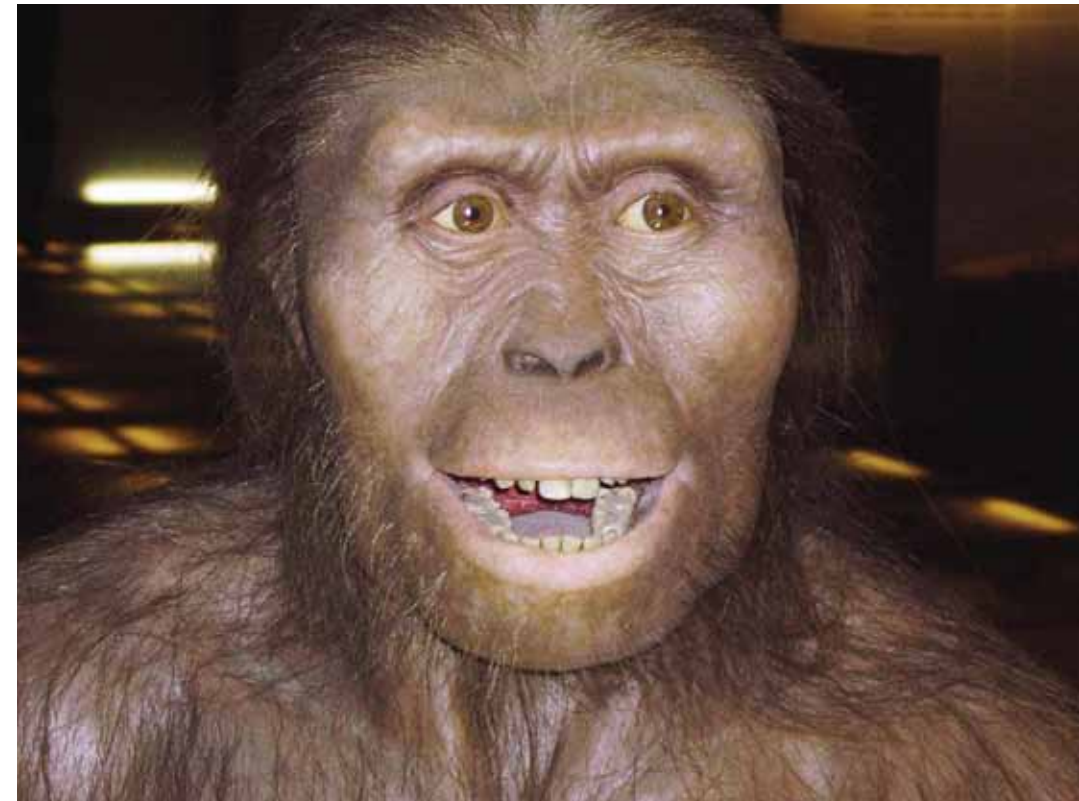
Hijos e hijas permanecen con sus padres entre diez y cincuenta y cuatro meses (el máximo tiempo registrado), para después ir en busca de su propia pareja y fundar una nueva manada. El máximo número constatado de integrantes de una manada es de cuarenta y dos, aunque el promedio es muy inferior a esta cifra. En un diez o veinte por ciento de los casos, la manada adopta a un extraño, que con toda probabilidad será macho y adolescente. Por lo demás, los lobos adultos que se acercan a la manada serán perseguidos, atacados o muertos.

La monogamia imperante no es ni universal ni obligatoria pero, como la época de celo dura más o menos un mes cada año, el macho tiene pocas probabilidades de fecundar a otras hembras y le resulta relativamente fácil ser fiel a la suya, quien conserva su apoyo con los pequeños. La ayuda del macho con los cachorros puede incluir arreglos en la guarida, situada lejos de los peligros de la periferia del territorio, la entrega de comida a la hembra y/o a los cachorros y la defensa de los mismos.

Los adultos y los jóvenes del año anterior de ambos sexos participan en los cuidados de los pequeños, lo cual constituye una inversión proporcional al vínculo genético de los "tíos" y "tías" en la propagación de parte de sus propios genes. No obstante, no son desconocidas situaciones en las que una hembra, o incluso un macho, haya criado a su prole en solitario.

Para nuestros antepasados, una acelerada dinámica de transformación impuso sus directrices ya en un pasado prehistórico lejano. Hace algo más de siete millones de años, se inició la transición entre la locomoción terrestre de los grandes simios, que emplean los nudillos de las manos como apoyo al andar, y el bipedismo característico de los homínidos. La palabra "homínido" se refiere simplemente a un primate que camina erguido. Andar derechos fue clave en nuestra evolución por dos motivos principales: permitió que nuestras manos, que ya no servían de apoyo, se volvieran cada vez más flexibles y capaces de manipular objetos con precisión; y provocó la rotación de la cabeza hacia delante para compensar la postura más vertical del cuerpo. Este giro, que implicaba una cierta presión sobre la laringe, fue el punto de partida de nuestra humanización, al otorgarnos la capacidad para articular los primeros sonidos de lo que sería, con el paso de mucho tiempo, la complicadísima y única mecánica lingüística que engrana todos los idiomas que existen hoy en día.

Reconstrucción científica de un Homo Habilis. Foto de Lillyundfrey. Creative Commons.



Australopithecus afarensis a CosmoCaixa, Barcelona, Catalunya. Creative Commons.

A diferencia de la loba, la hembra prehumana, recogedora de frutos y bayas, no podía tener más de un bebé a la vez, por el peligro de quedar inmovilizada y a merced de la benevolencia ajena para alimentarse. Por eso, sólo excepcionalmente hay nacimientos múltiples en nuestra especie. El período de lactancia en el caso de los homínidos era de unos cuatro años, durante los cuales una hormona llamada oxitocina, liberada por el succionamiento de los pezones, mantenía a la hembra estéril (igual que en la actualidad). De esta manera, el siguiente bebé no podía nacer hasta que la madre estuviera libre de la tarea de llevar al anterior siempre a cuestas.

La carne procedente del carroñeo en cantidades cada vez mayores, gracias al uso de rudimentarios utensilios de piedra, potenciaba un progresivo aumento en el tamaño del cerebro del bebé. Dicha expansión cerebral ofrecía enormes ventajas como fábrica de previsión en el adulto, porque facilitaba un mejor reconoci-



Foto: Mercy from Wikimedia Commons.

miento de los indicios de la presencia de agua, comida y abrigo y una mayor capacidad de memoria para recordar su ubicación.

Mientras se hacía más compleja nuestra cultura material, otra aportación clave de un cerebro más grande sería un incremento significativo en la habilidad para la comunicación y organización social, indispensables para aprovechar y conservar recursos y para coordinar la defensa de la comunidad ante predadores y rivales. Con todo ello, el período de aprendizaje de los jóvenes se alargaba mucho, obligando al macho a prestar una asistencia más asidua. Con el fin de mantener el apoyo del macho, la disponibilidad sexual de la hembra dejó paulatinamente de limitarse a determinadas épocas del año.

Debido a esta necesidad de dedicar más tiempo a los cuidados y preparación de los pequeños, sucedió algo insólito: Una madre mayor no podía ser de gran utilidad a un hijo propio, quien quedaría desamparado si ella moría durante su infancia. En



Cráneo de fósil *Australopithecus afarensis* de Lausanne Natural History Museum in Rumin palace *Australopithecus afarensis*. Foto de Rama Creative Commons.



Cráneo de fósil *Homo sapiens sapiens* de "the Aurignacien of Combe Capelle". Foto del Dr. Günter Bechly. Creative Commons.

cambio, si dejaba de reproducirse, sí podía ser de gran ayuda a sus nietos y nietas, ocupándose de ellos mientras su propia hija seguía reproduciéndose. Ésta sería más prolífica y se impondría la nueva estrategia, contenida en los genes de su descendencia. Así fue y el resultado fue tan arrollador que, hace aproximadamente un millón de años, nuestras antepasadas comenzaron a quedarse estériles mucho antes de morir, con la aparición de la menopausia.

A pesar de las ventajas que comportaba, la transformación encefálica del bebé implicaba un peligro enorme. El canal del parto no podía ensancharse lo suficiente para compensar el aumento del tamaño craneal porque la pelvis sirve de soporte corporal. El parto empezó a ser doloroso, muy doloroso, incluso teniendo en cuenta que el cráneo no se suelta hasta el año de vida para amortiguar la dureza del tránsito. Ésta fue, sin embargo, la única solución de compromiso que encontró la biología para lograr el cerebro más grande posible con el menor riesgo. El despegue humano estaba en marcha, arropado por comunidades cada vez más sofisticadas, numerosas y colaboradoras, mientras los demás animales quedaban poco menos que estancados.

Volviendo la mirada nuevamente hacia los lobos, veremos que el motivo de su relativo estancamiento es el buen grado de adaptación que muestran a su entorno y a su cometido cinegético. Tal grado de eficiencia ralentiza enormemente el proceso de evolución.



El desarrollo de los jóvenes lobitos se divide en cuatro períodos: El período neonatal, entre el nacimiento y la apertura de los ojos entre el doceavo y catorceavo día; el período transicional, desde la apertura de los ojos hasta el día veinte; el período de socialización, del día veinte hasta el día setenta y siete aproximadamente y el período juvenil, desde entonces hasta la madurez.

Durante el primer período, el comportamiento del recién nacido se resume como: la búsqueda de calor, el acurrucamiento, el amamantamiento, el lloro cuando siente dolor y el lloriqueo cuando tiene frío, hambre o se encuentra aislado. Responde a los lamidos de su madre para orinar y defecar y ella permanece junto a la camada la mayor parte del tiempo.

Al inicio del segundo período, los pequeños empiezan a aguantarse de pie y a andar. Su radio de exploración aumenta lentamente en la medida en que sus facultades de percepción sensorial se van desarrollando. El olfato y el tacto predominan al principio con respecto a la vista y el oído. Ahora es cuando comienzan a reconocer a los miembros de la manada, especialmente a parientes, y a aprender rápidamente acerca de su entorno en general. Sus vocalizaciones se diferencian y se asocian a contextos específicos.

El período siguiente es el de franquear los linderos de la guarida y de solicitar atención de otros miembros de la manada. Los cachorros también comienzan a ingerir comida sólida y a esconderse de lo nuevo. A partir de la quinta semana de vida, se empiezan a coordinar mejor y sus exploraciones traspasan el medio kilómetro de radio. Adquieren una respuesta de seguimiento a adultos conocidos y los que se alejan del grupo son llevados de vuelta por la madre u otra hembra emparentada. A esta edad, se ponen a salvo solos de las inclemencias atmosféricas y de los predadores. Entre la quinta y la décima semana, se vuelven autónomos, dedicándose a continuar aprendiendo acerca de su entorno físico y social. En la medida en que van independizándose de la leche materna, tienden a correr hacia cualquier adulto que se acerca para rozar su boca con el hocico. Si el adulto tiene el estómago lleno, este estímulo le hará regurgitar comida automáticamente. Cuando sobra comida, los lobeznos pueden esconderla para recuperarla en momentos de menor abundancia.

La duración de los ratos de actividad se incrementa con el fin de ejercitarlos en la interacción social. El juego, no obstante, suele implicar muy pocos intercambios agresivos fuera del contexto de la comida. En la mayoría de los casos, las pautas lúdicas se componen de acciones de caza, de comunicación a distancia, de repeticiones y exageraciones placenteras y de cambios de papeles, en los que el perseguidor es perseguido y viceversa. También existe el juego dirigido hacia un objeto. Jugando, practican las actividades e interacciones de la madurez.

Del período de socialización en adelante, las asociaciones de los cachorros con miembros mayores de la manada, hasta que abandonan ésta, ofrecen importantes oportunidades para aprender las técnicas de la caza, cuyo componente de coordinación aún resulta cuestionable; no así el hecho de que los comportamientos básicos son heredados, dejando menos trabajo al papel



del aprendizaje. La mayoría de los lobeznos abandonan la manada entre los diez y los treinta y seis meses de edad.

Si tienden a quedarse con su familia más tiempo que otros mamíferos, es porque el subsidio paterno les va bien. Desde el punto de vista paterno, la continuada presencia de los hijos e hijas puede suponer la mejor forma de velar por su inversión genética, con protección y enseñanza. En términos de evolución, es posible que la caza en grupo sea una consecuencia de vivir en grupo y no al revés. Puede que el impulsor del crecimiento numérico de las manadas que se abastecen de animales grandes sea la nutrición de los jóvenes, que comparten la carne que sobra. Dicho de otro modo, parece ser que las presas grandes permiten que la manada sea grande, pero no exigen que lo sea. Los lobos jóvenes presentes en la manada quizás sean de varias generaciones y, a los seis meses, ya comen la misma cantidad que los adultos.

Para alimentar a toda la manada, hay que mantener la exclusividad sobre una gran extensión de tierra. Las presas del lobo son



todos los mamíferos grandes que viven en sus dominios, aunque puede comer cualquier otro animal, carroñear y entretenerse con frutos y bayas. Los linderos son marcados a cada doscientos cuarenta metros aproximadamente con un chorro de orina en alguna superficie elevada. Cuando rascan la tierra con sus patas traseras, las glándulas interdigitales liberan una sustancia que refuerza este olor.

La defecación quizás lleve un olor que procede de las glándulas anales. Los lobos dejan el doble de marcas en la periferia de su territorio que en el centro y el efecto de esta marcación dura entre dos y tres semanas. Aunque la elevación de la orina depositada ayuda a dispersar su mensaje, las distancias de efectividad son cortas y el aullido, que también tiene otras funciones, completa la estrategia de advertencia. En zona forestal, un lobo puede oír un aullido hasta a once kilómetros; en terreno abierto, hasta a dieciséis.

El típico patrón familiar descrito no es inalterable ni mucho menos. La emigración de los jóvenes y la inmigración de extraños, la muerte por enfermedad, por peleas con manadas vecinas o por los desastres ocasionados por armas de fuego y trampas hacen estragos en el núcleo original de padres y descendientes. Esta renovación continua dificulta el establecimiento de un equilibrio entre comportamientos de cohesión y de conflicto, para lo cual hay que conocer el carácter de los demás o, lo que es lo mismo, poder prever sus reacciones con el máximo acierto posible. Aquí, la comunicación juega un papel imprescindible que amortigua los errores de interpretación con sus tentativas a distancia.

Con tanto pariente en el grupo estable, podría parecer extraño que no se apareen entre sí. Sin embargo, a pesar de lo que nos han contado de Adán y Eva, las relaciones incestuosas son biológicamente inviables porque potencian la expresión tanto de rasgos beneficiosos como de defectos. En la mayoría de los casos, podemos prescindir de los primeros. En cambio, es posible que los segundos sean, literalmente, de vida o muerte. Este tipo de relación, tipificado por la consanguinidad de algunas familias reales es, por tanto, infrecuente cuando los mamíferos en general tenemos acceso a parejas no emparentadas. Los lobos excluidos temporalmente de la reproducción soportan su abstinencia sin tensiones.



capítulo 2

La comunicación lobuna



La comunicación lobuna

La inteligencia puede definirse como la capacidad para aplicar conocimientos obtenidos de la experiencia a problemas nuevos y se divide en dos clases: la colectiva, resultado del efecto acumulativo de la resolución de situaciones vitales durante la historia de muchísimas generaciones de antepasados, que da lugar a un repertorio de predisposiciones transmitidas genéticamente; y la individual, que se adquiere mediante las vivencias directas de cada animal.

Mientras la naturaleza de las manifestaciones de inteligencia lobuna en su entorno natural ha imposibilitado, hasta la fecha, la recopilación de información útil al respecto, las señales olfativas, sonoras, visuales y táctiles empleadas en la comunicación facilitan la observación de intercambios y, por tanto, el registro de datos. Cada especie crea sus propias representaciones del entorno en el cerebro por medio del procesamiento de estímulos físicos, mecánicos y químicos; de modo que, antes de describir la comunicación en sí, convendrá saber cómo funcionan algunos órganos que le sirven de base.

EL OLFATO

Lo que llamamos olor es el fenómeno causado por partículas volátiles que se desprenden de la superficie de las sustancias y

que, al entrar en contacto con los órganos sensibles correspondientes de los animales, causan una reacción que permite una *interpretación* cerebral significativa. En comparación con el “rey de la creación”, lobos y perros son auténticos colosos de la detección olfativa, hasta el punto de requerir cálculos numéricos para cuantificar un rendimiento que jamás podremos experimentar.

Nuestro tejido olfativo sensible a la percepción de olores es de entre 2 y 4 centímetros cuadrados, al servicio de los cuales hay unos 5 millones de células receptoras ubicadas en cada cavidad nasal. La comparación con entre 20 y 200 centímetros cuadrados de tejido sensible canino, según la raza, y con sus hasta 250 millones de células receptoras da una ligera idea de nuestra desventaja en este campo.

Por ejemplo, existen cifras científicamente comprobadas que evidencian, según la sustancia, una percepción 10.000 veces

más eficiente que la nuestra. El ácido butírico es un componente que confiere al sudor un olor unipersonal tan estimulante para el perro que le permite detectar diferencias entre sus particularidades en gemelos univitelinos durante cualquier época de sus vidas. Se ha calculado que, en este caso, la capacidad canina nos podría superar en hasta 100 millones de veces.

En cuanto a la localización de un olor, los cánidos perciben levisimas diferencias entre las concentraciones de partículas olfativas que llegan a cada fosa nasal e informan acerca de la dirección aproximada de su procedencia. Si el animal reorienta su nariz con movimientos tanto horizontales como verticales de la cabeza hasta que las concentraciones se igualan, averiguará la dirección exacta.

LA AUDICIÓN

La percepción auditiva comienza con las vibraciones de una membrana muy sensible llamada tímpano, causadas por la presión de ondas sonoras, que proceden del exterior, después de su paso por el canal auditivo. La transmisión mecánica de estas vibraciones a través de tres huesos minúsculos genera, en el fluido de la cóclea, una onda que activa otra membrana. De aquí, la transmisión pasa por los receptores auditivos, que responden de manera diferente a distintos tipos de vibración, hasta estimular el nervio auditivo y, después, el tálamo.

Los perros oyen sonidos que se sitúan entre los 15 y los 60.000 ciclos por segundo (cps). Lindsay emplea un ejemplo que repetiré para traducir estos números en un lenguaje comprensible: “28 cps es la frecuencia de la nota más grave del piano y 4.180 cps, la más aguda”. Nuestra audición abarca un registro de alrededor de 20.050 cps. Por lo tanto, lobos y perros perciben tanto olfativa como auditivamente una versión del mundo que nos rodea muchísimo más detallada que la nuestra.

Además de tener la posibilidad de orientar independientemente los pabellones auriculares como si fueran pantallas de radar, la ubicación exacta de fuentes de sonido implica finos cálculos cerebrales. De hecho, los cánidos son capaces de evaluar en fracciones de millonésimas de segundo el tiempo que separa la llegada de un sonido a ambos oídos.



LA VISTA

Para distinguir una baya comestible de una mortífera, una buena visión cromática puede salvarte la vida. En cambio, cuando cazas un herbívoro para comértelo, seguramente no prestas una excesiva atención a su color. Son precisamente las ventajas que supone tener una visión nítida con poca luminosidad, para la caza crepuscular, y la rapidez con que la vista informa sobre los movimientos corporales de la presa, las que han hecho que los cánidos vean el mundo de una manera distinta de la humana.

Las células que componen su retina y que captan los fotones de luz que proceden del exterior se dividen en dos grupos cuyos nombres reflejan las formas celulares: los bastones, encargados de la visión tonal de contrastes entre claro y oscuro; y los conos, sensibles a la captación de los colores y de los detalles. Con tan sólo un 3% de conos, su visión cromática es pobre en comparación con la nuestra, aunque no tanto como se había llegado a creer.



Años atrás, se postulaba una diferenciación cromática tan rudimentaria en los cánidos que se comparaba la imagen supuestamente percibida con la de una fotografía antigua en tonos sepia. No obstante, a principios de la década de los 90, se demostró que los perros distinguen entre la gama de colores que va de azul a violeta y la que va del amarillo a verde. Los perros probablemente ven como matices del amarillo o del azul colores que no son capaces de aislar, como el rojo o el naranja.

Los períodos de mayor actividad de los lobos, el alba y el anochecer, ofrecen condiciones lumínicas pobres que se compensan gracias a la acción de una sustancia química fotosensible, llamada rodopsina, que está presente en los bastones. La rodopsina sufre una alteración transitoria cuando recibe la energía de la luz y produce una señal que se transmite al cerebro a través del nervio óptico. Sin embargo, el aumento de la sensibilidad a la luz y al movimiento así logrado comporta una pérdida de detalle visual, causada por las conexiones sinápticas que subyacen a este proceso.

La presencia de una superficie reflectante detrás de la retina, el *tapetum lucidum*, potencia aún más la sensación de luminosidad en el ojo porque, cuando llegan fotones que no han sido absorbidos, esta estructura los vuelve a dirigir hacia los bastones, donde hacen reaccionar la rodopsina de nuevo.

LA COMUNICACIÓN SOCIAL

La comunicación social es la transferencia de información mediante el uso de señales que suponen alguna variación en el aspecto y/o comportamiento del comunicador.

Muchos desenlaces perjudiciales para individuos y, por consiguiente, para comunidades se pueden evitar si existe una comunicación previa que defina las intenciones. A tal efecto, se emplea una extensa gama de señales que admiten tanto la combinación entre sí como la cuantificación. En el primer caso, se amplía el contenido de un mensaje mientras que, en el segundo, se expresa una disposición más o menos intensa. Cada señal corresponde a un mensaje concreto, pero sus combinaciones abarcan situaciones que van desde la cooperación hasta la

rivalidad. La naturaleza de una señal es el elemento heredado de la comunicación y su grado de expresión es obra del aprendizaje.

Así, por ejemplo, los genes del lobo “saben” que, para parar los pies a otro, deben levantar los belfos; pero será el individuo quien aprende hasta dónde debe levantarlos, según los resultados que obtiene en cada situación; mostrando el uso de una señal visual congénita modulada por una amplitud aprendida. Traducido al lenguaje humano; enseñar poco los dientes equivaldría a una imposición comedida: “No quiero que te acerques”. Levantar los belfos del todo comunicaría una amenaza: “¡No se te ocurra acercarte!”.

Cuando nacen, los lobos ya hace un uso variopinto de su voz llegando, a las tres semanas de vida, a poder emitir la docena de sonidos distintos que forman el repertorio completo de los adultos. Esta vía de comunicación burla las condiciones lumínicas, ofreciendo un método único para llamar la atención que puede utilizarse a distancias considerables. Aunque los recién nacidos permanecen sordos durante quince días, emplean suaves gemidos, lloriquean y chillan para avisar a su madre en situaciones de insatisfacción.

Se reduce abruptamente la frecuencia de estos sonidos cuando empiezan a oír y aparecen vociferaciones más adultas como el ladrado y el gruñido, que ocupan su lugar. No solamente ladran los pequeños cuando interaccionan con sus hermanitos, sino también cuando oyen ruidos fuera de la guarida o cuando salen de ella. En este último caso, el riesgo de alertar a un predador debe ser inferior a la seguridad que proporciona avisar a los suyos de sus desplazamientos. Por eso, la selección natural ha favorecido este comportamiento y, por eso, muchos perros ladran en el momento de salir de casa. Existe, precisamente, la teoría que el ladrado evolucionó para atraer la mirada hacia quien lo produce.

Los cánidos emiten dos tipos de sonido: el armónico, como el lloriqueo, que se emplea amistosamente y en momentos de sumisión; y el ruidoso, como el gruñido, cuya emisión implica agresividad. Cuanto más agudo sea un sonido, más se parecerá a una vocalización infantil y menos amenaza supondrá porque lo infantil, por definición, es inofensivo. Lo contrario es aplicable a los sonidos de registro grave. Se trata de maneras de invitar a la



aproximación y al alejamiento respectivamente y, como tantos otros aspectos de la comunicación, sucede lo mismo en el ámbito humano. Todas las mujeres del mundo, y todos los hombres aunque en menor grado, usan una voz más aguda cuando se dirigen a un bebé, lo cual resta amenaza a la situación y, por lo tanto, fomenta el acercamiento. Como todas las señales, las acústicas pueden cuantificarse perfectamente; en este caso, por registro y volumen.

Cuando se trata de la comunicación a larga distancia, los sonidos que mejor funcionan son los puros y graves. Por este motivo, el lobo aulla cuando se encuentra separado del grupo o en coro. Como promedio, la emisión dura entre tres y siete segundos. Su período de repetición alcanza hasta nueve minutos. Como existe un “efecto suelo” que dificulta el desplazamiento de sonidos a un metro de la tierra, los lobos elevan el hocico para aullar de pie o sentados en un lugar alto. Aullar para situar o coordinar a miembros de una misma manada requiere una respuesta, que es el motivo por el cual los perros “contestan” a la sirena de una ambulancia, cuya frecuencia se asemeja a la del aullido (¡No

porque lleve un muerto!). Los aullidos también pueden servir para mantener alejados a los extraños.

Existe una complementariedad especial entre las señales sonoras y olfativas en la comunicación lobuna, aunque las olfativas no contienen solamente información acerca de la *disposición* de un individuo. El hecho de ser “prefabricadas” implica que las emanaciones corporales informan acerca de su *condición*, en términos de rango y perspectivas.

Los mensajeros químicos encargados de transmitir este “parte” son las feromonas, compuestos de poco peso molecular y, por consiguiente, muy volátiles. Son inadulterables y salen directamente de las glándulas corporales situadas en cara, orejas, patas, lomo, cola, sacos anales, prepucio y vagina. A pesar de ser inodoras en el momento de fabricarse, la acción de la microflora que puebla los conductos y piel adyacentes a las glándulas, y que varía de un individuo a otro, provoca diferencias personales en cada huella olfativa. La dieta ejerce su propia influencia adicional en la confección de estos carnets de identidad, en los que constará: género, condición reproductora, estatus social, estado emocional, edad, salud y dieta. No es de extrañar que lobos y perros pasen tanto tiempo oliéndose y olfateando la saliva, orina y heces de sus congéneres.

Aunque la madre provoca la evacuación de orina y heces lamiendo a los pequeños, éstos se vuelven autónomos alrededor de la tercera semana de vida, que es cuando empiezan a salir de la guarida. Las posturas y acciones que acompañan una micción o defecación que marca dominios tanto en machos como en algunas hembras, como levantar una pata trasera o rascar el suelo, contribuyen a la mayor eficacia de la evacuación. Para cuantificar los mensajes contenidos en las deposiciones, se puede modificar su cantidad, frecuencia y ubicación. De este modo, la divulgación de información personal permite un incremento o una reducción en función de la condición del individuo en un momento determinado.

Un comportamiento curioso, relacionado con la adquisición de olor, es el ritual innato que induce al lobo y al perro a revocarse en sustancias que nosotros llamaríamos “apestosas”, posiblemente con el fin de camuflar su propio olor y así poder acercarse más a sus presas sin ser detectado. Otra opción que podría





explicar dicha conducta sería la de infundir más respeto en sus semejantes, algo así como funcionan los galones militares ante el cerebro óptico y simbólico de nuestra especie.

Para comunicarse visualmente, los lobos señalan con gestos faciales y posturales, además de emplear el pelo y posiciones de la cola. La comunicación visual juega un papel destacado, junto con la acústica, en los preámbulos ritualizados de la confrontación. Un individuo adoptará puntualmente una actitud dominante, en función de la actividad de su sistema endocrimológico y de su experiencia social, cuando pretende imponer su voluntad a otro miembro del grupo. Los principales desencadenantes de este tipo de comportamiento probablemente son la competencia reproductora y la alimenticia. La intensidad y frecuencia de los enfrentamientos dependerían de las presiones reproductoras, nutricionales, sociales y temperamentales del momento.

La confianza del dominante se manifiesta con ojos muy abiertos que miran fijamente; las orejas erguidas se orientan hacia delante y los labios sufren una contracción horizontal. La boca abierta muestra los dientes aunque la lengua se retrae. La nariz se repliega y la frente se contrae, abombándose por encima de los ojos.



La cabeza se mantiene en alto con el cuello arqueado y el cuerpo estirado hacia arriba. El pelo se eriza, dando la impresión de un animal más voluminoso a la vez que disfraza el perfil corporal. Se levanta una cola que quizás tiemble. Este cuadro presagia un ataque.

La inseguridad del sumiso emplea manifestaciones visuales de signo contrario con el fin de evitar errores de interpretación. La mirada se aparta con ojos achinados y las orejas se pliegan lateralmente. Los labios se retraen horizontalmente mientras la boca se mantiene cerrada, aunque la lengua puede extenderse como si fuera a lamer. Nariz y frente se alargan. La cabeza se sostiene baja sobre un cuello extendido. El cuerpo se agacha con la cola, entre las patas traseras, moviéndose de lado a lado.

La ritualización de un enfrentamiento deja clara la situación de los participantes sin la necesidad de desgarrar órganos o romper huesos que, en definitiva, son de todos. Son las herramientas de supervivencia de la manada entera.

Las señales de incertidumbre configuran un cuadro de sumisión que puede ser tanto activo como pasivo. En el primer caso, el

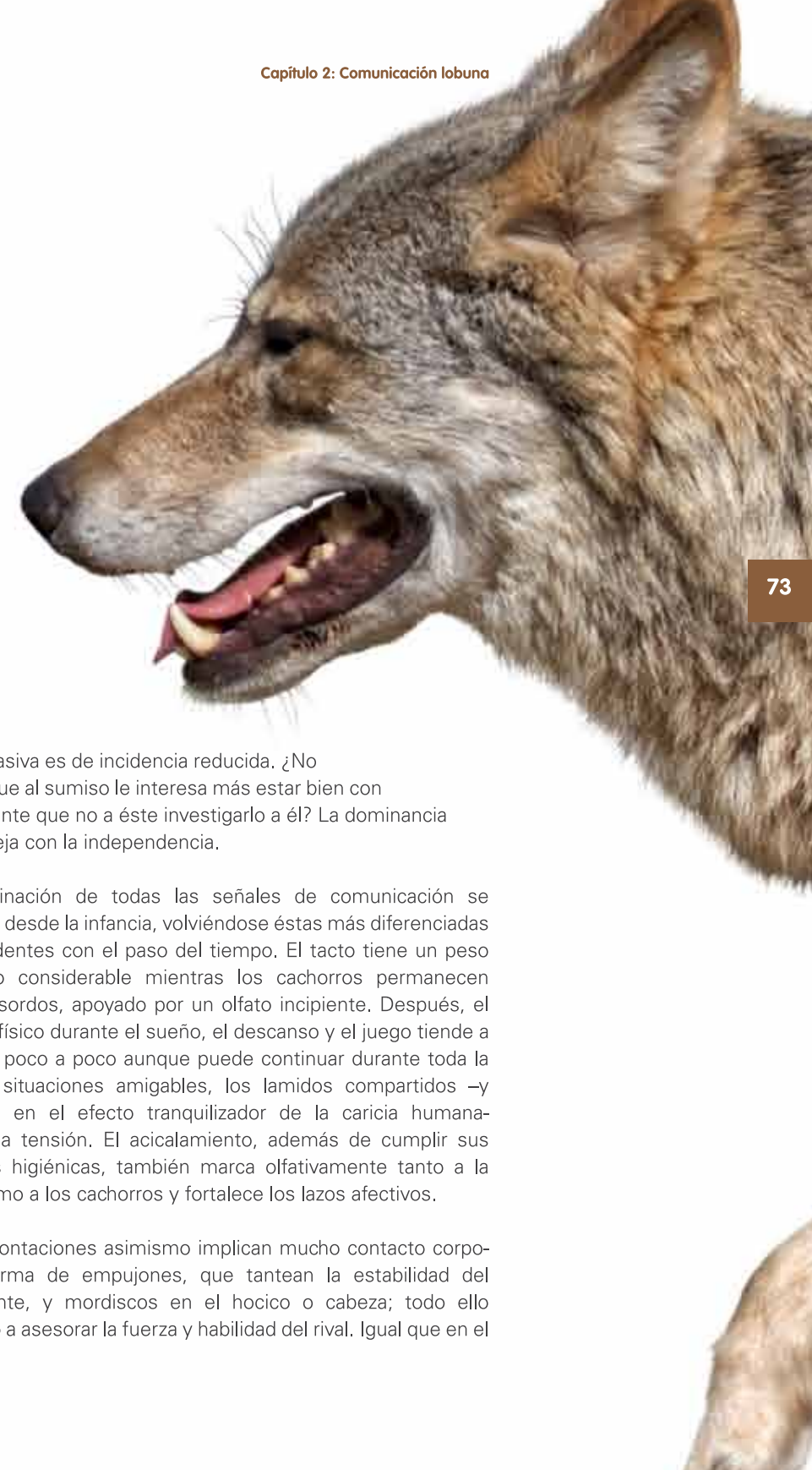
animal adopta esta actitud para acercarse a un lobo más dominante, mostrando una disposición a someterse y así asegurar la continuada protección del superior. En la sociedad humana, “hacer la pelota” a personas de mayor poder hace eco de la coherencia de semejante rendición. Al llegar hasta el animal más fuerte, el sumiso mantiene una actitud marcadamente infantil, por los motivos que he comentado, lamiendo el hocico del dominante y moviendo la cola, para apaciguar ánimos posiblemente alterados por dicho atrevimiento.

La sumisión pasiva se presenta como reacción al acercamiento o investigación por parte de un individuo de rango superior. El inspeccionado se tumba sobre lomo y costado, orinando como si fuera el inofensivo cachorro que representa. En cautividad, la sumisión activa entre lobos es muy frecuente, mientras que la

72



73



versión pasiva es de incidencia reducida. ¿No será porque al sumiso le interesa más estar bien con el dominante que no a éste investigarlo a él? La dominancia corre pareja con la independencia.

La combinación de todas las señales de comunicación se desarrolla desde la infancia, volviéndose éstas más diferenciadas y contundentes con el paso del tiempo. El tacto tiene un peso específico considerable mientras los cachorros permanecen ciegos y sordos, apoyado por un olfato incipiente. Después, el contacto físico durante el sueño, el descanso y el juego tiende a reducirse poco a poco aunque puede continuar durante toda la vida. En situaciones amigables, los lamidos compartidos —y reflejados en el efecto tranquilizador de la caricia humana— reducen la tensión. El acicalamiento, además de cumplir sus funciones higiénicas, también marca olfativamente tanto a la pareja como a los cachorros y fortalece los lazos afectivos.

Las confrontaciones asimismo implican mucho contacto corporal en forma de empujones, que tantean la estabilidad del contrincante, y mordiscos en el hocico o cabeza; todo ello destinado a asesorar la fuerza y habilidad del rival. Igual que en el



caso de las señales olfativas, cualquier fragilidad individual puede exigir la evitación de este tipo de intercambio físico si quiere mantener su rango. En otras palabras, la información también es poder cuando se esconde.

Aunque tanto machos como hembras lamen los genitales y sus segregaciones de miembros del sexo opuesto para fomentar el conocimiento mutuo de disposición y condición, el gusto es la facultad de percepción sensorial menos conocida en el lobo. De todas maneras, la interpretación de facetas de su comportamiento general permite hacer alguna deducción al respecto. Por ejemplo, los sabores que contribuyen a la satisfacción de las necesidades de un cachorro o de una pareja deberían resultar agradables, para que el animal los buscara activamente. Los cuidados que reciben los cachorros de la madre indican la presencia de un sabor agradable en la piel de los pequeños, cuyos excrementos son ingeridos por la matriarca mientras su dieta de leche no se modifica con la aportación de carne.

El lobo suele estar acompañado de los miembros de su manada desde que nace hasta que cumple entre uno y tres años como promedio. Al principio, las señales de comunicación que hemos considerado aseguraban la satisfacción de sus primeras necesidades, para después volverse más complejas y numerosas a la luz de su experiencia social. La finalidad de este proceso es conseguir la previsibilidad mutua entre todos los componentes de la manada, de manera que el cumplimiento recíproco de expectativas comportamentales reduzca tensiones y facilite la cooperación.

A propósito, por inverosímil que pueda parecer, el intrincado tejido de amenazas y recompensas que encauzan la conducta humana, y que llamamos moralidad, comparte origen con la formación de los primeros grupos de animales; algo que sucedió mucho antes de la aparición de nuestra especie en la faz de la Tierra.



capítulo 3

Del monte
al salón



Del monte... al salón

El linaje del perro tuvo su origen hace unos 37 millones en lo que hoy se llama América del Norte, a partir de predadores que poseían dientes diferenciados para clavar y desgarrar la piel de los herbívoros que abatían para obtener su alimento. Pero fue un adaptable cánido primitivo llamado *Eucyon*, del tamaño de un zorro y con una dentadura capaz de procesar tanto la carne como las plantas, quien cruzó el helado Estrecho de Bering hace aproximadamente 5 millones de años para dar lugar en el viejo continente a la mayoría de los cánidos modernos, incluyendo los coyotes, los chacales y los lobos.

Aunque hace alrededor de un millón de años que existen los lobos (*Canis lupus*), la evidencia fósil más antigua de la asociación del perro domesticado (*Canis familiaris*) con una cultura humana fue encontrada en Alemania y data de hace sólo 14.000 años. A pesar de ello, un discutido análisis de ADN sugiere que la comunión entre homínidos y cánidos remonta casi hasta la emergencia de los primeros humanos modernos en África, hace unos 150.000 años. De ser así, podría conjeturarse que algún aspecto novedoso de la naturaleza de *Homo sapiens sapiens* facilitara la integración del lobo en las comunidades nómadas de estos antepasados nuestros; lo cual, hoy por hoy, es pura fantasía.

Los defensores de la teoría de que el proceso de domesticación comenzara en una época tan remota explican la ausencia de morfologías transicionales fosilizadas en base a la escasa diferen-

ciación que debía existir entre lobo y perro hasta los inicios de la agricultura sedentaria. De hecho, poco más de un 1 % de material genético distingue cualquier raza de perro de su progenitor ancestral, cuyos huesos han sido encontrados en China, en campamentos de homínidos que datan de hace entre 200.000 y 500.000 años.

En cualquier caso, en algún momento algo debió paliar en cierta medida la áspera rivalidad entre humanos y lobos por los mismos territorios y las mismas presas, hasta el punto de permitir que se descubriera la utilidad de *algunos* de aquellos feroces cuadrúpedos salvajes para fines como la advertencia, la defensa, la caza y, quizás, el compañerismo. Anteriormente, el lobo sólo había servido como fuente de pieles, de carne y de temor.

Intento imaginarme la situación. ¿Por qué no haces lo mismo? Pertenecemos a una tribu de unos treinta individuos. Estamos en el continente africano hace entre 14.000 y 100.000 años, sentados en círculo alrededor de un fuego poco vivo, al atardecer, comiendo carne que hemos cazado. Se oyen ruidos de animales y los gritos de muchos pájaros. Estamos nerviosos, como siempre. Nuestras miradas se cruzan y van de un lado a otro, porque somos muy vulnerables ante los predadores que acechan por doquier.

A unos 300 metros, se ve un lobo, casi inmóvil, mirando hacia nosotros. Una de la tribu emite un chillido y señala el animal con un gesto brusco. Varios miembros del grupo miran en esa dirección, mientras gruñen su desaprobación. Uno se levanta, gesticulando con los brazos en alto. El lobo se esconde. Ese animal es un peligro... sólo un peligro. Es difícil de cazar y su carne sabe a rayos. Quizás lo más valioso que nos puede dar sea su piel.

Notoriamente esquivo, como todo animal salvaje, la idea que pudiéramos congeniar con semejante amenaza no parece del todo razonable. La única manera sistemática de descubrir que *parte* de su descendencia nos guardaba alguna ventaja sería mediante la incorporación de lobeznos muy jóvenes, hallados esporádicamente, en el seno de nuestras comunidades. No sé si resulta más apetitosa la carne de lobezno que la de adulto pero hemos de suponer que muy pocos de estos pequeños sobrevivían a las durísimas pruebas de adopción.



El atributo más vital para superar los rigores de la proximidad humana sería la inofensividad, característica común a todos los bebés del planeta. Un desgarrado peluche haciendo ruiditos de reclamo constituiría una novedad deseable, aunque probablemente no hasta el punto de suscitar un manejo cuidadoso o una alimentación mucho más allá de la inanición. Incluso hoy en día, por un perro querido, miles deben estar soportando penurias indescriptibles sin justificación alguna. No hemos cambiado tanto. En la época que nos ocupa, nuestros antecesores también mantenían precariamente a jóvenes animales de innumerables otras especies dentro de sus grupos por el único motivo posible: el entretenimiento.

Bueno, ya tenemos a nuestro pequeño lobito luchando contra la manipulación de los curiosos y gorreando su sustento a duras penas. Contra todo pronóstico, no solamente sobrevive sino

crece, aislado de los suyos y adaptándose a sus nuevos amos. Aprenderá con facilidad de quién debe alejarse y a quien puede acudir para buscar protección. Solamente necesitamos que coincida con una hembra en disposición de procrear y tenemos el punto de partida, repetido miles de veces en el escenario humano de aquel período, para trazar el desarrollo de la paulatina diferenciación morfológica y comportamental que acabó llamándose perro.

El trasfondo genético que sostiene la comunicación entre humanos y cánidos nos recuerda que ambos somos animales territoriales, jerárquicos y cazadores. La manada típica,



como hemos visto, se compone de individuos emparentados que gozan de su independencia pero obtienen su comida, crían a los jóvenes y defienden a la manada juntos, igual que sucedía (y aún sucede) en nuestro caso. La búsqueda de interacción con otros miembros del grupo implica rituales de reencuentro, juegos y comportamientos de investigación personal; y es otra característica que compartimos con lobos y perros.

El proceso de la domesticación supone el aislamiento geográfico, reproductor y comportamental del animal en cuestión de su población salvaje. Cuando esto sucede espontáneamente en la naturaleza, se denomina especiación y es la selección natural que favorece las mutaciones genéticas tendentes a otorgar alguna ventaja al individuo en su nuevo contexto. Cuando el ser humano ejerce una influencia decisiva sobre el proceso, se llama selección artificial.



Si nuestro pequeño protagonista ha logrado crecer y el azar le ha proporcionado una hembra y una prole, nos encontramos ante una población de, quizás, dos adultos *supervivientes* de dos años de edad y, pongamos, media docena de lobeznos. De los seis pequeños, algunos serán más conflictivos y algunos menos. Si, al desarrollarse, aparecen muestras de agresividad hacia los niños o adultos humanos, sus exponentes serán muertos. Si logran escapar, volverán a ejercer frente a sus “benefactores” la rivalidad propia de su especie, sin participar genéticamente en la descendencia *depurada* y cada vez más numerosa que permanece junto al fuego.

Si multiplicamos el efecto hipotético de esta mecánica por cientos y cientos de miles de generaciones, veremos que nuestro intransigente arquetipo lobuno se va volviendo cada vez más dócil, más compatible con las exigencias de la vida dentro de la comunidad humana. Esta transformación descubre, ya en una etapa temprana de la domesticación, las ventajas de contar con un centinela que olfatea la presencia ajena a kilómetros de distancia en situación favorable y cuyo oído es cuatro veces más sensible que el nuestro. Además, su territorialidad, vinculada a los campamentos, proporcionaría una defensa insuperable.



En realidad, todo fue posible gracias a aquella inofensividad infantil, cuya incorporación y *conservación* mediante la supresión de toda agresividad dirigida hacia nuestros antepasados fue la base de la configuración del flexible y dócil temperamento canino. Dicha selección de ejemplares más adecuados a nuestros propósitos también potenció la perduración de muchos rasgos físicos propios de los pequeños de la especie.

La persistencia de rasgos infantiles tanto físicos como comportamentales en el adulto de cualquier especie se llama *neotenia* y, en el caso del perro de compañía, tal efecto ha tenido la erradicación de tendencias conductuales conflictivas que podemos considerar que su temperamento se congeló entre los 4 y 6 meses de edad, en la edad juvenil. El temperamento de un animal es el conjunto de predisposiciones que hereda debido a lo fundamentales que han sido para la supervivencia de la especie durante suficientes generaciones. El carácter es el resultado de someter aquéllas a la influencia de la experiencia, que demuestra al individuo cuáles son las pautas que debe seguir y cuáles

necesita abandonar en virtud de la productividad en la vida cotidiana. Así, el cuadro comportamental en cualquier momento de la vida será una combinación de lo instintivo y lo aprendido.

En el terreno físico, podemos deducir que la progresiva supervivencia de una pequeña minoría de lobos inmaduros conllevaría, entre otros cambios, los tendentes a reducir su tamaño corporal en general junto con el tamaño y potencia de la mandíbula, portadora en lo sucesivo de un menor número de dientes más pequeños. Los miembros se acortarían y la frente se abombaría, característica por excelencia infantil, mientras una dieta empobrecida y cometidos sociales y cinegéticos poco exigentes contribuirían a la disminución del volumen cerebral en alrededor de un 30%. Como el comportamiento, evidentemente, no se fosiliza, en la actualidad sólo tenemos los huesos y su ubicación con respecto a huesos humanos fosilizados para descubrir la época y naturaleza exactas de la divergencia que señaló el camino hacia el perro de compañía.

En cambio, la observación tanto de lobeznos y cachorros como de lobos y perros adultos muestra ambos extremos del proceso de adaptación que el perro ha sufrido. Los lobeznos se desarrollan físicamente mucho más deprisa que los cachorros aunque, entre la sexta y décima semanas de vida, las diferencias desaparecen.

Los comportamientos que suelen permanecer y muchas veces intensificarse, y que se asocian específicamente con el comportamiento lobuno infantil, son los relacionados con la subordinación y sumisión, así como con el juego. El papel de juego es el de potenciar las habilidades del mañana en un contexto de descubrimiento y ensayo de las relaciones sociales. Todo período de tanteo requiere flexibilidad aunque su finalidad se cumple cuando, con la madurez, el individuo tiene la experiencia necesaria para hacer frente a su cometido con seguridad.

Curiosamente, el cometido del perro de compañía acostumbra a ser de una pasividad extraordinaria, cuyo éxito se mide más por la capacidad de no hacer cosas que de hacerlas. Se espera de él, por ejemplo, un sometimiento prácticamente total ante los mimos, las caricias y las manipulaciones afectuosas. Sus necesidades y funciones atávicas parecen haberse esfumado y, de la esencia del predador, quedan rituales diluidos como *rastrear* el

muñeco (“escondido” en un cajón), *perseguir* la pelota o *matar* el nudo (con sacudidas de la cabeza). Todo está allí. Únicamente el grado de expresión de estas conductas se ha reducido y redirigido casi por completo, como el niño que *investiga* un crimen imaginario, *se lanza* tras el malhechor descubierto y lo *mata* con su magnum 9 mm parabellum de juguete.

Lo inusual es que nuestro “Bobby” seguirá con su pistola de plástico durante toda la vida. Si no fuera tan dúctil, juguetón y sumiso, el perro de compañía no existiría en una sociedad tan ajetreteada. Sin embargo, su capacidad para amoldarse a las imposiciones más absolutas – de celibato sexual... y que no monte la pierna del abuelito; de soledad... y que no se entretenga

mordisqueando la pata de una silla; de sumisividad... y que no gruñe a la sobrineta que le está estirando de una oreja – esa capacidad, como decía, nos hace integrarlo como a uno más de la familia.

¿Por qué? Pues, porque lo necesitamos. A pesar de sus pelos, sus babas, sus ronquidos, sus ventosidades (hasta aquí, como cualquier otro compañero sentimental), sus saltos a los invitados, sus ladridos a otros perros, sus estirones de la correa, su vida tan corta... lo necesitamos para llenar vacíos afectivos generados por la transición social que hemos padecido durante algo más de un siglo. El cariño que brindamos a nuestra mascota normalmente es extensivo, pero también se manifiesta de manera substitutiva.

Desde la revolución industrial, una sociedad que podríamos llamar *vertical* en la que, por motivos patrimoniales y/o profesionales, nietos, padres y abuelos tenían mucho en común, se ha ido volviendo cada vez más *horizontal*. Ahora, solemos encontrar una mayor afinidad con nuestros coetáneos, personas de aproximadamente la misma edad, que con nuestras familias. Las nuevas tecnologías impulsan esta tendencia porque definen aún más las discrepancias generacionales.

En la actualidad, los hijos (cuando pueden) se marchan de casa antes que en años anteriores, dejando a sus padres con un cierto vacío familiar que aquéllos también padecen. Los abuelos acostumbran a vivir solos (mientras pueden) y, cuando falta uno de la pareja, una serie de comportamientos generados por la costumbre de compartir y cuidar queda truncada.

Por otra parte, la mayor flexibilidad contemplada ante el matrimonio deja sin pareja a un número significativamente mayor de personas que antaño. Por todos los motivos mencionados y alguno más, se abren lagunas emocionales que el perro de compañía llena de maravilla. Incluso en familias *completas*, no siempre existe una compatibilidad temperamental entre todos los miembros, de modo que un colega peludo vuelve a cumplir un cometido afectivo muy positivo como compañero y confidente.

Aunque hay que prestar mucha atención a la elección de raza y carácter para que todas las ventajas que promete la adopción no cambien de signo creando incordios y crispaciones, una mascota





puede suplir las ausencias y paliar las tristezas como nadie. La entrega incondicional de un amiguete que *siempre* manifiesta su alegría cuando llegamos a casa y que, a la vez, permite que le dediquemos muestras de cariño a *nuestra* manera sin mofarse ni agobiarse es, a todas luces, un miembro muy valioso de una gran proporción de familias de todo tipo.

Éstas son las razones principales por las que la popularidad del perro no ha dejado de crecer más allá de la utilidad específica y la ostentación, porque el entretenimiento y el afecto que nos proporciona comportan beneficios demostrables para la salud de quien acaricia y pasea a este miembro de otra especie que ha bajado del monte para llenar muchas de nuestras vidas urbanas.

A pesar de haber descrito sintéticamente el aspecto más importante de la transformación comportamental entre lobo y perro que, en definitiva, permitió la incorporación y adaptación de

pequeños lobeños a las exigencias de las comunidades humanas prehistóricas, veremos a continuación algunos de los rasgos de conducta que distinguen a lobos y perros contemporáneos. Dichas diferencias normalmente son más cuestión de grado que de naturaleza, lo cual se debe a la mayor o menor exposición a determinados estímulos que modifican el umbral de la respuesta correspondiente.

El nivel de actividad, muy superior en el lobo y que varía de acuerdo con el rango dentro de la manada, es objeto de una mayor variación según la raza en el caso del perro de compañía. La elección de una raza poco activa puede suponer muchas ventajas, especialmente si el animal pasará mucho tiempo solo en casa.

La *neofobia* o temor a lo nuevo es marcada en el lobo, quien tarda mucho en acostumbrarse a presencias no conocidas durante la



primera infancia, si es que llega a tolerarlas alguna vez. El perro, en cambio, acepta lo nuevo con más facilidad. No obstante, conviene que conozca el mayor número posible de elementos que van a constituir su entorno físico y social habitual alrededor del segundo mes de vida, para evitar la aparición de miedos ante contenedores, camiones, persianas, escaleras... y las personas en general.

Con la excepción de la subespecie asiática, el lobo no ladra a menos que esté alarmado y, aún así, vocifera sólo de forma contenida. Por lo demás, este ancestro canino vocaliza más que el perro, entre cuyas razas existe una gran variabilidad en la frecuencia del ladrido. Un análisis espectrográfico de este sonido muestra que es una combinación de ruidos amenazadores como el gruñido con tonos propios del malestar, la insatisfacción o el apaciguamiento, como el lloriqueo. Flexible por definición, el ladrido se parece al "Eh" humano, que puede utilizarse con registro grave y volumen alto como advertencia: "¡Eh, tú! ¿Qué haces en mi jardín?"; o con registro agudo y volumen débil como súplica: "¡Eh, déjame! ¡Yo no te he hecho nada!".

En ambos casos atrae la atención sobre el sujeto pero de una manera muy diferente. La diversificación de tonalidades del ladrido seguramente se debe a la enorme diversidad de situaciones que el perro vive en nuestra sociedad y que potencian todo un abanico de matices vocales que serían innecesarias en el entorno relativamente sencillo del monte. Así, la capacidad de comunicación se extiende en función de la complejidad de las vivencias.

Una mayor predisposición instintiva en el perro de compañía hacia la compenetración con el ser humano que incluso con los suyos se refuerza porque la mayoría de familias canófilas suele tener una sola mascota. El estilo de vida de los pueblos y las ciudades relaciona continuamente a los perros con personas inicialmente desconocidas; que entran en casa de visita, se detienen a hablar con sus propietarios en la calle o se encuentran en los parques; de modo que la ingenuidad infantil con respecto a lo extraño se extiende durante toda la vida. Lo extraño se demuestra placentero.

Las personas que nos interesamos por los perros solemos ser muy afectuosas con ellos. Cuando se presenta la ocasión espon-

táneamente, les hablamos y los acariciamos como si fueran bebés humanos, algo que casi siempre les resulta agradable y les demuestra que “la gente es buena”. La progresiva y contundente *xenofobia*, o miedo a lo extraño del lobo contrasta marcadamente con esta actitud canina y mantiene prácticamente aislada a la manada, con contadas excepciones (ver. Cap. 1), de presencias ajenas que, con toda probabilidad, serán hostiles.

Como he comentado antes, se trata de una diferencia más de grado de reacción que de su naturaleza intrínseca y resulta relativamente sencillo estimular en casi cualquier perro la respuesta de rechazo ante personas que no conoce. Si distintas personas adoptan un comportamiento desconcertante ante el animal en situaciones consecutivas, el acercamiento de personas nuevas provocará ladridos y, quizás, algún gruñido. Una vez pasada la prueba, casi todos los participantes caninos volverán de inmediato a aceptar a los extraños, ya que saben por instinto discernir entre lo habitual y lo excepcional.

De momento, hemos considerado algunos aspectos de la vida y los hábitos de los lobos que nos han permitido describir, a grandes rasgos, la forma en que la transición hacia el perro de compañía pudo haberse desarrollado. Ahora, dejaremos el pasado y empezaremos a plantear la adquisición de un nuevo miembro de tu familia, que dependerá de tí para todo durante un promedio de algo más de diez años.

Será fuente de considerables gastos, innumerables incordios y más de una preocupación. Además, ya sabes lo de: “No es más feliz quien más tiene, sino quien menos necesita”. Bueno, pues, si te lo has pensado bien, bienvenido o bienvenida al club de los sufridores porque, de aquí en adelante, hablaremos solamente de tu nuevo compañero de viaje y de la mejor manera de incorporarlo en tu casa, en tu familia y en tu vida. ¡Tu lo has querido! ¿Seguro que te lo has pensado bien?.



capítulo 4

Entender a un cachorro

Entender a un cachorro



Si has decidido aumentar tu familia con la adquisición de un cachorro o la adopción de un perro adulto, su llegada a casa será un momento fundamental para sentar las bases de una convivencia feliz, que beneficiará a todos los implicados por igual. Hay muchísimos libros sobre razas que te pueden ayudar a no equivocarte en tu elección, sobretodo los que tratan muchas razas diferentes, porque es más difícil que sus opiniones resulten sesgadas por un interés en una raza en particular.

Deberías organizarte una lista de prioridades temperamentales, para prevenir la aparición de comportamientos indeseados que pueden despedazar la paz hogareña. La perfección, desde luego, no existe; pero cuanto más nos acerquemos, más a gusto estaremos. Aunque factores como la inteligencia y el aspecto físico pueden seducirnos, el rasgo más importante –si no eres un atleta profesional que busca un compañero de entrenamiento– es la docilidad.

Cuando contemples la conveniencia de una raza en particular, recuerda que el concepto de raza es probabilístico. Es más probable que muestre algún tipo de agresividad un rottweiler que un bichón maltés, lo cual no descarta ni que el maltés sea dominante ni que el rottweiler sea manso. Simplemente es más probable que, en algún momento de su vida, el rottweiler enseñe los dientes. En ningún caso se puede garantizar la docilidad, sino hacer la apuesta más razonable.

Las razas poco activas prometen una vida menos conflictiva que las enérgicas, ya que la energía no desaparece porque sí. Requiere ejercicio físico para quemarse y las calorías que no se resuelven de manera lícita —las normas las pones tú— acabarán al servicio de alguna actividad que te hará sufrir.

Bien pensado, todas las razas concretas son mezclas de otras razas. La única diferencia es que las razas actualmente reconocidas se han estabilizado física y comportamentalmente hasta el punto de poder preveer, con mayor o menor acierto, cómo será esa bola de pelo cuando pese 4 ó 40 kilos.

Los mestizos constituyen una alternativa a veces encantadora como compañeros. Además, hay algo muy bonito en armarte de valor e ir a una protectora para indultar a un recluso inocente. Su único pecado, como propuesta de adquisición y desde el punto de vista estético-simbólico, es que no provocará envidia alguna por la calle. ¿Te importa mucho? Nada ¿verdad? Invertir en la opinión ajena puede resultar muy caro y nunca da dividendos.

CUATRO CONSIDERACIONES CLAVE

Tanto si el animalito que eliges es cachorro como adulto, no cambiará demasiado el método a seguir para introducirlo en tu hogar, de manera que empezaremos con cuatro consideraciones que debes recordar siempre:

1) La observación es el mejor aliado del aprendizaje:

Observa los perritos que vayas a ver y ellos te explicarán cómo son. Si están durmiendo, vuelve cuando estén bien despejados. Tus muebles no te agradecerán que traigas a casa el cachorro que no hacía más que mordisquear los barrotes de su jaula. Tus vecinos preferirían que dejaras el perro que ladraba constantemente donde estaba y el animal que no sale del rincón oscuro de su habitáculo difícilmente disfrutará de pasear por la ciudad y conocer a tus amigos.

Ahora bien, si no tienes muebles, vives aislado y arde un potente afán terapéutico en tu pecho, mejor labor harás llevándote a un perro que muestre tendencias complicadas. En cualquier caso, cuando lleguéis a casa, sigue observándolo.



Su situación habrá cambiado y, aunque sea para mejor, necesitará un tiempo para desinhibirse y comenzar a ser él. Sigue observando... siempre.

2) Nadie puede adaptarse a lo imprevisible:

Debes ser absolutamente previsible en tu modo de dirigirte a tu nuevo alumno; y esto incluye la organización de horarios rigurosamente precisos para sus comidas, sus paseos, sus juegos, sus ratos de soledad y un largo etcétera.

Asimismo, sus normas deben estructurarse para ser cumplidas siempre, porque el cachorro no es más que el comienzo de un proceso que acaba llamándose adulto. La violación repentina de expectativas que comportan cierta inercia abona el terreno para la aparición de los conflictos, aunque éstos no sean necesariamente de cariz agresivo.

Cuando alguien decide que ya no interesa que su perro suba al sofá, entre en la habitación o siga disfrutando de cualquier otro privilegio hasta la fecha concedido, la reorientación del comportamiento debe ofrecer una alternativa placentera, pero de eso hablaremos más adelante. Ten presente que el animalito asocia pero no comprende en el sentido más amplio de la palabra. La previsibilidad tranquiliza... las costumbres se hacen leyes.

3) Los perros nunca se vengan:

La venganza implica un aplazamiento estratégico del castigo con respecto a la acción provocadora. En este sentido, se diferencia del mecanismo de acción- reacción. Me explicaré. Si yo le doy una patada a mi pastor alemán y él me muerde en la pierna (que sería lo más probable), se trata de una reacción inmediata, no de una venganza. Si algo le impide momentáneamente hincar sus cuatro colmillos en mi tierna pantorrilla, pero lo hace en cuanto se le presente la ocasión, continúa siendo un caso de acción-reacción, porque mi presencia, definida como amenazadora, altera su estado corporal y se descarga la tensión mediante la agresión.

Muy distinta sería la situación si, pongamos, a Hans le diera miedo enfrentarse a mí pero, sabiendo que me gusta la

música clásica, aprovechara un descuido para destrozar mi pequeña colección de polifonías renacentistas. Esto sí sería una venganza... y de las gordas pero, en el caso del género canino, que seguramente incluye a tu perro, es imposible. Lo más probable es que un perro tome contacto con cosas nuestras que no queremos que toque por el mismo motivo que nos hace mirar la foto de un ser querido cuando lo echamos de menos. ¡Imagínate!

Su cerebro predominantemente olfativo lo dirige hacia nuestro olor unipersonal, contenido en el ácido butírico del sudor que mencioné en el capítulo 2, de la misma manera que nuestro cerebro óptico se reconforta con una imagen del ser querido ausente.

Como comenté en la Introducción Ilustrada, los perros carecen de la maquinaria cerebral imprescindible para idear y ejecutar una venganza en base a un conocimiento de nuestros gustos, expectativas o proyectos. Si mi cuñado me rompiera los compactos, sería otra cosa... sería *posible* que fuera premeditado.



Tienes básicamente dos opciones ante lo expuesto: creértelo o no creértelo. Si opinas que estoy equivocado y optas por ignorar las implicaciones de mis comentarios, mejor será que no tengas un perro destrozón o de esfínteres anárquicos, por el bien de ambos. Aún así, voy a seguir intentando convencerte de que la idea de venganza sólo está en *tu* cabeza, porque no puede estar en la suya.

Si tu perro abre un boquete en tu sofá Luis XV o deposita sus heces semilíquidas en el centro de tu alfombra persa preferida, estás convencido de que tiene la capacidad mental necesaria para concebir la intencionalidad humana y para configurar las premisas, deducciones y conclusiones implícitas en la escenificación de una venganza. También sabrá, digo yo, que se va a ganar una bronca ¿no?. Porque, si tiene cabeza para una cosa, la tiene para la otra.



Mi versión sigue siendo que no lo hace para fastidiarte, aunque a tu cerebro humano le continúe pareciendo que sí, sino porque le sobra energía y le faltan actividades que tu consideres lícitas para resolver este estado corporal tan incómodo. No se ha enterado, ni sabrá nunca, que los boquetes y las heces en casa no son de tu agrado, planteamiento que requiere lo que en primatología se llama una teoría de mente: “Yo hago para que tu pienses que yo...”. Repito, imposible.

Y sigo. Imagínate que, en lugar de tirar un cojín al suelo en tu ausencia, recogiera el pantalón de pijama que tu mismo hubieras dejado en el suelo al lado de la cama y lo colocara encima del edredón. ¿Pensarías que lo ha hecho porque sabe que te gusta más que esté encima de la cama? Y si fuera así: ¿Cómo le demostrarías tu agradecimiento al llegar a casa?

En este último ejemplo, solamente ha cambiado el signo del comportamiento observado; de indeseable a deseable. Todo lo demás: la aleatoriedad de su conducta, el exceso de energía, el deseo de proximidad, el restablecimiento de un estado de relajación... todo concuerda perfectamente con el trasfondo conductual que produjo el agujero en tu sofá. Mis

razonamientos tampoco han cambiado. ¿Te convences? Pues, te voy a hacer una pregunta incómoda.

¿Qué harías mañana mismo si tu perro recogiera tu pantalón de pijama del suelo y te lo dejara encima de la cama... y luego lo destrozara? ¿Qué tal una tila y "aquí no ha pasado nada"?

4) Los perros no saben hacer proyecciones temporales:

En otras palabras, si no le explicas a tu perro que quieres o no quieres que repita un determinado comportamiento mientras lo esté haciendo, lo confundirás y tu intervención será contraproducente. Entre las muchas posibilidades que nos brinda nuestro lenguaje único, semántico y simbólico, está la facilidad para construir puentes en el tiempo. Ésta es otra capacidad que el perro desconoce.



Si yo te digo: "No quiero que vuelvas a coger lo que acabas de coger", estoy haciendo dos proyecciones temporales: la primera; hacia delante, porque me refiero a una repetición futura de una acción y, la segunda, hacia atrás, porque hago referencia a una acción pasada.

Los pobres perros siempre han sido víctimas de su propia sencillez y de nuestra consiguiente incompreensión. Les atribuimos, como hemos visto, capacidades vengativas y, también, la obstinación de seguir perpetrando fechorías sabiendo que nos disgustan. Nada más lejos de la realidad... canina. Muchas personas creen, equivocadamente, que un perro que se esconde cuando aparece su propietario sabe que ha pecado y se siente culpable por ello.

Pondré un ejemplo hipotético que desvelará lo falaz que es este tipo de interpretación. Imaginemos que mi perro es limpio. Yo llego a mi casa cada día a más o menos la misma hora y él viene a mi encuentro, con esa alegría que caracteriza a los perros felices, en el momento que abro la puerta. Lo acaricio y le digo cuatro cosas cariñosas mientras intento impedir que me salte pero...

De repente, veo un charco de orina en medio del salón. Le doy un empujón a ese perro que está mostrando su alegría de verme y le grito. Le sigo gritando mientras lo arrastro hacia la prueba del delito y lo encierro en la galería como castigo. Cuando decido -ves a saber cómo- que lo he castigado lo suficiente, le abro la puerta de la galería y le profiero otra recriminación.

Al día siguiente, cuando llego a casa, me mira con una reticencia inhabitual pero, al acabar mi inspección del salón, me agacho y viene flechado para recibirme como siempre. Volvemos a la normalidad y pasan tres meses. No obstante, un día llego y no me sale a saludar. Veo que está detrás de un sillón y me parece que está temblando. Sospecho el motivo y enseguida localizo el charco. "¡Qué has hecho!".

Hay varias cosas que quiero comentar. En primer lugar, mi actuación al encontrar el primer pipí fue nefasta. Tenía que haberlo ignorado, porque un desliz en un perro limpio puede deberse a muchas cosas. Tenía que haber sabido que lo hizo



porque no le quedaba opción. Después, arrastrarlo hacia algo que sus genes le decían que estaría mejor lejos ya era castigarlo, estúpidamente. Cerrarlo en la galería no sirvió más que para que se sintiera desorientado, porque no había forma de relacionar la traslación forzosa con la micción. ¡No di una, vamos!

¿Por qué, entonces, la reincidencia lo acobardó tanto? ¿Se sentía culpable? ¿Sabía que yo no quería que orinara en el salón? Vamos por partes.

Los perros son primarios, lo cual significa que establecen sus asociaciones por simultaneidad con respecto a las acciones. No entienden de gustos humanos, como vimos en el apartado anterior. Lo que causó la reacción temerosa después de tres meses fue el triángulo de asociación que se formó cuando encontré el primer charco de orina: olor a orina –presencia del dueño- riña, un círculo vicioso del cual el perro no sabe salir.

La sensación que llamamos culpabilidad, en efecto, nace del temor a la represalia e impregnaba la conducta del perro del ejemplo. Pero la diferencia que hay que recordar cuando se trata de un animal –que no ha sido influenciado por la indoctrinación judeo-cristiana- es que no nos sirve para nada conseguir que tema las repercusiones de una situación que no sepa resolver.

Al ser perro y no persona, a pesar de la asociación que se formó, no sabe remontar desde el olor a orina, asociado a la riña, hasta la acción que, en su momento, produjo ese olor. Por lo tanto, jamás podrá averiguar que yo no quiero que orine en casa. El olor a orina, si lo vuelve a ubicar en el salón, le condenará a temer (y a sufrir) la reprimenda sin descubrir jamás cómo evitarla.

Cuando un propietario o una propietaria me explica que ha conseguido enseñar a su perro a ser limpio de esta manera, siempre pregunto cuánto tiempo ha tardado. La respuesta acostumbra a ser semanas o meses. Si una explicación funciona, con un par o tres de veces tendría que bastar ¿no?.

La verdad es que, a pesar de ser objeto de este maltrato, el perro se vuelve instintivamente limpio durante la adolescencia, si tiene una mínima oportunidad para hacerlo, porque la selección natural lo aparta de cortejar la proximidad de ese foco de infección que son... sus evacuaciones.

SOLUCIONANDO LA SOLEDAD

De lo que hemos visto hasta ahora, de las tendencias que los perros heredan de los lobos y de algunas características comportamentales que los distinguen de los seres humanos, empezamos a estar preparados para estructurar una serie de hábitos que facilitarán la inserción de un nuevo miembro de la familia en nuestro hogar.

Este inocente cuadrúpedo carece de maldad y de la capacidad de hacer maquinaciones castigadores, en vista de lo cual debemos tener presente que las infracciones que comete ante nuestra normativa, para él inicialmente inexistente, son producto



de nuestra incapacidad para enseñar. Tanto él como nosotros seremos víctimas de un estilo de vida humano que obliga a dejar a nuestra mascota solo durante períodos de tiempo muy largos. El perro es un animal de grupo y, por lo tanto, vivirá esta soledad como una situación anómala para la que no dispone de recursos paliativos.

Su cuerpo producirá más energía para combatir el confinamiento pero, al no poder ni atacarla ni huir de ella, la tensión resultante acabará espontáneamente al servicio de alguna actividad física que se preste a aliviarla. Puede que ladre, con el fin de reclamar la presencia humana que necesita. Es posible que mordisquee algún mueble o arañe la puerta en un vano intento de salir. Haga lo que haga, nosotros hemos sido los artífices de una violación de sus expectativas gregarias y a nadie le conviene armar un escándalo al respecto.

Mientras es cierto que un comportamiento no gratificado se extingue, estos tipos de comportamiento se gratifican por el hecho de llevarse a cabo, porque cumplen dos funciones importantes: contribuyen a resolver esta tensión producida por la soledad y también sirven para llenar el vacío que el animal sufre cuando los suyos están ausentes con una actividad que entretiene.

Es complicado solucionar algo que sucede mientras no estamos, pero no por ello hemos de enfadarnos con quien sólo intenta tranquilizarse, sin conocer nuestras preocupaciones por los vecinos o por los muebles, porque no están codificados en sus genes. En el monte, no hay muebles y a nadie le importa que hagas ruido. El mecanismo de fondo se asemeja al que hace llorar a un bebé cuando se deja solo en la cuna, de modo que vamos a descartar la medicación con psicofármacos como remedio.

Sabiendo que se trata de una reacción completamente normal ante una situación vivida como anómala, que implica una sobreproducción de energía para intentar resolverla, podemos organizarnos de manera que el perro haga un ejercicio fuerte y prolongado antes de dejarlo solo. De esta forma, gran parte de la energía que produce desperfectos en el mobiliario o potencia ese reclamo sonoro de compañía acabará quemándose en el parque de modo natural. Cuando llega a casa cansado, se puede dejar que descanse y luego darle su comida, para que el cuerpo tenga una actividad que realizar en nuestra ausencia, la digestión, que a su vez contribuirá a una mayor tranquilidad.

La mayoría de los juguetes no llaman la atención de los perros si no se mueven, porque están hechos de materiales que sus genes no reconocen. No obstante, hay pelotas más o menos indestructibles que son huecas y permiten la introducción de, por ejemplo, paté. Esta pasta atrae los instintos carnívoros de nuestra mascota y es posible que se entretenga intentando sacarla durante un tiempo. Un hueso podría servir para el mismo fin, siempre y cuando el animal en cuestión no sea un demoledor de huesos, lo cual supondría una excesiva ingestión de calcio. Si se emplea un hueso, debe ser grande y no de la clase que se astilla o se reduce de tamaño rápidamente, para evitar la asfixia o el atragantamiento. Una batería de huesos, uno para cada día laborable, ayudaría a conservar el interés en la novedad diaria.



El perro debe tener acceso a estos placeres únicamente cuando está solo porque, de lo contrario, se aburriría de entretenerse con ellos estando acompañado y, por tanto, más estimulado para dicho estilo de entretenimiento. En una vivienda urbana típica, hay tantísimos objetos que es del todo imposible protegerlos todos. De aquí que, cuando funcionan las estrategias que polarizan la atención del animal, lo demás queda teóricamente a salvo. Los objetos que pueden tragarse o hacer daño si se rompen, así como los especialmente valiosos, deben retirarse o protegerse de la mejor forma posible.

La opción de dejar al perro en un trasportín me pareció muy desagradable cuando me enteré de que se utilizaba con frecuencia en Inglaterra. Ahora bien, aunque Lindsay no corrobora su efecto tranquilizador, atribuido a la sensación de guarida por los defensores de este sistema, en mi limitada experiencia con casos extremos y del todo insostenibles, debo decir que los perros que participaron mostraron un comportamiento sosegado y nada preocupante. Eso sí, antes de contemplar esta solución, pedí a los propietarios filmaciones del comportamiento habitual en casa de los perros cuando estaban solos, para asegurar que no eran presa de un tipo de ansiedad que desaconsejara tal procedimiento.

Los períodos en que los perros eran encerrados, en trasportines grandes con su agua, su manta y algún juguete seguro, iban en



progresivo aumento en fracciones de cinco minutos, con videocontrol permanente. No me gusta nada este método, y menos pensando en los períodos de confinamiento diario implicados, pero si la alternativa es la eutanasia o la protectora, creo que se debe tener en cuenta como penúltimo recurso.

La misma idea, muy ampliada, sería ideal. Si se pudiera habilitar una dependencia de la vivienda como su habitación, un lugar no necesariamente grande pero exento de peligros y con una temperatura adecuada tanto en verano como en invierno, el precoz acostumbramiento a pasar allí algún tiempo cada día pronto acabaría instaurando un ritual. El momento de dejarlo, negativo por excelencia, cambiaría algo de signo si se le entregara su pelota de paté. La despedida tendría que ser breve y nada efusiva, para que no se excitara precisamente cuando más necesita relajarse. Lo que más le conviene cuando está solo es dormir, para que el tiempo transcurra lo más rápidamente posible, debido a lo cual considero mejor dejar la luz apagada.

Los ladridos que mencioné antes pueden inhibirse con el uso de un collar autónomo que emite un polvillo cítrico cuando vibran



las cuerdas vocales. La eficacia de este aparato depende de la sensibilidad de cada perro y no funciona con los aullidos o lloros.

La ubicación de las necesidades fisiológicas constituye el otro gran problema relacionado con la habituación del animal al cumplimiento de nuestras normas. Si se trata de un cachorro, se cubre todo el suelo de su habitación con papeles de periódico para evitar el error y se recogen los sucios en cuanto se pueda. El tipo de material empleado es de una importancia vital cuando se trata de acostumbrar a un perro a evacuar de acuerdo con nuestra voluntad. Aunque juegue con los periódicos o los triture al principio, su olor acompañará las evacuaciones de modo que, poco a poco, se podrá ir reduciendo la superficie cubierta de papel, que acabará en el rincón opuesto al de su cama, su agua y su comida.

PONTE EN SU PIEL

Hasta aquí, he comentado algunas consideraciones relacionadas con las maneras de inducir a tu mascota a no molestarte. Pero este libro no se llama "El trasportín canino" o "El collar anti-ladridos canino", ¿verdad?. Todo ha de resultar placentero para que la cosa marche bien, tanto para él como para tí, y una de las mayores dificultades que puedes encontrar es tener las expectativas demasiado elevadas por haber pensado solamente en las cosas bonitas que un cachorro te puede ofrecer, sin prestar atención a los incordios que ellas conllevan.

Te haré una reflexión: Cuando dices que tu cachorro hace algo mal, es únicamente porque tu no quieres que lo haga. Si dices que se porta bien, es porque te gusta lo que hace. Todo muy subjetivo, ¿no te parece?. Quizás tiendes a ignorar *sus* necesidades, a lo mejor por desconocimiento. No por el hecho de que decenas de miles de perros pasen centenares de miles de horas en la más absoluta soledad cada día deja de ser una experiencia penosa para cada uno de ellos, paliada sólo por la repetición.

Es tan fácil caer en la tentación de hacer lo que hacen los demás, como si así nos justificáramos, que no razonamos ni buscamos enfoques diferentes. Por eso, siempre habrá riñas que confunden a los perros y castigos que estropean la relación. Además, el animal soporta sin recriminar. Si hay algo que necesito que recuerdes de este capítulo, es lo siguiente: Hay vida en ese pellejo.

Su vida se parece en algunas cosas a la nuestra pero, como hemos visto cuando hablábamos de los lobos, hay marcadas diferencias que se traducen en necesidades que no comprendemos fácilmente. Por ejemplo, no recuerdo haber conocido a nadie que tuviera la afición de lamer la orina que otro hubiera depositado en el tronco de un árbol, de revolcarse en excrementos encontrados fortuitamente en el suelo o de montar la pierna de un invitado porque su novia estuviera haciendo un máster en el extranjero.



Las tendencias que no compartimos y que tampoco contribuyen a embellecer nuestro entorno suelen ser desdeñadas. Pero no por ello los perros que protagonizan comportamientos como los que acabo de señalar son “guarros”. La vertiginosa rapidez con que sus genes, configurados en el monte, se han encontrado en el asfalto los ha dejado sin tradiciones. Sus espacios y tiempos atávicos han desaparecido, pero la inercia de los mandatos genéticos continúa generando conductas que ahora están fuera de lugar. Afortunadamente, sin embargo, el perro de compañía es capaz de reaccionar ante determinados estímulos que nosotros podemos manipular, como lo cariñoso y lo brusco –que provocan respuestas de acercamiento y alejamiento respectivamente– lo cual nos permite encauzar su comportamiento de maravilla, como veremos en el siguiente capítulo.

Mientras tanto, me gustaría proponerte lo que para mí es la mejor forma de congeniar con un cachorro. Cuando lo miras, intenta captar *su* necesidad de ser acariciado o abrazado. No te centres en tus deseos de hacerlo. Si ves que está activo, procura no frenarlo cogiéndolo en brazos, sino juega con él.

Aprovecha *sus* momentos para que luego él te brinde los tuyos. Tú, a fin de cuentas, puedes decidir; él no. Él hace lo que le sale. Tu puedes aplazar, apaciguar, distraer, seducir, reconfortar... tu puedes opinar con respecto a la mejor manera de hacer las cosas.

Tu cachorro te habrá llegado o directamente desde su madre, en cuyo caso acusará la ausencia de sus hermanitos y hermanitas, o desde la vitrina de una tienda o desde el hacinamiento de una jaula de camión. Sea como fuere, estará muy desorientado y necesitará tranquilidad, afecto y comprensión. Por una parte, debes hacer que se siente arropado y protegido pero, por otra, recordar que, una vez esté habituado a su nuevo entorno, habrá llegado el momento de empezar a estructurar sus costumbres a la luz de lo que será su vida cotidiana en lo sucesivo. Hay que evitar crear necesidades de cariño, compañía y atención en general que no van a ser satisfechas siempre con la misma intensidad.

Lo primordial es que tenga todas sus necesidades cubiertas desde el primer momento en un contexto previsible en cuanto a normas y horarios. Si su acogida es demasiado afectuosa, no se habrá cometido un pecado grave, pero nunca hay que agobiarlo. Ten siempre presente que depende de ti para todo en la vida y que desconoce la maldad. Tienes razón; no me cansaré de repetirlo. Eres responsable de un pequeño ser indefenso que siente frío y calor, dolor y placer, entrega y abandono. Y si, a pesar de tu buena labor, has tenido mala suerte con la lotería genética que encierra ese pellejo, no te culpes... ¡sigue leyendo!



capítulo 5

La obediencia básica





La obediencia básica

Vamos a empezar este capítulo considerando un aspecto de la naturaleza del perro de compañía que le hace susceptible de insertarse en una jerarquía. En estado salvaje, los lobos de mayor rango marcan a los inferiores para establecer y mantener sus privilegios. Marcar es morder sin acabar de apretar, lo cual impresiona pero no lesiona ni suele doler, porque interesa conservar tanto la integridad física como la colaboración de todos los miembros de la manada.

La observación de cualquier grupo de perros jugando en un parque confirma que esta herencia persiste... y nos va a resultar muy útil. Aunque quizás parezca presuntuoso por mi parte, antes de entrar en tema, quiero proponerte un cambio de vocabulario que nos ayudará a entendernos y a comprender mejor a los perros. En el contexto de la enseñanza, expresiones como refuerzo positivo y refuerzo negativo son frías, mientras que los términos premio y castigo engañan. En el lenguaje popular, la palabra premio suscita imágenes de recompensas tangibles por algo que ya se ha hecho y el concepto de castigo supone una represalia de cierta intensidad aplicable a una transgresión también pasada. Como sustitutos, te propongo que utilicemos alegría y desconcierto, que reflejan muy bien las realidades que voy a describir. Hablemos primero del desconcierto, con alguna reflexión previa.

A partir de ahora, me dirigiré exclusivamente a tu neocórtex; esa parte racional de tu timón cerebral que necesita toda la ayuda que pueda obtener para gobernar la inmensa nave bioquímica que le hace de plataforma. Recuerda siempre que las hormonas hacen cosas divertidísimas y cosas desastrosas, pero lo que no harán nunca es pensar. Te pido sensibilidad, pero debes evitar caer en la sensiblería. ¿Cuál es la diferencia? La sensibilidad te capacita para percibir los matices de los hechos con mayor nitidez y, por consiguiente, para afinar tus reacciones. La sensiblería, manifestación hipertrofiada de la sensibilidad, es autocontemplativa y visceral. Aleja tanto de lo objetivo como de lo racional, enervando y obcecando a quien la padece.

Imagínate un veterinario que se opone a las vacunas porque molestan al paciente o una maestra que se niega a poner orden en clase para no incordiar a sus alumnos. Sería la manera de asegurar que hubiera más perros enfermos y más analfabetos humanos, porque las reticencias de estos profesionales hipotéticos no toman en cuenta las repercusiones negativas de sus “convicciones”. ¿Qué tiene todo esto que ver con el aprendizaje canino? Te pondré un ejemplo.

TÚ PONES LAS NORMAS

Hace unos meses, yo intentaba escribir sentado en el sofá del salón. Gretel, nuestra cócker, estaba sentada a mi lado derecho y tenía otros planes. No dejaba de rascarme el antebrazo con una pata para que la acariciara. Ya podía decirle; “Para” o “Vete”; no me hacía caso alguno (en casa del herrero...). Estaba a punto de cambiarme de lugar y suspiré profundamente: “¡Fffúu!”. No dirigí el chorro de aire hacia ella, sino hacia delante, sin más intención que la de desahogar mi frustración antes de levantarme e ir a la mesa para poder continuar escribiendo. Su reacción fue impresionante. Después de haber soportado su insistencia durante años, ví como dio la vuelta y se enroscó, mirando hacia otro lado.

¿Qué había pasado para que, después de tanto tiempo, un simple soplo solucionara el tema? El sonido producido por mi suspiro la desconcertó lo mínimo necesario para que no quisiera proseguir en su descarada ofensiva contra mi brazo y se resigna-



ra a abandonar el intento... incluso después de haber conseguido las caricias que reclamaba muchísimas veces en el pasado... de hecho, todas las veces. Vencer la inercia de la gratificación anterior e imponer la abstinencia inmediata fue posible porque Gretel no quiso que se repitiera ese sonido, nada más. Ahora sé lo que debo hacer para escribir tranquilamente en el sofá con ella a mi lado.

Este ejemplo muestra mi filosofía de trabajo a la perfección. Con ello, no quiero decir que todo se resuelve con soplidos, pero sí generando el mínimo desconcierto necesario para que el perro prefiera que no se repita. Se vincula el incordio al comportamiento correspondiente y éste se extingue en el acto. Si acoplamos la idea del mínimo incordio necesario a la de la mínima intervención necesaria, tenemos la fórmula que me ha permitido resolver esos 12.000 programas de obediencia y casos de comportamientos indeseados que he tratado y sigo tratando a lo largo de los años, en un promedio de ocho sesiones de tres cuartos de hora cada una.

Al ser autodidacta, como ya sabes, en una profesión que nunca se ha prestado al intercambio de información de una forma natural, yo veía que mi sistema funcionaba bien, pero nunca podía estar seguro de que no existiera algo mejor. Imagínate, pues, mi alegría cuando, entre el año 2000 y el 2005, fueron publicados los tres magistrales volúmenes de una obra que incluía una ratificación de mi filosofía particular. En mi opinión, además, este tratado es el más completo, objetivo y detallado que jamás ha visto la luz en relación con el comportamiento canino.

Escrito por el Dr. Steven R. Lindsay M. A., catedrático de psicología de la Universidad de Victoria en Canadá y publicado por la Iowa State University Press, su título es: "Handbook of applied dog behavior and training" y contiene lo que el autor denomina su principio L.I.M.A. "Least Intrusive Minimal Aversive" (Mínimamente Invasivo Mínimamente Aversivo). Este gran científico llegó a exactamente las mismas conclusiones que yo y, por tanto, me confirmaba en esta magnífica obra que yo estaba haciendo mi trabajo de la mejor manera posible. Después, estudiaremos la aplicación de este principio.



BREVE INTERLUDIO HISTÓRICO

Encontraría muy lógico que no te importara lo más mínimo la manera en que empecé a interesarme profesionalmente por los perros, así que te anticipo que, si pasas directamente al siguiente apartado, no te perderás nada. Incluyo este resumen porque, algunas veces, me preguntan acerca de mi iniciación.

Desde pequeño, los perros siempre me habían encantado, en gran parte debido a la influencia de mi madre, quien veía un perro por la calle y en seguida suponía que tenía frío o calor o hambre o sed o que estaba abandonado y triste. Semejante sugestión no podía menos que sensibilizarme con respecto al bienestar de aquellos animalitos. Por lo demás, ella no hacía absolutamente nada para resolver la situación. Se limitaba a lamentarse.

Encontrándome en Cataluña en el año 1972, con los estudios cursados, decidí ocuparme profesionalmente de la modificación del comportamiento de los perros, una disciplina precaria que siempre se había llamado adiestramiento. Me hice unas tarjetas de visita y las llevé a cuatro clínicas veterinarias y dos tiendas de



animales. Se me había ocurrido que lo más expeditivo sería enseñar a las personas a lograr que sus perros les obedecieran y así lo expliqué cuando fui a los establecimientos que había elegido. No existía nada parecido en aquel entonces y la idea cuajó. Los dueños de las clínicas y las tiendas me dijeron que me recomendarían a algún cliente para ver los resultados.

Un sábado por la tarde, en verano, decidí limpiar el trastero del terrado de casa. Jamás se había utilizado y estaba en un estado deplorable. Vistiendo calzoncillo y sandalias, acabé cubierto de un grasiento polvo negro de pies a cabeza. En plena faena, me quedé sin tabaco y bajé para pedir a mi hija mayor que fuera al bar de la esquina a buscarme un paquete. Mientras tanto, me tomé una cerveza y, al oír el timbre, fui a abrir. ¡Ay, Madre! En lugar de mi hija, quedaba enmarcada en el umbral de la puerta una pareja de mediana edad, de aspecto impecable, que disimulaba su asombro con admirable discreción. “Buenas tardes, ¿Vd, adiestra perros?”, preguntó ella. Asenté con la cabeza, lentamente. “Casi mejor me pongo algo de ropa”. “Casi”, fue la respuesta. Milagrosamente, me contrataron. Fueron mis primeros clientes e hicimos un completísimo programa de educación con su dobermann “Nero”.

Un día, la señora me contó que había llevado a Nero a su veterinario, el que me había recomendado, para que lo vacunara. Había mandado a su perro sentarse y éste había cumplido la orden a la primera. El veterinario dijo que no permanecería sentado si la señora saliera a la calle. Ella: “Que sí”; él, “Que no”. “Si Vd., se va y no se mueve, le regalo la visita”. No sé quien se sorprendió más; la señora, el veterinario o yo. El caso es que la visita le salió gratis.

Muchas personas siguieron los pasos de estos propietarios y, en muy poco tiempo, había formado un equipo y me recomendaban centenares de establecimientos. La confianza que daba trabajar con los dueños y la rapidez de los resultados causaron una auténtica revolución en este campo, primero en Cataluña y, después, en España entera. Empecé a impartir conferencias y a escribir artículos y libros, para dar a conocer esta nueva manera de enfocar la pedagogía canina en general.

Hace ocho años, llegó el auge de la “nueva etología canina”, con sus campañas mediáticas y demás. De tal manera atrajo la

atención sobre el comportamiento de las mascotas que propició la aparición y proliferación de ejércitos de profesionales cualificados que no sabían resolver problemas en su mayoría muy sencillos. Empezó a haber tanta demanda de mis servicios que pude contemplar la adquisición de una finca; para vivir, para construir una residencia canina y para dar cursos de modificación del comportamiento.

Estaba y estoy encantado con mi profesión porque no solamente me entusiasman los perros. Me gusta todavía más la gente (con contadísimas excepciones) y disfruto resolviendo problemas. Así, en el año 1972, descubrí una vocación que llenaría toda mi vida... a expensas de muchas otras cosas... pero no me quejo.

LA CUESTIÓN DE LA INTENSIDAD

Este capítulo, exceptuando el apartado anterior, es el más fundamental de todo el libro, porque pretende que logres un



aprendizaje fiable y duradero, respetando la naturaleza de tu perro y sin atentar contra su bienestar. Una pregunta tan frecuente como inquietante, que surgía en la mayoría de las primeras visitas de la época de mis comienzos era: “¿Hará Vd., *mucho* daño a mi perro?”, “Ninguno”, contestaba. “Si hubiera que lastimar a los perros para enseñarlos, no me dedicaría a esto”. La reputación del adiestramiento tradicional no era, digamos, muy buena pero como yo siempre trabajaba con la familia, los propietarios podían comprobar que decía la verdad y prácticamente todo el mundo aceptaba mi propuesta. Hoy en día, a veces los dueños preguntan: “¿No se le hará daño, verdad?”. Mi respuesta sigue siendo la misma. Por otra parte, en la actualidad el reflujo de información que circula entre propietarios y entre éstos y sus veterinarios y tiendas condenaría a cualquier profesional que maltratara de forma explícita a los perros al fracaso... afortunadamente.

A lo que íbamos. Vivimos en una época de tal opulencia en el mundo occidental que el control nos ofende. Ignorando el trasfondo biológico del comportamiento de los animales de grupo como nosotros, elucubramos acerca de una “educación en la libertad” —que es una contradicción en términos— y producimos adolescentes tanto humanos como caninos cuya falta de normas de conducta propicia el nerviosismo y la anarquía. Heredamos expectativas con respecto a una serie de límites a nuestro comportamiento impuestos por una autoridad coherente. Cuando estas expectativas se cumplen, nos relajamos y nos sentimos protegidos por un entorno social previsible.

Ahora bien, el cerebro de una mascota no codifica ni las multas ni otras privaciones punitivas. ¿Cómo explicarle, pues, que no queremos que haga determinadas cosas? Demostrándole que no le conviene hacerlas, con la más absoluta simultaneidad —mientras esté haciendo aquello que pretendemos prohibir— y con el mínimo desconcierto necesario para vencer la gratificación que implica llevar la acción a cabo y conseguir que no se repita. Aunque no se trata de hacer daño ni mucho menos, si dejamos a nuestro perro indiferente ante las medidas que usamos, seguirá igual toda la vida. El término medio es a la vez aceptable y eficaz, porque permite que sea *el perro quien decide*, en un momento determinado, que le deja de compensar repetir ese comportamiento.

Las medidas inhibitorias más útiles son las sonoras; un ruido fuerte pero no perjudicial y las táctiles; como un chorro de agua de sifón en el morro (que no entre en las orejas), ambas debiendo coincidir con el inicio de la conducta a erradicar.

LOS ÁMBITOS DE LA DESAVENENCIA

Para transmitir el mensaje: “¡No hagas eso nunca!” es innecesario interponer una orden. ¿Por qué condenarte a una vida avisando a tu perro con un “¡No!” previo si puedes demostrarle que ese comportamiento no le conviene, sin más? Las órdenes existen precisamente para aquellas conductas que a veces querrás que adopte y a veces no. Nuestras negativas incondicionales más frecuentes suelen referirse a cinco ámbitos diferentes que detallo a continuación:

- 1) **El acoso personal:** que abarca los saltos a los miembros de la familia y a los invitados, cogerse a la ropa mientras está puesta y los mordiscos juguetones.
- 2) **El acercamiento a la comida:** tanto si estamos comiendo en la mesa como cenando en el sofá con una bandeja en las rodillas o preparando la comida en la cocina. También incluye el interés en el cubo de la basura.
- 3) **El robo de objetos:** si la ropa no está puesta, pertenece a la categoría de los objetos, como los juguetes de los niños, el mando del televisor, los rollos de papel higiénico, los cojines, etc.
- 4) **El asalto a los muebles:** que comprende las subidas a dos o a cuatro patas a los sillones, los sofás y las camas, aunque no se excluye ni la mesa del comedor ni la de la cocina.
- 5) **Los ladridos:** que pueden ser de petición; de salir o entrar, de comida, de atención, etc., o territoriales; porque alguien se detiene en el rellano, llama a la puerta o simplemente coge el ascensor.

He dividido la inhibición de comportamientos en estas cinco categorías con el fin de tratarlas por separado, una por una, con



un período de control de un par de días entre medio, para no confundir al animal. Cada familia puede ordenar las categorías según sus prioridades pero la introducción de ámbitos, repito, debe ser secuencial, nunca simultánea. Ahora vamos a preparar un escenario.

Hay dos maneras de controlar las actividades de un perro. Se le puede seguir por toda la casa, lo cual no solamente se nota mucho sino que potenciará el que haga precisamente aquello que no tiene que hacer cuando te suena el móvil, hierve la leche o entras en el lavabo. Es mucho más eficiente organizar *emboscadas*, para que tú estés preparado y tu perro no. Usaré como ejemplo el ámbito de la comida, porque es infalible y se puede tratar en cualquier momento en cualquier lugar. Voy a suponer que tienes una hembra de chihuahua de cinco meses llamada “Mimí” que no te deja vivir cuando huele comida. Emplearé una medida táctil para demostrar a Mimí que ya no le conviene acercarse en esos momentos.

Soy plenamente consciente de que necesitas una demostración más que una descripción para sincronizar bien la secuencia correspondiente, pero haré lo que pueda para que, al menos, captes la idea de base. Primero encierra a Mimí en una dependencia contigua al salón. Pon un par de rodajas de salchichón en una tapa de plástico de un bote de algo y déjala en el mármol de la cocina. Ahora, arranca algo de papel de plata del rollo y haz una bolita. Si eres diestro/a, guárdala en tu mano derecha. Si eres zurdo/a, enciérrala en tu puño izquierdo. Lleva la tapa a la mesa de centro del comedor, déjala encima, abre a Mimí y retírate deprisa al sofá. Mimí localizará rápidamente el manjar pero *antes*

de que se abalance sobre él, lanza la bolita de papel de plata para que le toque en la zona de las costillas. Si la perrita continúa obcecada en conseguir el salchichón, retira la tapa y recupera la bolita. Empieza la secuencia de nuevo pero, esta vez, tira la bolita con un poquito más de fuerza.



Si vas repitiendo esta maniobra, llegará el momento en que Mimí dejará de interesarse por la comida y se quedará a una cierta distancia de la mesa, mirándote a ti. Al ir aumentando progresiva y paulatinamente la intensidad de la sensación provocada por la bolita de papel de plata, tu perrita decidirá finalmente que ya no le interesa seguir intentando comerse el salchichón, porque preferirá evitar una repetición de esa sensación tan desconcertante, que le habrá empezado a incordiar. Si, después de cada lanzamiento, le dices "¡No!", con voz fuerte, este "No" adquirirá valor y se podrá usar en cualquier momento para frenarla.

Sabrás perfectamente cuando alcanzas el mínimo incordio necesario para que se abstenga de cazar el salchichón porque su actitud cambiará. Antes de llegar a esa intensidad mínima necesaria para que no se repita el comportamiento en cuestión, habrás pasado por toda una franja de intensidades inferiores que, lejos de inhibir, excitan más, provocando carreras, saltos, ladridos o una persecución de la bolita. En cambio, si ves que pliega sus orejas y su nivel de actividad disminuye, has llegado a su umbral de respuesta favorable y la última intensidad empleada será la adecuada para disolver su interés en la comida que no es suya.

Hay que tener presente que lo nuevo crea un mayor estado de desconcierto que lo conocido, debido a lo cual es posible que tengas que aumentar ligeramente la fuerza del lanzamiento para conservar la primera reacción conseguida. Si al principio has tenido que lanzar la bolita varias veces, es porque era necesario averiguar cuál era la mínima intensidad necesaria pero, también, porque la primera vez que sucedió, sus genes le decían que era una coincidencia. Durante los tres meses de convivencia, nunca había pasado nada parecido y su ley de las probabilidades fisiológicas había calculado que no volvería a suceder. La segunda vez

consecutiva que se dió la conjunción acercamiento-lanzamiento, esos mismos genes comenzaron a sospechar que había una relación de causa-efecto entre ambos hechos. A la tercera, cuarta o quinta vez, se convencieron. Lejos de causar un enfriamiento en la relación, conclusión lógica pero desinformada, imponer cuatro normas de convivencia de manera tajante pero previsible aumenta el apego porque, genéticamente, todos sabemos que un poder superior puntual y previsible, aunque se emplee en el momento de establecer esas normas en contra nuestro, puede servir para protegernos siempre. Lo imprevisible inspira miedo y lo queremos tener lo más lejos posible. En cambio, el poder previsible permite evitar toda repercusión negativa e infunde respeto y sosiego. Gusta tenerlo cerca. En realidad, allí estriba la diferencia entre respeto y miedo.



Volviendo al tema de la comida, dejamos a Mimí en el momento en que abandonaba sus intentos de hacerse con ella. Acababa de alejarse de la mesa de centro y se tumbó a una distancia prudencial en actitud contemplativa. Llámala con voz fuerte: "¡Ven aquí!" y, acto seguido, *sin esperar una respuesta suya*, agáchate, abre los brazos y felicítala para que venga, con voz aguda y oscilante: "¡Muy bien guaapa!". Ten cuidado, porque este procedimiento es contraintuitivo. Nunca felicitamos a nadie por algo que no ha hecho todavía. Sin embargo, en este caso necesitamos contraste, porque la perrita está desconcertada y queremos reestablecer la tónica cariñosa de la relación. De esta manera, el mensaje completo será: "Molestas... pero te quiero igual".

Durante los quince o veinte segundos transcurridos entre el último lanzamiento y la reconciliación, que cumple sus expectativas de cohesión social, su necesidad de consuelo habrá ido en aumento. Así que esta llamada contrastada le dará una alegría enorme y puedes aprovechar su llegada para mimarla durante un buen rato. Ahora bien, si ella utiliza la relajación en la autoridad para volver al salchichón: ¡Bolita va y a empezar de nuevo!

Al cosechar este primer éxito, puedes intensificar la tentación poniendo la tapa en el suelo, para tener más margen de seguridad: Si no coge comida humana ni cuando está en el suelo; ¿cuánto menos va a acercarse si está en un lugar elevado? Para completar esta explicación de la nueva normativa, se deben escenificar distintas emboscadas, en días consecutivos, con varios manjares succulentos en lugares diferentes. Una vez Mimí se convenza de lo inoportuno que resulta interesarse por tu comida, deja que pasen un par de días de provocación sin respuesta y pasa a tu segundo ámbito, y así sucesivamente. Si hay una reincidencia con respecto a cualquier ámbito ya solucionado; bolita va de nuevo.



Cuando se emplea este sistema, hay que dejar siempre una salida libre al alumno, nunca arrinconarlo. Debe poderse poner a salvo de una repetición de la experiencia que estamos provocando. Ten presente también que, si pretendemos mantenerlo alejado durante un tiempo, porque estamos comiendo, la reconciliación se aplazará hasta el final de la comida.

¿Por qué un solo ámbito a la vez? Pues porque, aunque parezca contradictorio, estamos desconcertando a Mimí pero, como decía antes, no queremos confundirla. Si obráramos de la manera descrita con cinco comportamientos no relacionados a la vez, la pobre perrita acabaría en muy poco tiempo convencida de que la vida se llama “bolita” y tampoco se trata de eso, ni mucho menos.

Dentro de unos límites muy estrechos, se puede decir que, cuanto más robusto y peludo sea el perro, más tendría que pesar el proyectil, que nunca debe ser ni rígido ni capaz de hacer daño. Es la impresión que cuenta. Enseñé a Hans, nuestro pastor alemán de pelo largo que pesa 50 kilos, a no molestar a Gretel con una cadenita de wáter de eslabón redondeado que pesa 30 gramos. Pasarte de intensidad es maltratar. ¿De acuerdo?

Si empleas un proyectil que hace ruido, el animal no debe oírlo antes de su lanzamiento. Si sabe cuando lo llevas porque escucha el sonido, sabrá por defecto cuando no lo llevas y su comportamiento variará radicalmente. De ser así, tendrías que tenerlo encima siempre para conservar el acatamiento impuesto. Si no lo ha oído nunca con anterioridad al lanzamiento, te podrás olvidar del proyectil para siempre después de resolver todos los comportamientos indeseados. Contrariamente a lo que ocurre con el “método positivo”, que requiere el uso continuado



de comida para provocar y conservar comportamientos (cuando funciona), al ser el tipo de medidas que he descrito diseñado para que el perro no quiera que se repita, la conducta indeseada desaparece sin que tengas que hacer nada más al respecto... nunca.

Utilizo esta técnica continuamente desde que empecé a enseñar a los perros y he comprobado, evidentemente, que funciona de maravilla incluso cuando la tienen que emplear personas mayores (mi récord es un caballero tremendamente lúcido pero de escasa estabilidad que cumplió 91 años tres días antes de comenzar el programa de obediencia con su gos d'atura de 8 meses), personas muy jóvenes y personas que padecen discapacidades físicas de cierta gravedad.

LA BÚSQUEDA DE AYUDA

¡Ojalá se pudiera enseñar todo en base a sobornos culinarios! ¿Por qué no pruebas el método positivo primero? Si no te soluciona los comportamientos problemáticos de tu perro, siempre estarás a tiempo de buscar otro sistema, como el que te acabo de explicar. El problema será encontrar a un o una profesional si necesitas ayuda. Todo el mundo cobra, mucha gente intenta pero poca gente sabe.

Hace algo menos de seis años, me encontré ante la necesidad de contratar los servicios de una serie de profesionales para que emprendieran la restauración de una ruina en el monte que actualmente



es nuestro hogar. Mi horario de trabajo no me permitía controlar el proceso y sólo teníamos dinero para gastar una vez.

Cuando alguien contrata mis servicios, es para que cumpla con un cometido, no para que haga preguntas indiscretas. Por este motivo, normalmente no sé a qué se dedican los propietarios y propietarias con los que trabajo. No obstante, en aquella época, me dí cuenta de que una familia encantadora de Badalona, que había tenido un problema de agresividad con su cócker, estaba en el ramo de la construcción. También recordé que un joven colombiano entrañable de

Cerdanyola, con el que había trabajado para enseñar obediencia a su husky, me había dicho que era pintor.

En síntesis, aposté por unas personas que me daban mucha confianza y acerté plenamente. De hecho, no participó nadie en la obra que no hubiera sido cliente mío. A la luz de mi propia experiencia en un terreno plagado de trampas, que mueve mucho dinero y que desconocía completamente: la construcción; sólo te puedo aconsejar que dejes que tu intuición te convenza de quien debe guiar esta labor pedagógica tan delicada. Es muy difícil que una buena persona no sea también un buen profesional. El engaño a veces acecha donde menos te lo esperas (¡recuerda esto!), pero si contrastas toda la información que puedas reunir y, sobretudo, buscas referencias de otros propietarios, es menos probable que te equivoques. Las personas que no tienen un vínculo profesional con el campo de los perros te manifestarán opiniones objetivas con respecto a técnicos que hayan contratado para resolver cuestiones de comportamiento. Si están contentas, no tienen porque esconder el hecho y sino, tampoco.



Estate siempre pendiente de esa vocecita que te pone sobreaviso de contradicciones y manipulaciones. Si te das cuenta de haberte equivocado de técnico, cambia de inmediato y reinicia la búsqueda. Se puede enseñar a un perro durante toda su vida, o sea que no tengas prisa. Desconfía de quien te intente persuadir que un molesto ladrido puede convertirse en una agresividad peligrosa. No hagas caso a quien te diga que un perro pastor jamás puede aprender a caminar al lado de su propietario y niégate a hacer sacrificar a tu perro por un problema de comportamiento que tu mismo no consideres peligroso.

El sacrificio constituye una estrategia excelente para esconder fracasos terapéuticos porque no solamente desaparece el pobre animal, sino el propietario ya no va a la tienda, al veterinario, al parque... y reina el silencio. ¡Qué barbaridad!

En este capítulo, he sometido a tu criterio mi forma de enseñar a los perros a no hacer cosas. En el próximo, aunque he descrito muchos ejercicios con todo detalle en mi libro "Así aprende su perro", seguiremos con algunas técnicas más que logren rápidamente que nuestras mascotas nos respeten y nos obedezcan, para que la vida sea más agradable para todos los miembros de la familia que participan.

Si una serie de felices coincidencias te ha proporcionado un perro que se adapta muy bien a tu estilo de vida, no tienes necesidad alguna de enseñarle nada. De lo contrario, organízate una corta lista de normas que te gustaría que tu mascota cumpliera. Si las impones de una en una, irás viendo algunos cambios muy positivos que os harán más amigos... para siempre.





capítulo 6

El control sin correa



El control sin correa

Antes de contemplar la consecución de una respuesta fiable en exterior cuando tu perro está libre, tendríamos que empezar desde el principio y enseñarle a caminar al lado con correa, sin estirar de ella ni distraerse ante perros, gatos, pájaros, olores mil y la gente en general. Poder sacar a un perro sin que el paseo sea una penitencia es el sueño de muchos propietarios y propietarias, por no decir una necesidad básica, y es realmente sencillo de lograr si se tienen en cuenta algunos principios lógicos.

La mayoría de los perros de compañía que pueblan el ámbito urbano pasa veintitrés de las veinticuatro horas de cada día dentro de sus casas, probablemente solos. Cuando oyen la correa y ven abrirse la puerta de la calle, se obsesionan por llegar allí fuera para oler y mirar toda la novedad que les rodea, ignorando a su acompañante, al que arrastran como si fuera un trineo con patas. Técnicamente, diríamos que la abstinencia crónica hace una hipercompensación puntual.

Me he fijado en algunos grupos de jóvenes que ocupan casas que no son suyas y que suelen ir acompañados de varios perros. Aquí, la situación es la inversa: Los perros están más tiempo fuera y en grupo que dentro a solas. Siempre van sueltos al lado de sus propietarios, a los que obedecen al instante, porque éste es el estilo de vida urbana que más se parece al de la manada. Los canes se ven relajados y muy compenetrados con sus compañeros humanos.

A ver como lo enfocamos sin hacernos ocupas.



LA LIBREA DE LA LIBERTAD

Necesitarás una correa. La típica correa de adiestramiento ofrece varias ventajas con respecto a las más tradicionales por ser de longitud variable. Tendrá un mosquetón en cada extremo y algunos aros sujetos con remaches. Normalmente será de cuero. En cuanto a la elección de un collar, será tu perro quien te diga el tipo que necesitarás para enseñarle a no estirar.

A Mima, una hembra de bichón maltés de nueve meses, le enseñó su propietaria con un arnés. A Bako, un labrador de cinco meses, le educó su propietario con un collar fijo de cuero. Oscar, un mestizo de catorce meses aprendió a obedecer con un collar metálico de eslabones pequeños y redondeados. Mel, una doberman de dos años fue educada con un collar metálico de eslabones alargados y Marshall, un pastor alemán de dieciocho meses, llevó un mal-llamado collar de pinchos o de castigo —que ni tiene pinchos ni debe emplearse para castigar.*

¿Por qué cinco tipos de sujeción diferentes? Recuerda mi filosofía de trabajo: *Mínimo incordio necesario; mínima intervención necesaria*. Mima es tan sensible que una leve brusquedad sentida a través del flexible y cómodo arnés fue suficiente para que decidiera ralentizar la marcha y caminar al lado de su dueña, una señora de cierta edad que temía que le hiciera caer. Bako, en cambio, es bastante más corpulento y habría sido una pérdida de tiempo intentar convencerle para que dejara de estirar con un arnés. Ahora bien, con el collar de cuero, en seguida decidió tener en cuenta el paso marcado por su propietario.

Oscar tiene bastante pelo en el cuello, por lo que el collar que empleamos con Bako no le transmitía el mensaje que enviábamos con suficiente claridad para que respondiera de la manera deseada. Sin embargo, fue ponerle uno metálico de eslabones pequeños y asombrarnos de cómo empezó a colaborar. Este tipo de collar se adapta tanto al cuello que es el más parecido a uno de tejido. Tanto es así, que Mel, de carácter robusto y “pasota” sólo se convenció de que tenía que caminar al lado de su propietaria cuando le pusimos un collar de

eslabones alargados, cuya forma reduce la superficie de contacto que es, además, angular.

Marshall iba bien con este tipo de collar hasta que veía un gato. Los felinos abundan en sus barrios y eran su perdición. Su propietaria, embarazada de seis meses, había dejado de sacarlo por el peligro que corría y Marshall se ponía más frenético que nunca cuando se abría la verja del jardín. Habíamos evitado sistemáticamente los encuentros con gatos en sus zonas habituales hasta que el animal había aprendido a caminar bien al lado y a sentarse automáticamente cuando su dueña se paraba. Llegó el día de ir a buscarlos y, con un collar de castigo puesto, Marshall empezó a frenar ante aquellos enemigos jurados.

No existen instrumentos de tortura *per se*. Sólo existen instrumentos. Lo demás depende de lo que hagamos con ellos y lo único que hace este tipo de collar es reducir aún más la superficie de contacto, lo cual permite controlar a un perro enérgico con muy poca fuerza. En los últimos tres meses he trabajado con cinco hombres de más de ochenta y cinco años. El collar de castigo sólo era necesario en uno de los casos pero, por prudencia, pedí a todos que lo emplearan. ¿Por qué? Si a mí me hace caer un perro, lo más probable es que me pueda levantar. Ante la fragilidad, todo margen de seguridad es poco. Una cosa es *ir de bueno* y otra, intentar serlo. ¡Piénsalo!



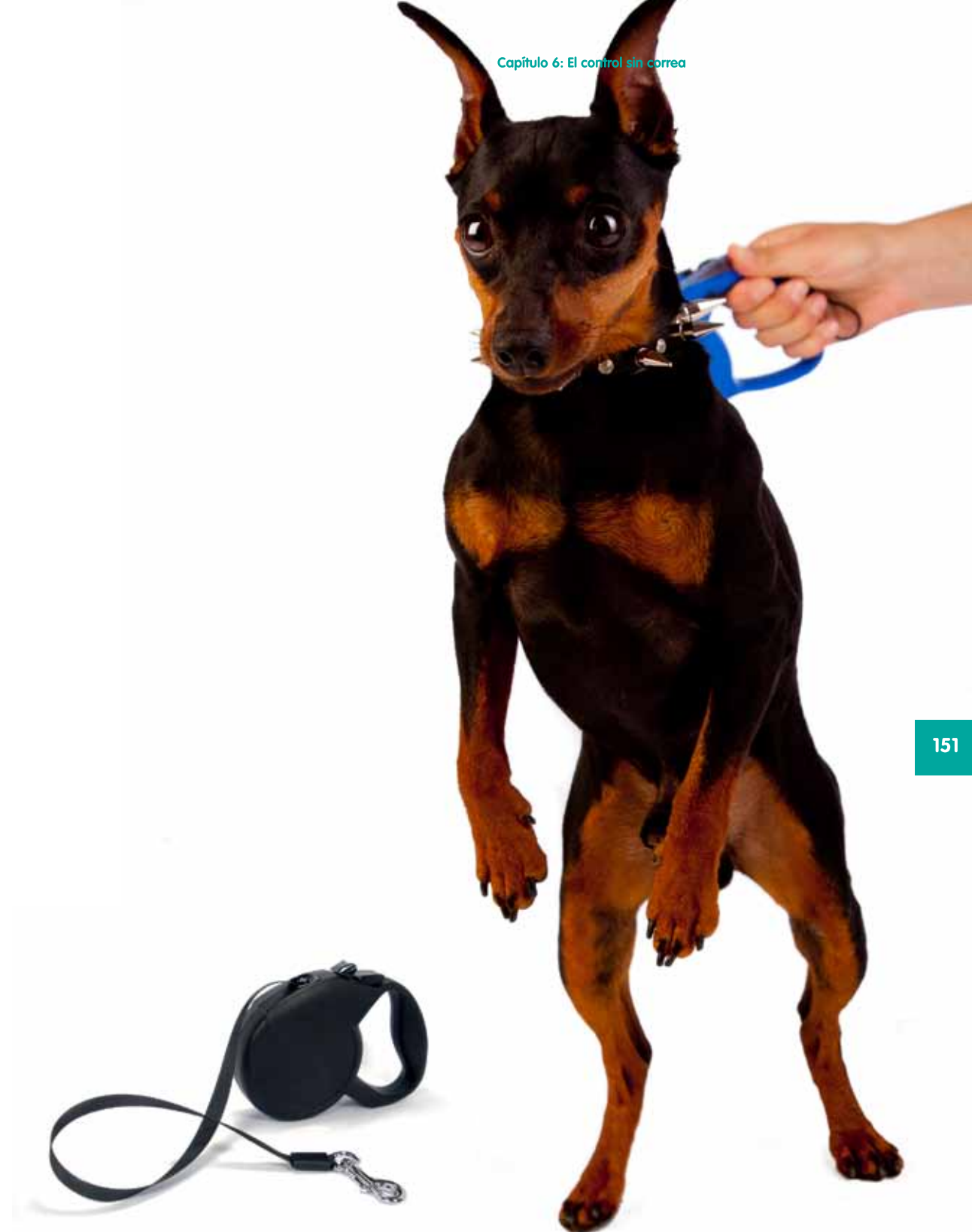
*Puedes ver fotos de estos cinco perros en www.kensewell.com: Mel, en el menú bajo Adiestramiento, y los demás en esa misma sección.

¿Ya lo has pensado? De acuerdo, pues, elige una orden: Lado, junto... le puedes decir "Albóndiga" a tu perro para que ande a tu lado si quieres porque nunca se va a enterar del *significado* del sonido que escoges. Luego, decide a qué lado querrás que camine; a tu derecha o a tu izquierda. Si alguien te dice que los perros *deben* ir a la izquierda, no hagas caso. El adiestramiento nació en el ámbito militar, donde los perros van con correa. Sean diestros o zurdos, todos los soldados saludan con la mano derecha (excepto los camilleros que están trabajando -¡Piensa eso también!) y sería poco estético tener que cambiar la correa de mano cada vez que pasara un superior. Por lo tanto, puedes decidir libremente el lado que prefieras.

El arnés y el collar de castigo son simétricos, debido a lo cual no hay una buena orientación ni una mala, pero los collares corredizos de cadena deben colocarse de una manera determinada. Como el arnés funciona como instrumento pedagógico con poquísimos perros, con el tuyo probaremos primero el collar de eslabón pequeño. Engancha el mosquetón de la correa a uno de los aros del collar. Ahora, levanta la correa de manera que el collar cuelgue verticalmente. Coloca en posición horizontal el aro del extremo inferior del collar y deja que caiga la cadena a través de él. El collar ya está hecho.

Para ponérselo a tu perro, pon a éste a tu lado, digamos, derecho. Abre completamente el collar y pásalo por encima de su cabeza de modo que, tal y como sale el collar de la correa, la cadena pase primero por encima de su cuello. Si está bien puesto, el aro corredizo vendrá desde abajo y estará situado entre tú y él. Si tensas el collar con la correa, este aro subirá pero, cuando aflojas, volverá a bajar hasta su posición inicial.

Los collares corredizos de cadena no deben dejarse puestos sin correa porque lo que entra por la cabeza puede salir por la cabeza.. y perderse. Si el collar se enganchara con algo, podría causar angustia y hasta daño físico. Nunca dejes a tu perro atado con uno de estos collares... si es que tienes que dejarlo atado, que siempre encierra algún peligro. Este tipo de collar no debe llevarse con una correa extensible desfrenada, porque no permite controlar su posición e impedir que caiga, dejando al animalito suelto.





ADIÓS AL AGOBIO

Ya estamos listos para comenzar la primera lección. Nos vamos a la calle y, si hace calor, buscaremos una acera que esté a la sombra. Al ser horizontales y cilíndricos, los perros son como máquinas de absorber calor. No sudan y, si encima son oscuros, no te puedes imaginar lo mal que lo pasan si les obligamos a estar al sol. Hay que encontrar un lugar tranquilo, sin apenas distracciones, para facilitar la captación de nuestros mensajes. Haremos una ruta “aburrida” de idas y vueltas por el mismo lugar para que nuestro alumno tampoco esté distraído por un entorno cambiante.

Colócate en medio de la acera, para alejar a tu perro de los atrayentes olores de los árboles y de los ángulos que forman las fachadas de los edificios con el suelo. Pon al pequeño a tu derecha y, con el extremo de la correa en tu mano izquierda, sitúa tu mano derecha a un par o tres de palmos del mosquetón que sujeta el aro del collar. ¿Preparados?

Con el primer paso que tomes y *sin tensar la correa*, dile (por ejemplo) “Lado”, con buena voz para que sepa que este nuevo sonido tiene una cierta relevancia. No lo esperes, porque si tú lo esperas a él, él te esperará a tí y no se moverá nadie. En el dudoso caso de que se quedara atrás, anímalo *lo mínimo necesario* para que arranque. Le vamos a pedir que camine con las orejas detrás de tu mano, ya que sólo la vista le proporciona información con suficiente rapidez para que se pare cuando tú te paras o gire a la izquierda contigo. En esta posición, te estará viendo todo el tiempo.

No importa si se retrasa un palmo con respecto a tu mano pero no debe adelantar ni un centímetro. Es un sí o un no. Orejas detrás de la mano; correcto. Orejas delante de la mano; incorrecto. Ser previsible, como ya sabes, es ser justo porque permite la adaptación... en todo. Si te adelanta, toma un paso corto hacia atrás con tu pierna derecha, mientras extiendes el brazo derecho hacia delante. Justo en el momento de cambiar el peso corporal de delante atrás, estira bruscamente de la correa doblando el brazo como si dieras un codazo en el plexo solar de alguien que te hubiera cogido por detrás. No inclines el cuerpo hacia delante ni gires los hombros. Debes emplear muy poca fuerza en el estirón para ver la reacción de tu alumno.



Ten siempre presente que los nuevos movimientos deben nacer en la cabeza. No supongas que, por haber comprendido una explicación acerca de los movimientos corporales, los miembros correspondientes van a saber lo que deben hacer, porque no tienen ni idea de cómo organizarse. Es imprescindible, al principio, mandarlos desde la cabeza: Primero la pierna, que es más lenta y, después el brazo, cuya función es imprimir rapidez al movimiento.

Acto seguido, empieza a caminar de nuevo, repitiendo “Lado” con el primer paso que tomes. El estirón va antes que la repetición de la orden para que el pequeño aprenda a obedecer a la primera, aprovechando de paso el factor sorpresa, que aumenta la impresión que causa el estirón sin incrementar la fuerza. Si tu perro vuelve a adelantar, es que no le ha importado en absoluto el estirón y habría que repetir lo mismo con un poquito más de fuerza. Y así sucesivamente hasta que el animal comience a retrasarse porque prefiere que esa brusquedad no se repita.

Puedes ir experimentando con la longitud de la correa que queda entre tu mano derecha y el aro del collar, porque tú debes tensar la correa antes que lo tense él. Así que, en cuanto veas que sus orejas asoman delante de tu mano, toma ese paso hacia atrás, aflojando la correa y estirando bruscamente. Al revés del dicho en castellano: “Tira y afloja”, esto es “Afloja y estira”. Como siempre, él te va a decir cuando la intensidad del estirón le empieza a incordiar. Te mirará más y, en cuanto descubra el lugar exacto en que le molestas, dejará de llegar a ese punto. Sobre todo, cuando va bien, evita caer en la tentación de felicitarlo; porque la felicitación lo acelerará y se ganaría otro estirón por adelantar. No entendería nada.

Si, mientras va a tu lado en orden, baja el hocico para oler o para coger algo del suelo, estira bruscamente de la correa hacia arriba, sin detenerte ni decirle nada. Cuando está en orden, debe caminar al lado y sólo caminar al lado. Si se para y hace sus necesidades o se rasca, hay que respetarlo pero las distracciones no deben permitirse. Después, le daremos su libertad para que haga de perro.

Cuando, en lugar de adelantarse, se va hacia la derecha, debes girar hacia su trayectoria sobre tu pie izquierdo y ejecutar el mismo movimiento que antes. No tenemos estabilidad lateral y, si estirases sin girarte, tu mismo estirón te vencería, haciéndote tambalear hacia él. En el caso de que se quedara atrás por una distracción, tendrías que girar ciento ochenta grados por tu derecha para estirar, tomando un paso hacia atrás (que ahora sería en el sentido de la marcha original) y repitiendo “Lado”, una y otra vez, hasta que tu alumno mostrara una disposición para seguirte.

“Lado” debe transmitir la idea de movimiento. Nunca te quedes quieto después de pronunciarlo. Nadie puede caminar al lado de una persona que está parada y el resultado sería la más absoluta confusión... por mucho que estirases de la correa. Y una cosa más: Si tu perro camina correctamente a tu lado, no podrá cruzarte ni por delante ni por detrás.

Incluso después de haber encontrado la mínima intensidad necesaria para no tener que estirar nunca más en situaciones que comportan pocas distracciones, verás que esta intensidad tendrá que aumentarse algo ante distracciones fuertes como

otros perros, y el tuyo te dirá hasta qué punto. Ten presente que no existen los empates. Si no ganas tú, ganará la distracción, como sucedía con Marshall y los gatos. Para reducir la intensidad y número de estirones al mínimo, hay que exponer al perro a cada tipo de distracción desde una distancia considerable, digamos unos veinte metros. Sólo después de lograr una respuesta buena a esta distancia, puede irse acercando el animal poco a poco... siempre en función del acatamiento conseguido.

El cuello canino no está configurado para ser objeto de sacudidas, de modo que es mejor cambiar al siguiente modelo de collar antes que aumentar más que levemente la fuerza del estirón, llegando si fuera necesario —y con toda tranquilidad— al collar de castigo. Recuerda que un collar no hace nada que tú no hagas. Si yo fuera un perro, preferiría que me pudieran sacar a pasear con un collar de castigo que quedarme en casa; y más teniendo en cuenta que, después de aprender a evitar las brusquedades en un par de sesiones, no se acciona el collar nunca más.

Frenar a un perro con la correa o arrastrarlo genera una fuerza instintiva en sentido contrario al estirón, que pretende conservar el equilibrio. Además, un perro arrastrado o frenado jamás aprenderá a andar al lado tranquilamente porque siempre será víctima de una traslación o una contención forzosa, cosa que no lo beneficia en absoluto. ¿Cuántas veces he oído: “Parecía que se ahogaba pero no paraba”? El bienestar de los perros exige, entre muchas otras cosas, una estimulación variada y acompañar a su propietario de paseo es una de las mejores (y únicas) formas de lograr que se cumpla.

Una vez haya aprendido a caminar bien a tu lado en un entorno cada vez más exigente, podrías enseñarle a sentarse cuando te paras, para tenerlo más controlado y aumentar vuestra compenetración. También servirá para cuando quieras liberarlo, dándole la oportunidad de disfrutar de las salidas a su manera. Para ello, dale la orden de “Lado”, comprueba que va en la posición correcta y párate. Espera unos segundos y dile (por ejemplo): “Siéntate”, una sola vez y con esa buena voz que usamos cuando empezamos una orden nueva.

Se supone que no asocia este sonido con la postura que queremos que adopte, así que tendremos que ayudarlo a



descubrir lo que esperamos de él. Después de dar la orden, espera un par de segundos y, tensando la correa con suavidad, oblicuamente hacia atrás encima de su columna vertebral con la mano izquierda, ejerce una presión progresiva y continuada con tu mano derecha sobre su lomo, a la altura de los riñones.

La correa impedirá que adelante y la presión de tu mano derecha acabará haciendo que se siente. Una vez sentado paralelo a ti, relaja la correa inmediatamente y repite “Siéntate” media docena de veces a intervalos de un par de segundos. Quizás te estés preguntando por qué hay que seguir mandándole sentar si ya está sentado. Pero no es eso. Como en su vida sabrá lo que significa “Siéntate”, tenemos que demostrarle que, en esta postura, no habrá incordio alguno cuando oye la orden. En cambio, si permanece de pie, tensaremos la correa y le presionaremos el lomo. En todas las órdenes, se crea un contexto de desconcierto o incordio, facilitando el descubrimiento de un espacio de tranquilidad que gratifica la respuesta acertada.

Poco a poco, la manera de tensar la correa y el contacto de la mano con el lomo se vuelven algo más bruscos. Es como si pasáramos de la explicación a la insistencia y de la insistencia a la exigencia. Cuando se siente por primera vez sin contacto, sólo con la voz, le repetirás “Siéntate” un par de veces y luego le darás su alegría: la libertad para hacer de perro durante unos minutos.

¿Cómo liberarlo? Diciéndole algo como: “Ale” con voz aguda, mientras das cuatro palmadas en actitud marcadamente alegre. Es mejor mandar a un perro sentar antes de darle su libertad porque es mucho más contrastado “inmovilizarlo” antes de liberarlo que pasarlo de andar a hacer lo que quiera sin más. Y, si te acuerdas, todos los mensajes se reciben por contraste.

Cuando veas que ha asociado el sonido: “Siéntate” con la postura correspondiente, puedes prescindir del contacto con el lomo y emplear exclusivamente la correa. Al pararte, esperas unos segundos para que haga su composición de lugar y le dices: “Siéntate” una sola vez. Si no se sienta, estiras bruscamente de la correa del mismo modo que si te hubiera adelantado en la orden de “Lado”. La secuencia: Orden – Mirar – Estirar, indivisible y desarrollado al tiempo de un waltz inglés (un, dos, tres – un, dos,





tres) pronto hará que se siente antes de esperar el estirón. No lo felicites mientras está en orden. Lo harías levantar y se ganaría otro estirón. Todas las órdenes se deben obedecer hasta nueva orden o, en su caso, hasta que se otorgue la libertad. Así, decides tú y no él. Por eso, “Lado” quiere decir: “Arranca a mi lado, camina a mi lado y párate a mi lado”. En el caso de siéntate, si tu perro se levanta antes de darle permiso para hacerlo, primero va el estirón y luego: “Siéntate” una vez esté nuevamente sentado. De esta manera, no se levantará.

Para acostumbrarlo a permanecer sentado mientras tú te mueves, siéntalo y, repitiendo la orden con el primer paso que tomes y a cada dos pasos después, empieza a describir un círculo alrededor de él en el sentido contrario al de las agujas de un reloj; o sea, al revés de la dirección habitual de la marcha. Mantén la correa vertical, sin tensar, encima de él con tu mano izquierda para poder estirar hacia arriba en cualquier punto de la circunferencia que trazas si se levantara. El círculo, que se irá abriendo poco a poco es una buena fórmula para comenzar este ejercicio, porque implica desplazamiento sin alejamiento. Es, por tanto, menos probable que se levante.

EL CONJURO DEL CONTROL

Busca siempre un lugar exento de peligros para que tu perro vaya suelto. Es cierto que se ven muchos perros caminando sueltos por las aceras de la ciudad pero, en cierto sentido, los que tú ves son los supervivientes. Los que se perdieron, fueron robados o sufrieron accidentes ya no se ven.

El paso mágico que supone la retirada de la correa requiere una transición disfrazada porque, aunque tu perro ya no estira cuando camina a tu lado y se sienta sólo con la voz, él sabe que la correa está allí. Si se la quitases y le mandarás caminar o sentarse sin más, lo más probable sería que te mirase durante unos instantes con cara de: “Me parece que va a ser que no”, antes de salir a galope hacia el horizonte más próximo.

Una vez llegáis a ese lugar exento de peligros, ponle o bien un arnés o bien un collar de castigo. Aunque no se hayan utilizado previamente, se hace así porque vamos a atar una cuerda que el

animal arrastrará por el suelo. Estas dos opciones sujetan mejor la cuerda para que salga de encima de su lomo. Los collares de cadena giran, ya que no ofrecen resistencia al pelo y la cuerda acabaría enredándose con las patas. Su grosor debería ser como el de un cigarrillo para perros medianos o grandes y la mitad de este diámetro para perros pequeños. Su longitud será directamente proporcional a la rapidez de las reacciones de tu perro y a la lentitud de tus propios reflejos; pongamos entre cuatro y diez metros. Las cuerdas multitrenzadas de algodón son ideales porque no cogen formas y son fuertes.

Después de atar la cuerda al aro de sujeción, hay que enganchar el mosquetón de la correa a la misma argolla e iniciar la marcha con la orden "Lado", de manera que la cuerda se vaya arrastrando por el suelo entre tú y tu alumno. No gires a la derecha. Si lo hicieras, la cuerda pasaría por debajo de sus patas, la pisaría y se quedaría frenado. Mientras uses la cuerda, todos tus giros deben ser hacia la izquierda... él nunca lo sabrá. Si quiere coger la cuerda, estira bruscamente de la correa hasta que desista.

El "Clic" que hace el mosquetón de la correa cuando lo desenganchas a él le suena a libertad. Convendrá, pues, hacer varios "Clics" falsos sin soltarlo, para asegurar que no intente darse a la fuga cuando realmente retires la correa. Al comprobar que todo va saliendo bien, habrá llegado el momento de quitarle la correa y depender de la cuerda para controlarlo. Mientras él está andando a tu lado en orden, retira la correa de la forma más imperceptible que puedas, dejando que su extremo siga colgando junto a su hocico. Toda transición debe llevarse a cabo de manera que el animal apenas se percate de que algo está cambiando. Es siempre mucho más limpio potenciar el acierto que tener que corregir el error.

Más pronto o más tarde, el pequeño se separará de tí, a lo mejor tentativamente al principio, y entonces tendrás que aprender a controlarlo con los pies. Si te adelanta, gira noventa grados hacia la cuerda y písalas con tu pie derecho a unos cincuenta centímetros detrás de tu perro. Da un golpecito a la cuerda con tu pie izquierdo y vuelve a emprender la marcha en el sentido de antes con la orden "Lado". En el caso de un alejamiento que no fuera justo hacia delante, el sistema es casi igual. Lo único que varía son los grados de tu giro necesarios para situarte



perpendicularmente a la cuerda. Si tu perro se retrasase, tendrías que retroceder y ponerte a su lado izquierdo mirando en el mismo sentido que él, pisar la cuerda con tu pie izquierdo y dar el golpecito hacia delante con el derecho, comenzando a andar enseguida con la orden "Lado".

Cuando estas pequeñas rectificaciones desaparezcan definitivamente, podrás empezar a pensar en ir cortando la cuerda, palmo a palmo, hasta prescindir de ella. Ahora también será tu alumno quien te indique a qué ritmo debes ir reduciendo su longitud. Si, después de una primera semana entera sin correcciones, la siguiente salida resulta perfecta, corta veinte centímetros. Si una salida deja algo que desear, no cortes nada.

Durante esa primera semana de comprobación, puedes aprovechar la cuerda para ir alejándote cada vez más de tu perro mientras él se quede sentado. Le habías explicado con la correa

que tú te podías mover libremente a su alrededor si él estaba sentado bajo orden; que él tenía que hacer caso a tu voz, no a tu movimiento corporal. Se trata de ir aumentando poco a poco la distancia hasta llegar al extremo de la cuerda. Una vez logrado esto, podemos utilizar su acatamiento para iniciar la orden de llamada.

Con él sentado bajo orden y tú en el otro extremo de la cuerda, que ha de estar recta en el suelo, tienes que colocarte perpendicularmente a ella y pisarla con el pie alejado; da lo mismo cuál. Hay que meter la punta del pie más próximo debajo de la cuerda y esperar unos segundos. Llámalo con un disparo de voz: “Ven aquí”, -a distancia, la voz no puede sobrar pero es fácil que falte- y, sin tener en cuenta su reacción, agáchate con los brazos abiertos, felicitándolo para que venga. Si te acuerdas, éste es el método que utilizamos para la reconciliación en el capítulo anterior.

Si no viniera, habría que dar un golpecito en la cuerda con el pie que tienes metido debajo de ella, en dirección opuesta a tu pequeño. Inmediatamente después, se repite la llamada completa. Como siempre, se va modulando la intensidad del estirón en función de la disposición de tu alumno para obedecerte. Tu decides el qué, él decide el cuándo. En el momento de su llegada, libéralo con el “Ale”. Mímalo si se deja pero, sobre todo, déjalo campar a sus anchas durante un buen rato.

El momento de la llegada es sagrado porque, aunque te cueste varios estirones conseguir que te acuda, lo único que está haciendo en ese momento es llegar y todo ha de ser maravilloso. ¿Por qué? Pues, para que quiera volver a venir. Nunca vincules su llegada a una encerrona para ponerle la correa y llevártelo a casa. De momento, acércate tú a él cuando es la hora de marcharos de su paraíso.

En la medida en que la cuerda se va acortando, va siendo cada vez más inútil para poder controlar a tu perro pero él no lo sabe. Si has actuado con pericia en las primeras fases de este ejercicio, situándote cerca de la cuerda pero no encima de ella, aumentando tu distancia progresivamente y pisando por sorpresa cuando él está distraído, estará tan desconcertado con respecto a tus posibilidades de controlarlo que vendrá a toda máquina.



Aunque solamente he descrito la forma de enfocar tres órdenes: caminar al lado, sentarse y acudir a la llamada; la manera de enseñar cualquier cosa a un perro implica los mismos principios. En primer lugar, hay que obligar con mucha suavidad, -y a veces con bastante imaginación- a adoptar una postura o llevar a cabo una acción sencilla, mientras se va asociando el sonido que usamos como orden con la postura o acción correspondiente. Las distracciones serán mínimas al principio pero irán en progresivo aumento.

Después de haber captado el vínculo entre sonido y respuesta, se va insistiendo con leves modulaciones de la intensidad de las medidas empleadas hasta que éstas se desvanezcan y la respuesta se conserve. Evidentemente, determinadas razas -y no razas- ofrecen mayores probabilidades de éxito que otras cuando se trata de enseñar ciertas cosas, aunque también es verdad que un aprendizaje precoz puede suplir hasta cierto punto estas discrepancias raciales.

Lo que considero indiscutible es que constituye un error tachar a un perro de “tonto” o “tozudo” porque nosotros no somos capaces de lograr que aprenda lo que queremos enseñarle. Por cierto; ¿cómo va el tuyo?



capítulo 7

La dominancia definida



La dominancia definida

Sabemos que la dominancia es *la tendencia a incidir sobre el comportamiento ajeno* y, en el contexto del comportamiento canino, comienza a suscitar interés desde el momento en que el perro emplea alguna muestra de agresividad para lograr sus objetivos.

Como ha habido más de 250 intentos de definir la agresividad y nadie se pone de acuerdo, he construido mi propia definición con el fin de que sepas aproximadamente de lo que se trata, porque si no definimos los conceptos que manejamos, no sabremos de lo que estamos hablando. Para mí, la agresividad es: *El conjunto de gestos y acciones que presagian y perpetran respectivamente comportamientos intencionadamente perjudiciales para otro ser vivo.*

Así, una inyección será dolorosa pero no agresiva. Un empujón para apartar de un peligro será molesto pero no agresivo. En cambio, el mismo empujón para amedrantar a un adversario sería agresivo aunque no doliera. Si no tomamos en cuenta *la intención* que hay detrás de una acción, el concepto de la agresividad pierde sentido.

Por la cuenta que nos trae, la amenaza a corta distancia de un animal que va “armado” todo el día –sea hacia los miembros de la familia, los invitados o el corredor dominguero- debe erradicarse completamente lo antes posible para resolver tanto la tensión del presente como el peligro de un futuro quizás no muy lejano.

En el contexto humano, la dominancia agresiva se manifiesta de mil maneras; algunas inteligentes y otras, no tanto; algunas de una violencia explícita y otras que amenazan de forma encubier-

ta. En nuestro caso, se suman las infinitas posibilidades culturales a las meramente posturales y sonoras de las demás especies, como veremos a continuación.

Ya sabes que la manada de lobos está organizada jerárquicamente, en un sistema de rangos. Éstos existen para aumentar la eficiencia de la dinámica reproductora, social y predatoria del grupo, de la misma manera que la jerarquía imperante en la tripulación de un barco facilita la resolución de la multiplicidad de situaciones que engloba la navegación. Los cambios jerárquicos, aunque frecuentes en términos generales, son excepcionales en la vida cotidiana de ambas comunidades porque la estabilidad de estos grupos se basa en el reconocimiento del propio estatus en función del estatus ajeno. Una serie de muecas, agresivas o de sumisión, *ritualizan* los intercambios puntuales y así refuerzan el rango de cada uno sin arriesgar la integridad física de ningún miembro del grupo.

La dominancia jerárquica supone una rivalidad entre individuos... por la comida, por la pareja, por el espacio... que queda supeditada al buen funcionamiento del conjunto mediante el preestablecimiento de los "derechos" de cada uno. Con la notable excepción del perro de compañía y su relación con nosotros, este mecanismo se desarrolla casi exclusivamente dentro de una misma especie, cuyas pautas de comunicación están codificadas en los genes de manera que prevalece la amabilidad en la convivencia. *Su mensaje es: "¡No hagas eso!"*.

El capitán de un barco lleva los símbolos de su autoridad en lugares bien visibles de su uniforme, en lugar de tener que amenazar o agredir a tripulantes que se muestran reacios a obedecer sus directrices. Ahora bien, un mayor rango siempre otorga la capacidad de perjudicar a los subordinados, de donde deducimos que la amenaza está omnipresente en las jerarquías. En cambio, si un barco estuviera organizado como una cooperativa y se convocara una reunión cada vez que hubiera que tomar una decisión, el resultado sería un desastre. Si la autoridad es coherente, someterse a ella es contribuir al bienestar del colectivo.

Tan arraigadas están estas tendencias en nuestro propio comportamiento que un eminente zoólogo británico ha afirmado que existen las asociaciones de, por ejemplo, amigos de los

canarios no por el afecto que sentimos hacia estos pajarillos sino por el hecho de que mucha gente necesita ser presidente de algo. Y consabido es que las profesiones que más atraen a las personas dominantes son las que permiten mandar, sea en forma de órdenes o de consejos. Desde los militares hasta los capataces, pasando por los médicos, arquitectos y profesores, la lista es interminable. Haríamos bien todos en recordar que el mando no solo sirve para prohibir. También permite conceder. La dominancia no tiene porqué ser siempre agresiva.

Otra cosa es *la dominancia territorial*, que pretende excluir a extraños de los dominios propios, debido a la necesidad de conservar *nuestros* recursos ante la amenaza de *ellos*. Seguimos en el terreno de la competitividad pero a horcajadas entre la dominancia jerárquica y la agresividad predatoria. *Su mensaje es: "¡Vete!"*.

Un caso humano que tipifica este mecanismo sería el de una discoteca alemana, que está en un pueblo de la costa mediterránea al norte de Barcelona y que prohíbe la entrada de... ¡los españoles! Un poco fuerte, ¿no?



La única explicación que encuentro al respecto es que dicho colectivo germánico se siente desfavorecido en la pugna que se libra para obtener los favores de las hembras que frecuentan el establecimiento y, por consiguiente, asegura su propio acceso a ellas con una norma de alejamiento sistemático. Aquí también va el “Aquí no puedes entrar” antes que el puñetazo, por los motivos de reducir riesgos explicados anteriormente. Todos los guardas ejercen este tipo de dominancia.

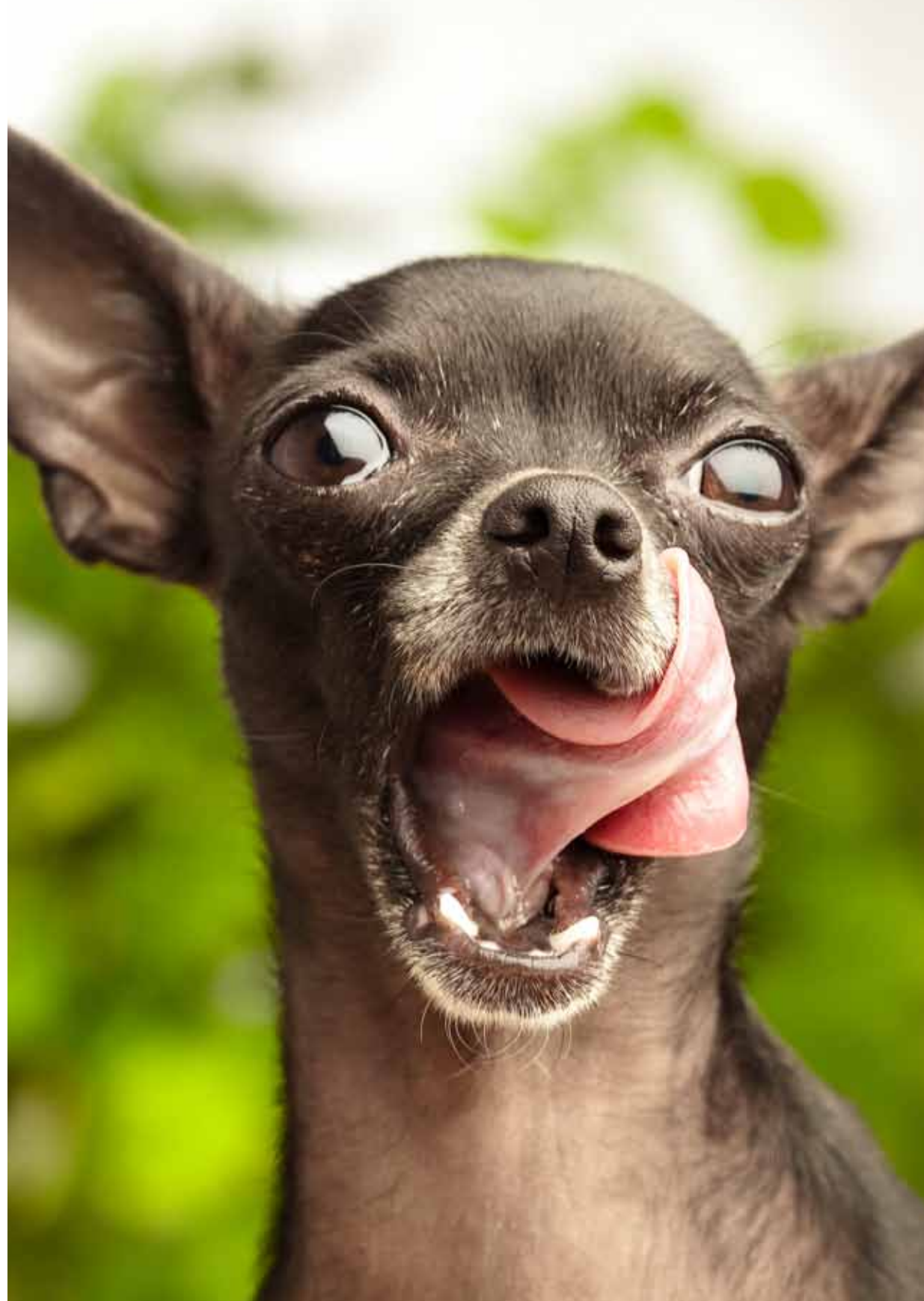
Asimismo, una manada de lobos defenderá sus recursos de intrusos, ahuyentando a quien se acerque a sus territorios con la amenaza por delante y haciendo extensivo su repudio, igual que nosotros, a usurpadores de otras especies como las ratas. Ambas expresiones descritas de la dominancia, la jerárquica y la territorial, a menudo presentan cuadros temerosos asociados, tema que trataremos en el siguiente capítulo más a fondo.

La agresividad predatoria es esencialmente diferente de las dominancias, cuyo propósito es controlar, modificando el comportamiento de otro miembro de la misma especie. En el caso de la depredación, se pretende convertir a un animal, que casi siempre pertenece a *otra* especie, en alimento. Para no espantar la presa, no hay comunicación previa, excepto en el caso de conducir al futuro fiambre a un lugar determinado donde su caza sea más fácil. *No hay mensaje*.

El cometido de un asesino a sueldo cumple perfectamente los requisitos de esta clase de agresividad, porque no está emocionalmente implicado con sus víctimas. Otro ejemplo que atestiguamos cada día es la agresividad predatoria que una minoría de conductores protagoniza frente a personas civilizadas que utilizan sus automóviles tan sólo como medio de transporte.

Imagínate que estás adelantando un vehículo que va más despacio que el tuyo en una carretera de doble carril. Hace un par de segundos, no veías a nadie en tu retrovisor pero, de repente, tienes el morro de otro coche justo detrás. El que conduce te ve como presa desde el semianonimato de su automóvil y ataca. En lugar de dentelladas, clava sus luces, en rápidas ráfagas seguidas unas de otras.

La hormona masculina testosterona, que hace de plataforma bioquímica de las reacciones agresivas, anula gran parte de la



influencia de la zona pensante del cerebro del otro conductor, dejando su conducta a merced de la visceralidad. El número de accidentes de circulación provocados por este andrógeno es, en mi opinión, incalculable.

Si eres una persona más bien pasiva, te faltará tiempo para señalar tu intención de apartarte hacia la derecha con el intermitente. Tu estado corporal, alterado por la amenaza, posiblemente haga que te equivoques y pongas los limpiaparabrisas. Da lo mismo. En cuanto dejes un mínimo espacio para que tu verdugo te adelante, tu muerte simbólica estará consumada.



LOS DIENTES DE TU DIABLO

Antes de describir las estrategias a seguir para frenar la agresividad de un perro de compañía, conviene comentar el cuadro que presenta típicamente cuando el animal está suelto y pretende imponerse a una persona que se le acerca. Si no hay persecución o abalanzamiento, la mayoría de los perros gruñen y enseñan los dientes antes de morder. Cabeza y cuerpo son presa de una tensa inmovilidad mientras el pelo del lomo quizá se erice. La boca acostumbra a cerrarse justo antes del ataque. La inmovilidad que anuncia una mordedura es un aspecto importante del cuadro, porque permite distinguir un comportamiento agresivo de uno que no lo es. Un perro que gruñe jugando, por ejemplo, está moviéndose continuamente.

Aunque los tres tipos de agresividad se tratan de prácticamente la misma manera, la dominancia jerárquica se desarrolla dentro de casa contra uno o más miembros de la familia, lo cual constituye una complicación importante debido al número de intercambios que tienen lugar en el espacio reducido de una vivienda. El lobo joven se va de la manada para establecer su propia familia. El perro de compañía no puede marcharse. Desaconsejo cualquier intento de resolución de un problema de agresividad jerárquica cuando la familia incluye a personas que están expuestas al peligro de una mordedura pero que no pueden colaborar activa y acertadamente en la terapia. Cada miembro debe ganar y mantener su estatus directamente frente al perro. Igual que sucede en la psicología humana, *los triángulos no funcionan*. Por lo tanto, puedes borrar aquello de “jefe de la manada” de tu cuaderno de apuntes.

Los bebés normalmente no provocan agresividad en el perro durante su primera etapa en casa, porque pasan mucho tiempo en la cuna y el resto en brazos. A pesar de ello, nunca hay que dejar a un perro a solas con un niño pequeño. Los perros no saben ser agresivos con sus patas, pero éstas pueden hacer mucho daño si intentan investigar al nuevo miembro de la familia. Es imposible pecar por exceso de prudencia en este sentido. Lo de oler los pañales es una tontería.

Cuando el bebé comienza a gatear, puede pedir a gritos al perro que se defienda de él con una dentellada. Los perros están



programados para marcar; o sea, avisar; a miembros de su propia especie, cuya piel es más dura que la nuestra y suele estar cubierta de una protección en forma de pelo. De hecho, muchos mordiscos son simples advertencias pero son peligrosos.

Los niños pequeños ni conciben la existencia de una normativa a seguir en su trato con la mascota familiar ni son capaces de identificar las señales de aviso previo que muestra su juguete peludo antes de morder. Son terriblemente activos y amigos de agarrar y estirar de todo lo que se preste a ello. La voz aguda del niño y sus bruscos movimientos cuando se desplaza a cuatro patas pueden, en contadas ocasiones, desencadenar una reacción predatoria. Si el perro de casa se muestra agresivo con un niño en esta época, la única solución razonable es poner el niño a salvo, separándolo de él. De lo contrario, la tensión que produce la vigilancia y control permanentes de perro y niño, sin ofrecer garantías, viciaría el ambiente hogareño, afectando las relaciones familiares de una manera nada beneficiosa para el niño.

Las personas mayores y las que padecen alguna discapacidad física o mental están también en una situación de riesgo, cuya magnitud es inversamente proporcional a su lucidez y reflejos. Cada caso debe estudiarse individualmente con el fin de apreciar la viabilidad de una terapia. Como siempre: *en caso de duda... abstinencia*. Tanto los más jóvenes como los muy mayores son excepcionalmente frágiles y, a la vez, vulnerables. La diferencia básica entre estos dos grupos es que el anciano acostumbra a tener un comportamiento más sosegado y racional. En otras palabras, no provoca activamente al perro.

Sea como fuere, hay que proteger a todos con medidas que no admitan descuidos, como horarios o zonas distintos para humano y animal. Esto no significa confinar al pobre perro en un balcón o en un patio para que no incordie. Esto sería contraproducente porque probablemente saldría de su aislamiento más crispado que nunca. Hay que compensarlo con una dedicación organizada.

Hay muchos libros en el mercado que tratan la manera de prevenir la aparición de rasgos agresivos en el comportamiento del perro de compañía en base a sencillas estrategias que implican un contacto placentero y continuado del animal, desde cachorro, con niños, adultos y otros perros. Cuando menos, lo que se conoce bien de joven no impacta de mayor. Estos procedimientos pueden reducir la probabilidad de que tu mascota se vuelva agresiva con las personas pero no es seguro, ni mucho menos, que así sea. Al exponer a los cachorros precozmente a la interacción con estos competidores —en potencia, entre la tercera y doceava semanas de vida, muchos descubren que se les puede sacar más provecho que la simple confrontación, de manera que los ejemplares más dóciles de la especie canina disfrutan, y mucho, de nuestra compañía. Este contacto no debería interrumpirse, para que lo ganado no se borrase y se vieran, primero, muestras de recelo y, luego, de agresividad.

En este capítulo, plantearemos cómo resolver la agresividad una vez haya hecho acto de presencia. No existe conexión alguna entre las reacciones de dominancia que un perro manifiesta ante las personas y ante sus propios congéneres. El animal quizá sea una fiera con unos y un cordero con otros; o una fiera o un cordero con todos.

El enfrentamiento entre perros es de difícil solución cuando están sueltos, porque no hay forma de meterse en el diálogo que se establece espontáneamente entre dos machos o dos hembras. La pelea entre machos es más frecuente que la de hembras pero ambos géneros muestran la misma fiera cuando se enzarzan. Por eso, el saludo más común entre propietarios que no se conocen es: “¿Es macho o hembra?” para saber si entablar una relación o alejarse.

La castración temprana funciona en la mitad de los casos para que los machos dejen de ser peleones, porque quita la necesidad de enfrentarse a la vez que reduce su olor a macho, que enciende a otros machos dominantes. Una alternativa sería explicar a tu cuadrúpedo matón que, cuando lo llamas, más vale que le falten patitas para ponerse a tu lado. Así, tu decides si la prudencia indica separarlo de otro, u otra, y desde qué



distancia de su contrincante (ver capítulo 6). Se puede pedir un comportamiento, no un sentimiento.

Operar a una hembra agresiva una vez alcanzada su mayoría de edad hará que su testosterona cobre mayor protagonismo pero, si no *puede* ser más agresiva con las hembras porque ya es una fiera, dicha intervención es recomendable porque previene contra la aparición de tumores asociados con su género al hacerse mayor. No la incapacita en absoluto para ser educada.

Antes de entrar en el tema de la terapia, desmitificaré cuatro consejos que desorientan al propietario y exacerban el problema:

1. No dejes que tu perro te monte la pierna porque él te está dominando.

Mentira. Si te monta la pierna, es porque es lo más parecido que encuentra a una hembra... pobre. No comporta rasgos agresivos y el perro se mueve. Si te molesta por las uñas, que un veterinario se las corte. Si preferirías que no lo hiciera porque tu concepto del amor canino es más platónico, enséñale a no hacerlo (ver capítulo 5).

Es diferente si, cuando estás sentado, tu mascota sube cruzado a tu muslo y permanece inmóvil, mirándote de reojo. Hay poquísima incidencia de este comportamiento con personas pero los perros lo hacen mucho entre sí, colocando sus dos patas delanteras sobre el lomo de un congénere. Esto sí es dominancia, ya que fuerza una situación que *obliga* al otro a estar quieto. Ahora bien, si te gruñe cuando intentas bajarlo en cualquiera de las situaciones esbozadas, o se queda muy quieto todavía en posición, tendrás que emplear alguna de las técnicas que analizaremos más adelante.

2. Si tu perro se muestra agresivo contigo, ponle el bozal y pégalo.

El bozal impide puntualmente que un perro te agreda pero no le enseña a no hacerlo. Pasa lo mismo con los cabezales Halti, que pueden frenar a un perro que estira de la correa por la calle pero no logran que deje de intentarlo. Por lo tanto, no enseñan nada.

Volviendo al tema del bozal y la violencia. Imagínate que un indeseable consigue atarte a un poste. Una vez atado, te acribilla a puñetazos. Más pronto o más tarde, vas a librarte de tus ataduras. ¿Y qué vas a hacer? O salir corriendo; cosa poco probable en el caso de un perro dominante; o liarte a bofetadas con el que te había pegado. Pues eso es lo que va a hacer tu perro, al que acabarías de demostrar que eres su enemigo, un peligro en potencia al que hay que controlar siempre. Es un buen consejo para destrozar una relación.

3. Si tu perro te marca o te muerde demasiado fuerte jugando, ciérrale el hocico con la mano, apretando durante tres o cuatro segundos.

Este consejo, que pretende explicar al perro que no debe abrir la boca, es del todo ingenuo. Podría funcionar con un animal muy sensible pero no porque entienda que no le está permitido abrir la boca encima de tu brazo, sino porque optaría por guardar las distancias de la mano que le ha apretado.

En la gran mayoría de los casos, esta técnica excita más el afán de morder y es peligrosa cuando hay un trasfondo agresivo en la conducta. De hecho, se parece al consejo anterior, aunque con una intensidad mucho menor.



4. Un perro no debe sufrir frustraciones, porque la tensión resultante lo puede volver agresivo. Por eso, hay que evitar las situaciones que las provocan.

Este consejo no tiene desperdicio. Pongamos un ejemplo. Tu dogo de Burdeos de 60 kilos siente unas ganas locas de copular con tu osito de peluche preferido. Si lo pones fuera de su alcance; frustración. Si cierras la puerta de tu habitación, donde lo guardas; frustración. Si le dices que no lo toque; frustración. ¿Entonces qué? El animal acaba con todos tus peluches en su cama y no queda ninguno en la tuya. ¿Cuál será su siguiente capricho? Y así sucesivamente.

Traslada esta secuencia al terreno de la agresividad y tu perro se volverá cada vez más tirano, limitando tus movimientos hasta lo impensable. ¿Por qué? Pues, porque *todo comportamiento gratificado por la consecución de sus objetivos se repite más veces, se vuelve más contundente y se generaliza a nuevas situaciones*, tanto si va de ositos como de mordiscos. Si tú cedes, el avanza. No hay empates. Es verdad que, si sólo se mostrara agresivo en una situación; la de la comida, la de su descanso o la de cogerlo por el collar con la mano; se podría respetar ese contexto y no provocarlo para que su dominancia no fuera a más. Pero, cuando llegue el segundo motivo para pararte los pies, hay que actuar.

He mencionado anteriormente que muchos perros son sacrificados por el interés de algunos “terapeutas” en enterrar un fracaso terapéutico con el cadáver del animal. También te he recomendado que no dejes que se sacrifique un perro tuyo por un problema de agresividad que tu mismo no consideres peligroso. Pero la cosa no queda allí. Los propietarios de una schnauzer miniatura llamada Shira acudieron a Uriah Heep* porque la pequeña ladraba mucho

* Ver introducción, pág. 35



cuando alguien llamaba a la puerta de su casa. Este “terapeuta” intentó persuadirles que los ladridos señalaban el inicio de una trayectoria que acabaría en una agresividad que pondría en peligro la integridad física de sus hijos adolescentes si no la medicaban con psicofármacos. “Medica y cobrarás” —dijo el propietario— “Debe creer que somos tontos”. Suerte tuvo Shira de tener estos dueños. Su problema se resolvió en tres cuartos de hora, sin medicación... evidentemente.

¿Medicarías a tu hijo con psicofármacos si fuera respondón? En toda situación de desavenencia, hay que actuar sobre su causa, sea externa o interna en lo que se refiere a tu perro. La insistencia en medicar nace de la incapacidad para solucionar el comportamiento *enseñando* al animal simplemente que no le conviene seguir por esa vía conflictiva. Dicho sea de paso, todas las medidas que describo en este libro para resolver cuestiones de comportamiento funcionan en cuanto se empiezan a utilizar y, sin embargo, oigo muchas veces que “Después de cuatro meses, no mejoró”. Aunque no debo pedirte que te impongas a tu perro sin ayuda profesional si es agresivo, sí te puedo anticipar que lo acertado surte efecto en cuatro veces. Si no es así, cambia de consejero.

Cualquier estrategia que erradica la agresividad actúa sobre un talón de Aquiles, ese algo que el animal no quiera que se repita, igual que cuando enseñábamos a Mimí a no abalanzarse sobre tu comida (capítulo 5). En cambio, si se trata de conseguir que un perro desconocido acepte que te acerques y lo toques, tus mejores “armas” serán, normalmente, la comida y la paciencia. Vamos a empezar por allí.

UN PASEO POR LAS PROTECTORAS

Muy pocas veces, me han llamado de alguna protectora para que les ayudara a sacar perros agresivos de sus jaulas para poder pasearlos. Describiré tres casos diferentes que ilustran las técnicas a emplear. Foc, un mastín de tres años llevaba una quincena encerrado sin que nadie pudiera entrar en su zona. La mañana de su llegada, había atravesado la mano izquierda de su



propietario con los cuatro colmillos y el hombre se había asustado tanto que no quería saber nada más de él. Pedí a la encargada que dejara de darle el pienso que comía habitualmente.

A la mañana siguiente, volví con una generosa porción de guiso de pollo que mi esposa había preparado para nuestra cena de la noche anterior. Me senté en el suelo delante de los barrotes y empecé a ofrecer trocitos a Foc. Al principio, se mostraba receloso y gruñía suavemente, esquivándome la mirada. Tiré un trocito dentro y lo cogió. Cuando hube conseguido que aceptara un par de trozos de mi mano, me alejé y esperé cinco minutos para volver a iniciar el proceso. Después de cuatro idas y venidas, me cogía la comida de la mano sin que tuviera que sentarme en el suelo. Esto iba muy bien. Me marché y regresé por la tarde.

Le daba trozos muy pequeños cada vez, del tamaño de una aspirina, porque me interesaba crear apetencia, no saciarlo. Probé de acercarme directamente con algo de pollo en la mano y Foc comenzó a mover la cola. Sus gruñidos habían

desaparecido. Le hablaba continuamente para demostrar que mis intenciones eran amigables pero, por aquello de: “Siempre estás a tiempo de meter la pata”; no pasé de allí y, a la mañana siguiente, empecé de la misma manera. Al ver que estaba relajado y se alegraba de verme, abrí la puerta de su jaula y metí el brazo para entregarle su siguiente trocito de pollo. Me fui y me acerqué de nuevo al cabo de cinco minutos. Entré directamente y me senté en el suelo a su lado, con mi bol con lo que quedaba de guiso en una mano y algo de pollo en la otra. Lo fui cebando, poco a poco, durante un cuarto de hora.

Afortunadamente, tenía un collar puesto. Era de cuero y el aro de enganche era grande pero estaba situado debajo de su mandíbula, en medio de un denso pelaje. Yo llevaba mi correa y, dejando el bol en el suelo, levanté la mano que sujetaba el pollo para inducirle a levantar el hocico. Esta maniobra me permitió enganchar la correa al collar sin tocarlo a él. Me puse de pie antes de darle la comida y salimos de la jaula juntos. Una vez fuera del recinto de la protectora, le acaricié el lomo con mucho cuidado, hablándole todo el tiempo, y después la cabeza. Era territorial, pero no era un mal perro.

La encargada no sabía cómo se había producido la mordedura, aunque apostaría a que fuera por un error del propietario. Los cuatro voluntarios hicieron lo mismo que yo durante un par de días y me despedí de ellos, pidiéndoles que le dieran su pienso otra vez y que le ofrecieran algún manjar especial, durante dos semanas, en el momento de entrar en la jaula. Entonces, le dije adiós a Foc. En este tipo de casos, siempre hay que iniciar el contacto por las “buenas y comestibles”. Si el perro acepta comida, el problema no será de difícil solución pero recuerda que las brusquedades y el contacto físico amenazan. Toda precaución es poca.

Tor era una mezcla de presa canario y dogo alemán de un año y medio de edad. Sus dueños lo habían llevado a una protectora porque ya no podían tenerlo y llevaba casi seis meses sin salir de su jaula. Era inmenso. Su zona tenía dos compartimentos; una especie de dormitorio interior, que comunicaba con un patio. Me senté en el suelo delante del patio, escuchando los rugidos que procedían del habitáculo. Permanecí en silencio. Después de varios minutos, Tor asomó su hocico y, al verme, retrocedió de nuevo entre gruñidos. Este pobre animal tenía mucho miedo,





pero su dominancia me avisaba que no aceptaría intimación alguna.

Todo ser gregario necesita compañía, aunque no se dé cuenta de ello. Sólo tenía que esperar hasta que mi presencia le resultara primero aceptable y, después, hasta agradable. Pedí a un voluntario que me encontrara un saco de plástico o algo parecido, porque el suelo del patio no estaba, digamos, muy limpio. Cuando lo trajo, me dispuse a pasar *el tiempo que fuera necesario* sentado en el suelo del interior con la espalda apoyada en los barrotes. Para “amenizar” la espera y definir mis intenciones como amistosas, empecé a contar a mi paciente la vida de Boccherini en un tono muy cariñoso. Admito que era bastante arriesgado porque no a todos los perros les interesa el clásico italiano. Sabiendo que yo estaba dentro y oyendo mi voz, rugía con más intensidad pero, como “La montaña no iba a venir a Mahoma...” cada diez minutos, me fui aproximando a la entrada del dormitorio, hasta ponerme a la vista del animal. Éste no estaba en condiciones de aceptar comida.

Sus gruñidos redoblaron su volumen. Sin embargo, estaba de pie, encogido y apretado contra un lateral de sus aposentos, mirándome de reojo. Seguí con mi relato. Después de una hora (el virtuoso y compositor ya había llegado a Madrid), Tor había dejado de gruñir y se había tumbado, pero temblaba. Por lo tanto, me metí dentro del dormitorio y me arrastré hasta el fondo sobre el plástico para dejarle la salida libre, de modo que no se sintiera arrinconado. El interior apestaba y le prometí que no saldría de allí sin llevármelo, para que al menos pudieran limpiar todo el recinto.

Una hora más tarde, estaba sentado a su lado. Sus temblores se sucedían en espasmos esporádicos. Llevaba puesto un oxidado collar metálico y yo tenía una correa en el bolsillo de mi cazadora pero no creía prudente intentar ponérsela sin más. Así que, moviéndome muy lentamente, hice pasar la correa por dentro de una manga de la cazadora hasta llegar a mi mano. Cogí un asqueroso peluche de color excremento que había en el suelo y lo coloqué sobre el dorso de la mano que sujetaba el mosquetón de la correa. Cuando acerqué el peluche a su hocico, apartó la cabeza y enganché el mosquetón donde pude.

A paso de caracol, me volví a deslizar, sentado sobre el plástico, hasta la salida del dormitorio. Una vez fuera, me puse de pie y tuve que estirar con mucha fuerza para arrastrar a la infeliz bestia fuera de esa pocilga. Pedí que los dos voluntarios que estaban de guardia me acompañaran y, después de conseguir que Tor anduviera más o menos bien a mi lado, pasé la correa a uno de ellos. Estuvimos una hora más (se dice pronto) para que aceptara caricias sin intentar huir y, a la vuelta del paseo, mientras un voluntario limpiaba el patio de la jaula, el otro se hacía más amigo de Tor. Luego, cambiaron los papeles y el que estaba con Tor se puso a desinfectar el habitáculo. Cuando la limpieza hubo terminado, los dos se metieron dentro con él durante media hora.

Al día siguiente, repetimos el mismo proceso en una cuarta parte del tiempo. El tercer día, yo no intervine y los voluntarios pudieron sacarlo en veinte minutos. Cogí mucho cariño a Tor.

El perro más agresivo que recuerdo haber tratado, también por petición de una protectora, fue una hembra de gos d'atura de unos cuatro años, llamada Trufa. Cuando me puse delante de su

jaula, se lanzó contra los barrotes, sus fauces galvanizadas y sus dientes completamente al descubierto. Salivaba de rabia mientras salía de esa boca continuas salvas de insultos inmundos entre gruñido y ladrado. La amabilidad era inútil.

Probé los gritos. Le encendían aún más. Probé un chorro de agua de la manguera sin lograr más que aumentar su rabia. Hasta hice explotar una bombeta delante de ella. Me habría comido si hubiera podido. Lógicamente, es más fácil dedicar afecto, paciencia e imaginación a un animal que inspira pena que a una fiera desbocada. No obstante, no por ello es menor la necesidad de una fiera de salir de paseo y tener compañía.

Trufa había llegado a la protectora tres días antes de mi visita, debido precisamente a su agresividad con algunos parientes de sus propietarios. ¿Y ahora qué? Cada movimiento que yo hacía provocaba un nuevo arrebato asesino. Una mordedura sería muy fuerte. Me quedé pensando y se me ocurrió una manera de aprovechar su disposición para mis fines terapéuticos. Me senté delante de los barrotes. Ella intentaba atacarme. En cuanto callaba, me movía. Cuando me dejaba moverme sin lanzarse contra la jaula, hacía gestos agresivos que la provocaban nuevamente.

No dejaba que la perra descansara ni un solo instante, para lo cual tuve que recurrir a los saltos y, después, a los golpes en los barrotes. Finalmente, comencé a abrir y cerrar la puerta bruscamente. En tres cuartos de hora, estaba tan agotada que no reaccionaba ni cuando abría la puerta de su jaula haciendo movimientos amenazadores hacia ella. No llevaba collar y no iba a jugarme una amputación por intentar ponerle uno. Pedí la correa más fina y larga que tuvieran en esta protectora e hice un lazo, pasando el largo de la correa por el asa.

Hacía tiempo que Trufa se había tumbado y jadeaba profundamente. Como permitía que entrara y me moviera alrededor suyo sin seguirme con la vista, me puse detrás de ella y bajé el lazo, muy abierto, delante de su cabeza. Cuando levantó la cabeza para ver lo que pasaba, cerré el lazo alrededor de su cuello y la arrastré al exterior de la jaula. Con un perro de este tamaño, la correa sirve para mantenerlo apartado si intenta atacar, pero Trufa no lo hizo. La llevé fuera del recinto de la protectora y media hora más tarde me dejaba acariciarla. Una

hora “movida” para toda una vida bien me parece un planteamiento más que lícito.

Al día siguiente, su comportamiento se asemejaba más al de Tor, de manera que adopté la estrategia de la habituación, aburriéndola de mi presencia; primero fuera, sin provocación, y luego dentro. Seguí utilizando el sistema del lazo hasta que se dejaba tocar en el interior de la jaula y tardé un total de cinco días para acoplarla a los voluntarios de la protectora.

Quiero aprovechar estas referencias a las protectoras para decir cuánto admiro la labor desinteresada de sus voluntarios y voluntarias. Imagínate cuál sería el destino de los miles de perros abandonados si no fuera por esta entrega por parte de seres muy humanos de todas las edades. ¡Chapeau!

LAS PAUTAS DE LA PAZ

Desgraciadamente, no podemos frenar la agresividad de la mayoría de los perros dominantes con comida cuando se enfrentan a nosotros o a terceros sistemáticamente. La comida puede utilizarse puntualmente, como hemos visto, para disolver barreras o distraer al animal en una situación comprometida, porque no potencia la



agresividad, pero la seguridad en el hogar y en la calle requiere autoridad, no distracción. Como sucede en el caso de la erradicación de cualquier comportamiento inaceptable, y éste se lleva la galleta, hay que demostrar al perro que no le conviene repetirlo.

Sabes que, para modificar una conducta, hay que provocarla en situación controlada, estando preparado para incidir sobre ella de la manera adecuada en el momento preciso. Las situaciones típicamente relacionadas con la agresividad jerárquica son las que implican rivalidad o manejo, como veremos a continuación.

1. *La defensa de la comida* y comportamientos desplazados de la comida hacia servilletas o envoltorios que huelen a alimentos humanos, objetos “robados” y hasta los juguetes incitan a muchos perros a emplear la amenaza para conservar su tesoro.
2. *La defensa del derecho a permanecer en un sitio* sin ser objeto de molestias origina muchos conflictos. Puede tratarse del sofá, de una alfombra o de su propio capazo y posiblemente no quiera aceptar ni las bienintencionadas caricias cuando está cómodamente instalado. El regazo de un ser querido es también un lugar que propicia el empleo de la confrontación para mantener la exclusividad.
3. *El traslado forzoso* asimismo tiende a encender a un perro dominante, tanto si lo coges por el collar como si lo empujas. Levantarlo tiene probabilidades de hacer que proteste porque la dominancia necesita una plataforma estable desde la cual manifestarse.

Si no puedes quitarle cosas a tu perro y/o acercarte a él y/o hacer que cambie de lugar, tu vida será todo menos tranquila. Recuerda que una función de la dominancia es el establecimiento y conservación de privilegios. La consecución de sus propósitos ante tu pasividad hará que impregne toda la convivencia. Lejos de evitar intercambios que provoquen, hay que escenificarlos una y otra vez, como decía antes, para convencerle de que ya no le funciona la amenaza. Y no esperes. El momento de actuar es justo cuando la dominancia comienza a expresarse. Así, no será necesario vencer el efecto de su inercia.





Pondré como ejemplo a Tom, un bulldog americano de dos años que enseña los dientes si alguien se acerca a él mientras está comiendo. Tanto si acaba de iniciarse este intento de controlar al personal como si hace tiempo que le sale bien, organizaremos una “emboscada” sin que nadie corra peligro, para tantear su sensibilidad ante un par de estímulos; uno sonoro y el otro, táctil. En mis terapias, que organizo exclusivamente a domicilio, siempre pruebo yo primero porque, como no convivo con el perro, me puedo permitir un error. En cambio, es mejor que los propietarios empleen únicamente las medidas que han demostrado ser acertadas.

En esta sesión, estarán implicados dos miembros de la familia, pero deberán participar todos. Recuerda que cada uno gana su rango y, también, que la vulnerabilidad de alguna persona que convive con el animal desaconseja toda actuación terapéutica si se trata de una agresividad realmente peligrosa. Es importante señalar, no obstante, que *ni la dominancia territorial ni la agresividad predatoria comportan necesariamente repercusiones agresivas de cara a la familia*. Son tres ámbitos esencialmente separados.

El día de la primera emboscada, llevaremos a Tom a pasear con una correa larga. Al regresar a casa, le dejaremos el collar y la correa puestos. Le daremos agua y dejaremos que descanse. Entonces, mientras un participante sujeta la correa de modo que el animal esté a más de un metro de su persona, su colaborador acercará un comedero repleto de suculecias desde el lado opuesto, poco a poco, y lo dejará en el suelo justo fuera del alcance del paciente. Este compañero de terapia se alejará y, después de muy poco tiempo, volverá a acercarse muy lentamente, mostrando su intención de tocar la comida con una mano. En la otra mano, llevará; o bien, una bocina antiniebla –ese artilugio que nació en el campo de la navegación de recreo y pasó al campo de fútbol–, o bien un sifón de cristal; éste último dentro de un bolso de bandolera que soporte su peso.

En el momento que Tom levante los belfos, primero se hará sonar un bocinazo corto, sin acercar el aparato al animal, o se disparará un chorro de agua apuntando a su cara. Después, se le gritará “¡No!”. El colaborador se alejará de nuevo y reiniciará su acercamiento provocador para comprobar el efecto de la sorpresa. Si el animal se muestra reticente ante los ruidos fuertes, será

mejor probar con la bocina primero que, lejos de volverlo más receloso, tenderá a hacer que su desconcierto con respecto a los ruidos disminuya. Si no le gusta el agua, el sifón será la primera opción.

Si Tom permite un segundo acercamiento sin enseñar los dientes, se quita el comedero y se deja en alto. Al cabo de unos diez segundos, el “artillero” le mandará venir, con voz fuerte y, acto seguido, sin esperar una reacción por parte del perro, lo felicitará muy cariñosamente para que acuda y sea objeto de numerosas caricias. Si volviera a levantar los belfos la segunda vez, se acciona el artilugio elegido de nuevo. Y así, hasta media docena de veces. Si Tom continuara su ofensiva más allá del sexto intento de explicarle que no le conviene, sería una señal clarísima de que la impresión recibida ha sido menor que su deseo de proteger la comida. Simplemente habría que cambiar de aparato y pasar de la bocina al sifón o viceversa.



El papel de quien lleva la correa es completamente pasivo y, cuando Tom deje de mostrarse agresivo durante las mismas emboscadas en varios días consecutivos, podremos prescindir de sus servicios, que no serán necesarios otra vez hasta que cambiemos de protagonista. De esta manera, la fase del tanteo se lleva a cabo con seguridad antes de pasar a la situación real, en la que el animal no va sujeto, con cada miembro de la familia. Mientras dure la terapia, la comida —*que no va a comer*— debe ser lo más apetecible posible porque, si resolvemos lo más complicado de entrada, todo lo más sencillo queda automáticamente solucionado. En otras palabras, si no enseña los dientes ni cuando tiene un guiso delante, los mecanismos de defensa de su pienso habrán desaparecido del todo.

Sobretudo, ten presente que la súbita aparición de cualquier comportamiento nuevo, incluyendo la agresividad, puede deberse a una disfunción orgánica o a un dolor. Por eso: “Ante lo repentino... revisión”. Si éste es el caso, comprueba mediante una visita a tu veterinario que no exista dolencia física alguna antes de iniciar una terapia. Por lo contrario, si la expresión de la dominancia nace tentativamente y recorre una trayectoria identificable “in crescendo”, se puede prescindir de la revisión.

Desaconsejo el uso de “proyectiles” para corregir la agresividad dirigida hacia miembros de la familia, porque los gestos asociados a su empleo son bruscos y pueden excitar más. Yo los utilizo en casos concretos cuando estoy muy seguro de la reacción del perro. Sin embargo, para casos de dominancia territorial y agresividad predatoria, acostumbra a producir resultados muy buenos, aunque la bocina y el sifón también son opciones válidas.

Se trata la territorialidad indeseada de la forma descrita, sustituyendo el comedero por un invitado kamikaze al que has engañado diciendo que celebrabas una fiesta loca en tu casa de la que nadie saldrá sin pareja. Cuando tu víctima llama al timbre, ten cogido a tu perro con correa y mantenlo a una distancia prudencial de su objetivo. El puño de tu “buena” mano encerrará una cadenita, impidiendo que haga ruido y, en cuanto tu perro empiece a ladrar, la lanzarás, apuntando de medio cuerpo hacia atrás.

Después, grita “¡No!” y recoge el proyectil del suelo. Si no desiste, comienza otra vez, aumentando levemente la fuerza del

impacto hasta que decida que prefiere que no se repita. Una vez logrado, pide a tu invitado que gesticule, levante la voz y de algún saltito. Puede abrazarte, si le quedan ganas, dándote alguna palmada en la espalda. No pierdas a tu perro de vista ni un solo instante y no hagas ruido con la cadena. Al mantener el resultado ante un aumento de provocación, se extiende el margen de seguridad. Igual que sucedía en el caso de la comida, si logramos que se comporte bien ante un invitado provocador, ni soñará en agredir a uno normal.

El siguiente paso requiere la retirada de la correa y también habrá que ir cambiando de personaje hasta que tu guardián generalice su abstinencia a toda persona que entre por la puerta. Llegado este momento, podrás olvidarte del proyectil para siempre. Y si no quieres que ladre ni cuando oye el timbre, inicia el proceso antes de abrir la puerta. Abre sólo cuando hayas conseguido que permanezca callado ante un auténtico recital de timbrazos.

La agresividad predatoria dirigida hacia personas se trata de la misma manera que la llamada, con arnés o collar de castigo y cuerda, aunque lo más probable es que tengas que reforzar la llamada no atendida con el uso de una cadenita. Para ello, debes ir a un lugar donde pasan corredores o bicicletas. Hay que actuar cuando el animal se aparte de tu lado. Estando erguido, proyectil en mano, grita: “¡Ven aquí!” con un disparo de voz. En seguida, agáchate y, empleando el falsete, felicítalo efusivamente con los brazos abiertos. Si no acudiera en el acto, tendrías que incorporarte, lanzar el proyectil de la forma descrita y repetir exactamente la misma secuencia. Es fundamental no llamar a tu perro si no está a tu alcance. Mandar algo que no se pueda imponer desautoriza, (ver capítulo 6).

En caso de necesidad, tienes la cuerda para poder frenar su arranque y, en la medida que tu alumno te vaya acudiendo sin tener que pisarla, se irá acortando palmo a palmo hasta que desaparezca, junto con la cadena.

¡Mucha prudencia... mucha constancia... y mucho cariño!



capítulo 8

La mitigación del miedo





La mitigación del miedo

La existencia del miedo en estado salvaje es algo muy sano pero, igual que en el caso de la agresividad, necesitamos una definición para identificar con exactitud de lo que se trata. Para mí, es *el conjunto de sensaciones que experimenta un cuerpo ante la amenaza de un perjuicio*. En el caso del lobo y por tanto del perro, el peligro suele ser externo y de naturaleza física. Dichas sensaciones son provocadas por las reacciones fisiológicas que preparan al individuo para responder mediante el ataque o la huida. El ritmo cardíaco aumenta para bombear más sangre a las extremidades y la respiración se intensifica con el fin de oxigenar mejor los tejidos. Ambas alteraciones contribuyen a una mayor tonificación muscular.

Si un animal asustado no se desplaza, es probable que tiemble, para quemar parte del exceso de energía que estaría destinada al curso de acción elegida, mientras no se entregue a los movimientos expansivos propios tanto del ataque como de la huida. A nosotros nos sucede lo mismo, con la enorme desventaja que la gama de miedos infundados, inducidos culturalmente, no conoce límites.

La ansiedad nace de un cuadro de reacciones corporales parecidas pero de menor intensidad, provocado por el mismo mecanismo de autoprotección. Cuando la ansiedad se vuelve crónica, se denomina estrés. Así, el abanico de estados corporales relacionados con el temor se extiende desde la preocupación hasta el pánico, cuyo último recurso defensivo es la más absoluta inmovilidad. La palabra fobia se refiere al miedo

provocado por un estímulo que, en términos objetivos, es inofensivo.

Si un remoto antepasado nuestro bajara de un árbol y se encontrara frente a un gran felino, seguramente sentiría la misma sensación de cosquilleo en las piernas que notamos nosotros cuando recibimos un susto importante y que se debe a la velocidad a la que llega la sangre a las extremidades inferiores para potenciar la huida. Saldría por patas y, si lograra escapar, le sobrevendría una fatiga intensa que se resolvería con el sueño. Al despertar, unos frutos secos reestablecerían su equilibrio energético, cerrando el círculo de forma natural. La energía se produce, se quema y se repone.

En cambio, si un coetáneo nuestro se levanta por la mañana y lee en el periódico que se avecina una crisis económica, se entera de que su hijo ha sacado las notas más bajas de la clase, casi choca con otro coche al salir del parking y recibe una amonestación de su jefe por no haber alcanzado la cifra de ventas estipulada; no puede ni atacar ni huir. Este tipo de estímulo no provoca un miedo visceral y, sin embargo, acaba creando una ansiedad permanente en un entorno percibido como hostil. Esto es estrés y su resolución acostumbra a hallarse en un gimnasio, en una cama o bajo los efectos anestésicos del alcohol. Estar nervioso o estresado realmente significa estar “hiperenergetizado”, estar produciendo más energía que la que objetivamente requiere la situación.

Hace unos quince años, me puse a pensar en algunas manifestaciones del comportamiento humano y canino producidas quizás por este “sentirse amenazado” continuo, a raíz de un artículo que había leído en una revista de divulgación sobre psicología, que reconocía que la ciencia aún no había encontrado una explicación para los tics nerviosos. La elucubración me llevó a postular que el lado *blando* del fenómeno del exceso crónico de energía, sea cual fuera su causa, podría dar lugar precisamente a estos tics, cuya función sería la relajación de su protagonista al concluirse una serie de espasmos musculares autoinducidos. Su lado *duro* se expresaría mediante la autolesión, que liberaría endorfinas con el mismo objetivo. Ya en el terreno exclusivamente humano, se me ocurrió que el masoquismo se situaría entre ambos extremos, sirviéndose de un sádico colaborador dominante.

A la sazón, educaba a un pastor alemán llamado Roy con su propietario, un reconocido psiquiatra de Barcelona. Aproveché para preguntarle si se sabía algo acerca de los tics y de la autolesión. Me respondió que nada, pero que todos los pacientes que él había tratado por lesionarse deliberadamente coincidían en informar sobre una sensación de cansancio acusado después de haberse dedicado a esta práctica. Esto me animó a plasmar mis pensamientos en un par de párrafos escritos en media hoja de papel arrancada de un cuaderno, que incluían la sugerencia que, si la liberación de endorfinas pudiera provocarse con la acupuntura, se podrían tratar tanto los tics como la autolesión sin más terapia que ésta.

Le entregué el escrito antes de empezar una sesión de adiestramiento y lo leyó mientras su perro olisqueaba y hacía sus necesidades. “¿Qué?” pregunté. “Esto es muy complicado” contestó. Pero yo seguí: “¿Y si la finalidad de estas prácticas fuera la calma... ese cansancio, sin



que nadie se hubiera dado cuenta hasta la fecha?”. Sentía como me calaba el agua fría que vertía de su erudito jarrón. “Muy complicado” repitió y, desde aquel día, no he vuelto a interesarme por el tema.

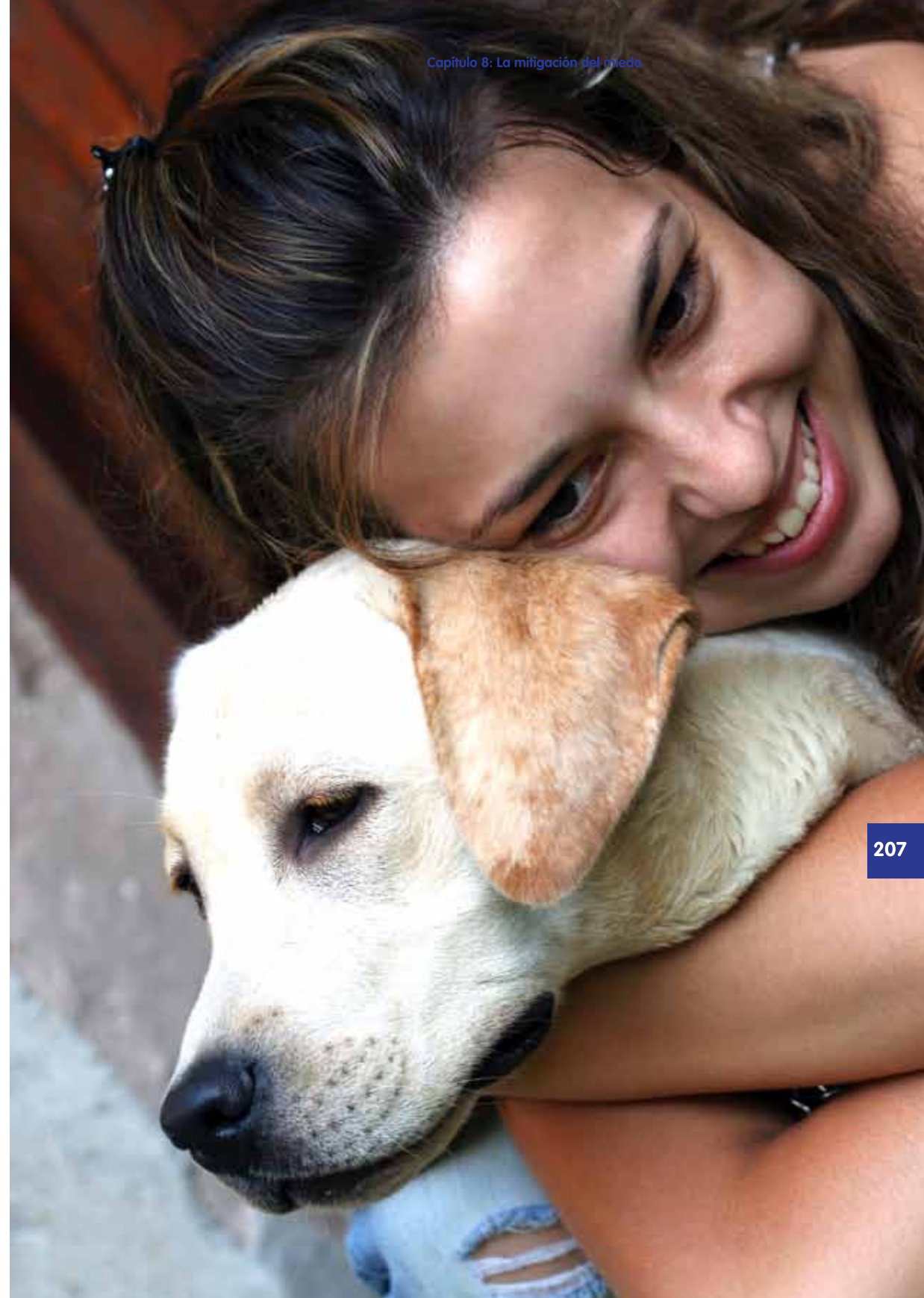
Siempre que pretendemos comunicar algo a nuestro perro, debemos tener presente que las mejores vías son la voz y el tacto. Los primates humanos somos consumados expertos en descifrar las expresiones faciales de otros humanos. Tanto es así que, como expongo en mi Breviario de Evolución* con mayor detalle, todo el aparato mediático de la prensa rosa tiene su origen en un engaño genético. Al ver, por primera vez en nuestra historia y prehistoria, caras de tamaño real en movimiento televisadas hasta la intimidad de nuestros hogares, obramos como si los personajes correspondientes fueran miembros de nuestra propia comunidad y tuvieran alguna importancia real en nuestras vidas. A nivel biológico, es muy probable que las neuronas espejo tengan mucho que ver con esta falsa empatía.

Sin embargo, los gestos faciales de los perros, además de ser muy limitados en comparación con los humanos, se emplean de manera mayoritariamente diferente. Si un chimpancé sonríe de oreja a oreja, está inseguro. Si lo hacemos nosotros, estamos en disposición de congeniar, seguramente por una adaptación de la versión simiesca. En cambio, si sonreímos a un perro de esta manera, puede interpretar que le estamos amenazando porque, para él, enseñar los dientes es eso.

La voz, no obstante, admite infinitos matices y constituye un estupendo vernacular para transmitir nuestro estado de ánimo y voluntad. Si te acuerdas; cuánto más agudo el registro, mayor la invitación al intercambio afectivo; cuánto más grave, más autoritario. El tono más adecuado en las terapias que palian el miedo será grave, porque debemos comunicar fuerza, firmeza y, por consiguiente, protección. Arropear el miedo con caricias y carantoñas vocales es una equivocación tan frecuente como comprensible, pero tiene un efecto completamente negativo. Ahora verás porqué.

Si un bebé va en coche en el regazo de su madre y vomita; y la madre manda parar el automóvil, saca al niño al césped de la gasolinera más próxima, le da agua fresca, le pasa una toallita

* Puedes descargarlo gratis en: www.kensewell.com



húmeda por la frente y le acuna mientras le canta una nana; a los cuarenta años de edad ese hijo no podrá ni acercarse a un vehículo de cuatro ruedas sin marearse. El mensaje ha sido: ¡Vomita y se te abrirá el cielo! Las caricias, como recuerdo de la lengua materna (ahora me refiero a los perros), deben reforzar el apoyo, la complicidad y el afecto. Nunca deben acompañar las reacciones temerosas, para no gratificarlas y potenciar su repetición e intensificación.

Los perros y nosotros solemos tener miedo por tres motivos:

1. Debido a una experiencia directa (en nuestro caso también puede ser transmitida) que nos demuestra que algo nos puede hacer daño.
2. Debido a una experiencia engañosa (en nuestro caso también puede ser un conocimiento erróneo) que nos demuestra que algo prácticamente siempre inofensivo nos puede hacer daño, y
3. Debido a una laguna en la experiencia temprana (el motivo más frecuente hoy en día en el caso de los perros) que hace más prudente suponer que algo desconocido nos puede hacer daño.

En la primera época de la vida, una de cuyas funciones es la familiarización con el entorno físico y social, los lobeznos y los cachorros se acercan a todo, para identificar los elementos e individuos que van a formar parte de su vida en los sucesivos. En plena naturaleza, los lobeznos se lanzan a este descubrimiento bajo la vigilancia y protección de sus mayores. El monte es un lugar tan sencillo que lo que no has visto en tus primeros dos meses de vida, es mucho más probable que te perjudique que no que te beneficie. Para contribuir a la autonomía del joven, pues, nace en esta época en el lobezno y aproximadamente un mes más tarde en el cachorro la tendencia a alejarse de todo lo nuevo. Dicho mecanismo es necesario en el monte pero la *neofobia* puede cohibir terriblemente al perro de ciudad, que nunca va a tener autonomía en un lugar donde la renovación es permanente.

Si consideramos por un momento la situación del cachorro urbano, veremos que llega seguramente de un criadero donde habrá tenido contacto con su propia familia y la del criador. No habrá visto ni camiones ni contenedores de basura. El nivel de

ruido que habrá acompañado su primera infancia nada tendrá que ver con el estruendo de la calle y la muchedumbre que transita por las aceras le resultará del todo abrumadora. Suma a esta situación la sabia recomendación del veterinario: “No lo saques a pasear hasta que sus vacunas hayan tenido efecto”; y nos encontramos en una coyuntura límite.

Lo ideal probablemente sería adquirir el cachorro a las ocho semanas de edad, ya vacunado, de modo que pudiera pisar el asfalto en cuanto llegara a tu casa. Así, habría pasado suficiente tiempo con sus hermanos de camada para saber lo que es un perro y tendrías más que suficiente margen para explicarle lo que es un humano. Si existiera una norma a seguir, sería: La experiencia más variada y placentera posible, lo antes posible.



LA MECÁNICA TERAPÉUTICA

Pero si no se ha podido prevenir, habrá que curar. Sea cuál sea la causa del miedo, trauma o laguna, el tratamiento será idéntico. Ante todo, la terapia para reducir el miedo debe llevarse a cabo con el animalito cansado, *porque hace falta energía para todo en la vida, hasta para sufrir*. Si llevas a tu paciente a correr o juegas con él a la pelota hasta que no pueda más, entonces es el momento para incidir sobre su comportamiento temeroso. Después, es importante recordar que es mucho mejor exponerlo al máximo número de estímulos parecidos que provocan su miedo simultáneamente que intentar una presentación individual. Ésta llegará al final. El motivo de ello es que, *al dividir su atención, la respuesta miedosa decrece*.

En tercer lugar, junto con el cansancio y la simultaneidad, está la duración. Las sesiones deben ser lo más largas posible para que el animal adopte una actitud de resignación ante un entorno que *acaba definiéndose como inofensivo*. Y, por último, enseñar al pequeño a caminar al lado y a sentarse cuando te paras te permitirá decidir hasta qué punto conviene absorber su atención en un momento determinado, *para que perciba fenómenos concretos de una manera más subliminal*. Excepto en una pequeña minoría de casos, el uso de comida es más una señal de la resolución de un problema que una herramienta terapéutica. Si tenemos incluso una pequeña preocupación, lo primero que perdemos es el apetito, porque el estado de alerta señala que se impone la necesidad de quemar energía. Es el momento menos indicado para ingerir alimentos. Si el animal come, es de suponer que no está muy preocupado.

Y huelga decir que, si no medicarías a tu hijo con psicofármacos para resolver su miedo a la oscuridad, aquí tampoco te servirán. Es precisamente una percepción *más* nítida de la vida real lo que va a curar a tu perro. Supongamos que has adoptado un perro de una protectora y que se ha acostumbrado a tí debido al tiempo que habéis pasado juntos. Tu inofensividad se habrá proclamado en función del número de intercambios placenteros compartidos, que le han convencido de que, a pesar de sus sospechas, no eres una persona peligrosa. En cambio, no quiere salir a la calle y, cuando consigues sacarlo a arrastras, intenta escaparse de todas las personas que se cruzan con vosotros. Tu

cometido es el siguiente: Obligar a tu perro a descubrir lo bien que lo puede pasar con la gente. O sea, repetir lo que ha vivido contigo, con los demás.

Antes de nada, lleva al pequeño a un lugar tranquilo, con un mínimo de distracciones, y comprueba que se encuentre a gusto. Enséñale a caminar a tu lado y a sentarse cuando te paras (capítulo 6), dedicándole el tiempo que haga falta hasta que lo haga a la perfección. En los días siguientes, cambia de entorno sin aumentar el nivel de distracción y, cuando veas que te obedece en cualquier lugar parecido, estaréis preparados para comenzar la terapia propiamente dicha: resolver su miedo a la gente.

Como mencioné antes, vas a “agotar” a tu perro haciendo deporte o jugando hasta que te diga: “¡Basta!”. Luego, le darás agua, lo meterás en el coche e irás al sitio más concurrido que conozcas. A medida que sus temores vayan disminuyendo, irás reduciendo el grado de cansancio previo. *Nunca permitas que tu perro haga ejercicio después de haber comido o de haber bebido mucha agua.* Su estómago es más bien alargado y horizontal, debido a lo cual existe un peligro real de que se estrangule por uno de sus extremos, pudiendo provocar la muerte del animal. ¡Hazme caso, por favor!

Volvamos a la terapia. Al haberle hecho quemar gran parte de la energía que habría acabado al servicio del padecimiento al verse en medio de la muchedumbre, le has hecho un gran favor. Ahora, encontrándose rodeado de personas desconocidas, si se aleja de una, se acercará a otra ¿no? Por lo tanto, su estrategia más biológicamente acertada será acercarse a tí.

Tu papel es el de infundir confianza. Tal y como comentábamos cuando analizábamos la imposición de normas, él sabrá que la firmeza que le demuestras para controlarlo también sirve para protegerlo y esto, además de dividir su atención de modo que viva sus temores de forma más marginal, lo tranquilizará. Nunca podrás controlar los acontecimientos que suceden a su alrededor, pero sí la atención que él pueda prestar a ellos. Esta modulación es fundamental para reducir su sufrimiento.

No por ser tan comprensible una reacción temerosa debe permitirse, porque *todo lo que se contempla, se fomenta*. Debes



exigir el mismo grado de acatamiento a tu autoridad en medio de la muchedumbre que cuando no había gente. Aunque te costará imponerte al principio, sé intransigente. Es el mayor favor que le puedas hacer.

Recuerda lo de: “Una hora *movida* para toda una vida bien...” (capítulo 7). De lo contrario, condenarías al pobre a una vida recluido en tu casa con salidas esporádicas al campo. ¿Y el día a día, qué? Con el paso del tiempo, todos nos volvemos más frágiles y, por consiguiente, más prudentes. Los miedos que tenemos van en aumento en la medida que van pasando los

años. Salir a la calle no tiene que ser un suplicio para un perro. Tiene que ser una alegría... y grande. En tus manos está.

Por cierto, la duración de las sesiones es una consideración de suma importancia. Volvamos un momento al tema de la energía. Por muy cansado que esté cuando empiezas una sesión, su cuerpo reaccionará con una brutal producción de energía que él, equivocadamente, “creará” que le va a facilitar la huida. Por otra parte, el ritmo de quemar esta energía aumentará a la par, debido a la proximidad de tantos estímulos que potencian su miedo. Si, durante su primera media hora en la calle sufre, pongamos, un ocho sobre diez, durante la segunda media hora no le quedarán fuerzas para padecer más de un seis. Después de tres horas en la misma situación, te darás cuenta de que su comportamiento se parecerá al de un perro que no siente miedo, sin intervención tuya.

“Claro”, me dirás. “Porque está tan exhausto que no puede más. Pero cuando lo vuelva a sacar, se pondrá histérico otra vez”. Si y no. Evidentemente, seguirá sintiendo mucho miedo cuando tenga gente a su alrededor. El miedo es un mecanismo instintivo muy profundo porque ha contribuido y contribuye a la



supervivencia de manera vital. No obstante, la segunda salida provocará picos menos altos de temor que durarán menos tiempo. Ten presente que, cuando volvías de la primera sesión, tu perro iba bien. Ya no intentaba escaparse de la gente. De acuerdo, se debió a su elevadísimo grado de cansancio, pero no dejó de ser una experiencia real... y la más reciente que ha vivido en la calle.

El cansancio *permitió* que percibiera un primer atisbo de la realidad objetiva que lo rodeaba. Su cuerpo no estaba en condiciones de reaccionar con la huida. No hubo intentos de fuga. ¿Y qué pasó? Nada. Ésta es la única demostración que el animal puede asimilar de que, aunque no huye, no sucede absolutamente nada. Todo animal comportamentalmente sano logra sus propósitos por el camino del menor esfuerzo y, de esta forma, acaba imponiéndose el paseo relajado. ¿En cuánto tiempo? Tu perro te lo dirá. Si tú le explicas que no tiene nada que temer con *hechos*, él responderá positivamente y verás cómo sus *apetencias* comenzarán a aflorar.

Después de anular la reacción de fuga, llega la inhibición general. Se resignará a caminar a tu lado como opción menos arriesgada. Entonces, te darás cuenta de que no lleva la cola tan pegada a



su barriga. Sus orejas se levantarán cuando algo llama su atención. Antes, no se lo podía permitir. Empezará a interesarse por algún olor y, de repente, la calle habrá cambiado de signo: De amenaza a promesa.

Si aprendes a alegrarte de las más diminutas muestras de progreso, no te desanimarás. Sentir miedo no es agradable y, como comenté antes, el paso del tiempo consolida lo establecido. Este esfuerzo terapéutico es grande pero merece la pena. ¡Ya lo creo!

Las salidas cortas tienen un efecto contraproducente. Si el animal regresa a casa con el mismo grado de padecimiento que cuando salió, valorará cada vez más el recogimiento que le brinda su hogar. No discuto que sea muy humano evitar que un perro sufra, sacándolo a horas intempestivas cuando las calles están desiertas pero, además del ejercicio que necesita su cuerpo, su cerebro exige una estimulación variada, que le queda vedada si no es capaz de disfrutarla. Se trata de su calidad de vida.

En último lugar, después de haber ido acortando los períodos de actividad previos a las sesiones de terapia, hay que ir reduciendo, poco a poco, la densidad de la muchedumbre, cambiando de lugar estratégicamente hasta que el animal acepte el contacto con personas aisladas. Las primeras muchas caricias deben venir desde abajo. Imagínate que estás fuera y el sol está justo encima de ti. Proyectarás una sombra de aproximadamente medio metro cuadrado sobre el suelo. Ahora, párate a pensar en lo que tienes encima: una cúpula infinita.



¿De dónde es más probable que te venga el peligro? Correcto: desde arriba. Tan arraigada está esta inteligencia en los genes caninos y humanos que, si ahora mismo oyeras una fuerte explosión, estarías agachado sin haberte dado ni cuenta. El perro también. Son respuestas instintivas porque han *salvado* muchas vidas en el pasado y se han incorporado en el repertorio hereditario. Ponerte en cuclillas para dirigirte a un perro receloso siempre invita más a la intimación que si te quedas de pie.

OTRAS MANIFESTACIONES DEL MIEDO

Cuando alguien me dice que su perro tiene miedo a algo en concreto, siempre pregunto: “¿Y qué hace?” Si la respuesta es



ladrar, el cuadro que expresa el animal es, como mínimo, mixto. Un perro que ladra, por ejemplo, a los petardos poco miedo muestra. Si no existe la opción de la fuga, el temor produce tres reacciones típicas: No hacemos ruido; para no llamar la atención de aquello que tememos y, por el mismo motivo, nos hacemos pequeños y nos quedamos quietos. Si tenemos la posibilidad de alejarnos, lo hacemos sigilosamente.

El cuadro biológico que hace que un perro no se atreva a avanzar y no quiera retroceder se debe a la ambivalencia entre miedo y agresividad. Mientras nada externo cambie, el ladrado es una buena manera de resolver la tensión. Cuando el miedo y la agresividad se encuentran juntos, primero se debe tratar el miedo, de la manera descrita, con el fin de comprobar hasta qué punto se reduce la agresividad automáticamente. Si no hay temor que haga de gatillo, quizás no se dispare la rabia. Si no disminuye la agresividad hasta su extinción, hay que actuar según lo explicado (capítulo 7). Es incluso posible que, al decrecer la influencia inhibitoria del miedo, la agresividad cobre mayor protagonismo. En cualquier caso, ante el menor peligro utiliza un bozal de rejilla que no comprima el hocico para poner a los participantes humanos a salvo. Déjaselo puesto únicamente cuando hay una interacción directa con alguna persona y durante el mínimo tiempo necesario. Como ya sabes, tu

perro solamente dispone de la lengua para regular su temperatura corporal y los procesos bioquímicos que producen reacciones intensas generan mucho calor.

Si un perro teme a sus congéneres, se complica sensiblemente la tarea a emprender. Las personas somos mucho más fáciles de controlar como “extras” en la escenificación de intercambios terapéuticos que los perros. Una serie de visitas al ala geriátrico del pipicán de tu barrio sería una buena forma de iniciar el tratamiento. Los perros muy mayores se mueven más despacio que los jóvenes y normalmente no hacen mucho caso a los otros. Como amenazan menos, podrías soltar al tuyo y observar. Ya he hablado de la imposibilidad de meternos en el diálogo que se establece espontáneamente entre dos perros. Así que hemos de ir por la vía de asegurar, dentro de lo posible, que el tuyo no vaya a tener una mala experiencia con ninguno. Si se consigue, irá descubriendo por sí solo que la compañía de los suyos puede ser entretenida.

Cuantas más relaciones acertadas coseches antes de ese enfrentamiento, que acabará produciéndose, más sesgada será la predisposición de tu perro a favor del acercamiento al siguiente candidato. En otras palabras, estimará más probable que el encuentro venidero sea también positivo. La vida tiene que demostrarle que lo violento es excepcional. Cuanto más variada sea su experiencia placentera con otros perros, más preparado estará para darse cuenta de la realidad.

El miedo a los objetos voluminosos y/o ruidosos es frecuente en los canes y existen varias estrategias paliativas, entre las cuales la principal implica la exposición a larga distancia y la aproximación en función del estado de relajación del animal. Si tu mascota está tranquilo a veinte metros de un camión de la basura pero muestra temor a diez, no tengas prisa. Ve al encuentro del vehículo en cuestión los días necesarios para reducir la distancia a razón de un metro al día, empezando al doble de la distancia a la que comienza a manifestarse el temor. Como estos camiones hacen muchas paradas, puedes seguirlo por toda la zona, aumentando el tiempo de la sesión por los motivos que hemos visto.

La impresión que recibe en esta situación es tan intensa que el método empleado con las personas es desaconsejable. Lo mejor

es aburrir al animal de cada faceta del espectáculo, empleando la distancia para mantener su tranquilidad en todo momento.

Cuando se puede separar el ruido del aspecto visual del objeto del temor, primero se acostumbra al perro a su naturaleza física, hasta que llegue a olerlo. Insisto que es fundamental mantener las reacciones caninas dentro de los límites de la tranquilidad. O sea, que él te irá diciendo cuando puedes avanzar. Si a una distancia determinada aparece una resistencia, quédate allí el tiempo necesario para disolverla. Las prisas hacen sufrir más y progresar mucho menos.

Mientras tu mascota está caminando, está quemando algo de energía y parte de su atención está puesta en tí. Todos reaccionamos ante cualquier estímulo en función de la atención que le prestamos y el hecho de andar a tu lado suaviza sus temores. Inmovilizarlo, obligándolo a sentarse, debería reservarse para el final de este tipo de terapia, por ejemplo si ya acepta comida, porque toda su atención se polarizaría en aquello que teme y la energía que no se gasta se acumularía, creando mucha más tensión.

Los petardos son un tema aparte. Acostumbrar a un perro a un sonido tan intenso y de incidencia tan imprevisible supone un remedio mucho más angustioso que la enfermedad. De hacerlo, se tendría que seguir el mismo sistema de habituación empleado con el camión pero a distancias mucho mayores de un foco de estampidos programados. En vista de la complicación y padecimiento implícitos en esta terapia, personalmente aprovecharía el hecho de que los petardos se oyen en fechas bien señaladas para suministrar un sedante tradicional, siempre por recomendación facultativa, y así quitarle al animal la necesidad de sufrir.

La palabra “cobarde” está fuera de lugar en el tema del miedo, ni hay que avergonzarse si un perro muestra un temor completamente justificado cuando se encuentra con cosas que le hayan hecho daño, que le hayan asustado o que simplemente no conociera en la época más adecuada de su vida. Repetimos: Mucha prudencia... mucha constancia... y mucho cariño.





Asha
Bety
Bimbo
Bitter
Bonachón
Bruno
Bubu
Dako
Greti

Homer
Kaiser
Lucas
Noa
Pablo
Rocky
Samy
Tom
Tro



capítulo 9

Algunos casos
analizados

Algunos casos analizados

... por sus propias familias,
... con sus propias palabras.

Llegado a este punto en el libro, me ha parecido ilustrativo darte la oportunidad de comprobar cómo han vivido la experiencia de participar en un programa de educación o de terapia los mismos propietarios y propietarias que me han pedido ayuda. No he querido ser selectivo a la hora de presentar los casos, de modo que me puse en contacto con las últimas familias con las que había trabajado antes de agosto de este año y su orden de aparición en escena es alfabético por nombre de mascota. Todos los textos que he recibido están aquí.

Con el fin de lograr una cierta homogeneidad en las descripciones que leerás a continuación, pedí una extensión de entre uno y dos folios, con una foto. También sugerí un esquema, que no había que seguir al pie de la letra ni mucho menos: Estructura familiar, vivienda y ubicación; nombre y descripción del perro; cómo contactaron conmigo; un relato del programa correspondiente y sus observaciones al respecto. Me comprometí a publicar los

comentarios en el más absoluto anonimato, ofreciendo la posibilidad de cambiar el nombre del perro si se deseaba, pero no hubo pseudónimos.

La única manipulación que he efectuado en los textos ha sido la omisión de halagos personales ya que mi finalidad, al emplear visiones independientes, ha sido conseguir una mayor objetividad. No pretendo unirme a las filas de los gurús autoproclamados sirviéndome de la buena fe ajena.

Por último, desde aquí quiero decir que estoy en deuda con todas y cada una de las familias que han participado, por su generosidad ante mi petición de colaboración. Os agradezco muchísimo haber hecho posible un capítulo así... ¡vuestro capítulo! Espero que compense el esfuerzo que me habéis brindado tan desinteresadamente.

Para saber más detalles acerca de las técnicas empleadas en los programas, consulta los capítulos correspondientes (N del A).



ASHA



Foto de Asha

Asha vino a mi vida con conocimiento de causa, me explico:

Me iba a vivir sola a mi nuevo piso y quería acoger a un perrito o perrita por un tiempo hasta que encontrara un buen adoptante, ingenua de mí. Me puse en contacto con una asociación animalista de la cual era socia desde hacía años. Daba igual la raza y los años que tuviera. Me ofrecieron una perrita mezcla de Pointer y bretón español. Cuando vi a Asha por primera vez, los ojos se me llenaron de lágrimas, pobrecita estaba en los huesos y con heridas por todas partes, sobre todo en las patas. Había sido atropellada y tenía la cadera deshecha. Gracias a la protectora y a todos los socios pudo ser operada de esa intervención tan costosa y por qué no decirlo aparatosa.

Renqueaba de una patita trasera y arrastraba la otra, todo un poema, pero nunca perdí la esperanza de que con muchos cuidados y mimo podría recuperarse. Desde aquí aprovecho para agradecerle a Diego de la Clínica de Molins de Rei el buen trabajo que realizó.

Los siguientes meses fueron muy duros, masajes, subir y bajar escaleras, medicación para el dolor y por supuesto curas que le

realizaba yo misma en casa. Era muy asustadiza. La cogía en brazos y era capaz de dormirse en el acto pero si la dejaba sola en el comedor, ella me seguía donde fuera incluso con su pierna herida. En seguida nos dimos cuenta de que sufría ansiedad por separación y nos pusimos manos a la obra.

Me aconsejaron a una profesional. Me dijeron que tenía muy buena reputación y yo lo creí a pies juntillas. Cuál fue mi sorpresa al comprobar que la buena señora sólo se limitó a recetarme ansiolíticos y antidepresivos para Asha. Psicofármacos vaya. Y una pauta de comportamiento ante mi insistencia en cuanto al tema. Una sola pauta de comportamiento que nunca funcionó. Por ejemplo, ignorarla totalmente, que no jugara con sus compañeras o ir cerrándole las puertas para mantenerla alejada de mí. Mi intuición me decía que esto no iba bien.

Al cabo de tres meses seguíamos sin resultados y además habiendo pagado una buena factura entre medicación y la visita de la susodicha. Una tomadura de pelo, vamos.

En estos años he coincidido con otros que se llaman así mismos etólogos caninos y lo único que hacen es confundir a la gente, incluso siendo agresivos verbalmente y sobre todo en los cuales la humildad brilla por su ausencia.

Un día en el veterinario, vi un folleto de Ken y decidí llamar para informarme. Meses más tarde llamé para concertar una visita. Me acordaré toda la vida, su presencia no pasa inadvertida y su acento tampoco. Sus pautas de conducta eran sencillas. Dejarla en un sitio cómodo y acondicionado para ella, donde la temperatura debía ser adecuada -Ken le dio importancia a este tema- y lejos de todo aquello con lo que se pudiera lastimar o pudiera romper en sus ataques de ansiedad.

Decidimos dejarla en el pasillo que tiene una apertura directa a nuestra galería. Pusimos una barrera para perros que no le impedía ver fuera de la dependencia. Esto la tranquilizó mucho. Por lo demás, debería abandonar las pautas que me habían dado anteriormente y que contribuían a su continuada ansiedad.

Lo único que puedo decir es que aquella noche dormí plácidamente después de explicarme que yo había hecho todo lo posible por el bienestar de Asha. Lo que me contó me dejó

Asha

tranquila. Por fin conocía a alguien que hablaba el mismo idioma que yo.

Hoy en día, Asha está recuperada y acompañada en casa de otras tres perritas adoptadas y rescatadas en diferentes circunstancias.

BETY



Foto de Bety

Mi familia y yo vivimos en un piso en Barcelona. Tenemos dos hijas de 18 y 15 años, y dos perros, Bety, la protagonista de este relato y Robin un teckel de dos años.

Hace tres años decidimos adoptar un perro y fuimos al Refugio de animales del Tibidabo donde después de muchas dudas (todos nos gustaban) elegimos a Bety, una mestiza de dos años de tamaño medio blanca y negra. Allí nos dijeron que ya la habían adoptado otra vez, pero la devolvieron porque gruñía a los niños pequeños de la casa. Como mis hijas ya eran mayores, no parecía que fuese a haber ningún problema.

Ya desde el principio tomó la costumbre de estar siempre en el recibidor y empezó a ponerse tensa y a gruñir cada vez que alguna persona, de la familia o no quería salir por la puerta. Tampoco dejaba que la chica limpiase cerca de donde ella se tumbaba y sólo se dejaba poner la correa para pasear si estaba yo delante. Hablé con la encargada del refugio y me dijo que le diese un poco más de tiempo para adaptarse. La situación no mejoró, pero no tuve el valor de devolverla, ya que cuando yo estaba en casa era muy cariñosa con todos y, además, una perra a la que habían rechazado dos veces tenía muy pocas posibilidades de volver a ser adoptada.

El siguiente problema fue lo de los viajes en coche. Desde el día que la fuimos a buscar a la perrera, vimos que el coche la estrechaba muchísimo. Los fines de semana los pasamos fuera y, ya desde el principio, cada vez que notaba movimiento de equipaje, se metía debajo de un mueble de la entrada y no la podíamos sacar ya que se ponía muy agresiva. La única solución que encontré fue que antes de que ella detectara que nos íbamos a ir, le ponía la correa y la ataba en la cocina, evitando así que se pudiera "atrincherar" debajo del mueble. Una vez con la correa puesta, no había problema para salir de casa y meterla en el coche. Aun así varias veces la tuvimos que dejar sola ya que no siempre conseguía engañarla.

Su obsesión por las salidas de casa del resto de la familia cuando yo no estaba fue creciendo hasta el punto de tener que usar la puerta de servicio ya que si lo intentaban, se les tiraba a morder los zapatos y también la puerta. Probamos a no dejarla entrar en el recibidor, pero entonces se ponía en la puerta más cercana a él, y reaccionaba igual.

Consulté el problema con el veterinario y me recomendó probar con un educador y fue entonces al ver la propaganda de Ken en la sala de espera, cuando me decidí a llamarle. Pudimos concertar una primera visita para el siguiente viernes en casa, en la cual, después de conocer a Bety y cuales eran sus problemas, me dijo que creía que podría ayudarme.

Como no teníamos mucho tiempo ya que llegaban las vacaciones de verano, en vez de 8 sesiones de 45 minutos, acordamos hacer cuatro de una hora y media. El primer día del programa Ken empezó provocando la situación que alteraba a Bety, es decir la

Bety

Bety

Bety

salida de casa. Ante todo tengo que decir que la reacción de ella ante su provocación no fue ni la mínima parte de la que tenía con mi familia. Pero aún así ella reaccionó con nerviosismo al verle salir y entonces fue cuando Ken le tiró una "bombeta" a la vez que le gritaba ¡Pasa! dejándole una vía de escape. La sorprendida perra se refugió debajo de la mesa y rápidamente Ken fue a reconciliarse con ella dándole muestras de cariño. Ella reaccionó amigablemente. Volvimos a probarlo esta vez siendo yo la que tiraba el petardo y su reacción fue la misma. Al día siguiente lo hizo mi hija mayor y días después la pequeña, haciendo así que todos los miembros de la familia se ganasen su respeto sin tenerles miedo.

En otro momento provocamos otra situación de tensión poniendo las maletas en la entrada para que ella creyese que nos íbamos de fin de semana. Como siempre, se metió en su rincón y yo me acerqué con la correa en una mano y la bombeta en la otra. En el momento que empezó a gruñir, la tire gritándole ¡Pasa!, ella escapó y fui a reconciliarme. Así, conseguí varias veces sacarla de sus escondites ya sin petardos (aunque llevando uno siempre preparado por si acaso); Sólo con un ¡Ven aquí! autoritario y luego palabras de cariño y caricias.

Ya que estaba Ken por casa aprovechamos para solucionar también la "pesadilla" de los ladridos cuando sonaba el timbre.....esta vez el teckel Robin también estaba implicado. Ken salió fuera y llamó al timbre; en el mismo momento en que empezaron los dos a ladrar, tiré con fuerza y muy cerca suyo, esta vez un trozo de cadenita que Ken me había dado, gritándoles ¡Pasa!.....salieron los dos disparados y entonces fui a darles muestras de cariño. Solo hizo falta repetirlo dos o tres veces para que no se les volviera a escapar ni un solo ladrido. Durante la semana siguiente lo repetí con mis hijas y no volvieron a ladrar más.

Ahora, aunque su sitio preferido de estar sigue siendo el recibidor ya no gruñe ni muerde los pies cuando alguien quiere salir, y los viernes por la tarde cuando ve maletas, se sigue metiendo en su escondite, pero le puedo poner la correa y sacarla sin que me gruña.

BIMBO



Foto de Bimbo

Desde siempre me habían dado miedo los perros, pero me hacía mucha ilusión tener uno. Los amigos me decían que con un cachorro sería más sencillo y en noviembre del año pasado decidí dar el paso. Ahora "sólo" había que ver cuál era el más apropiado. Me gustaba el Golden Retriever, pero llegan a tener un tamaño considerable y por lo que había leído no llevan demasiado bien la soledad. En mi situación, viviendo sola en un piso pequeño y sin terraza, no me pareció una buena opción. Seguí buscando y finalmente me decanté por el West Highland Terrier. Se supone que son "independientes, tozudos, muy cariñosos y al ser pequeños y tener un nivel medio de energía se adaptan bien a vivir en apartamentos". Así es como Bimbo llegó a mi vida, y quiero resaltar que en cuanto a "tozudo y nivel medio de energía" de la descripción anterior, no se ajusta exactamente a mi perro. Bimbo es hiperactivo y super-cabezota. Sabía que tener un perro era una responsabilidad, pero nunca imaginé que fuera tan estre-

Bimbo

Bimbo

sante. Era incapaz de enseñarle a hacer sus necesidades en la calle, a que me dejara comer tranquila, a pasear con la correa sin tirar... A la vuelta de las vacaciones de Navidad pensé que tenía que buscar una solución y llegué a la conclusión de que necesitaba ayuda. Navegué por internet, contacté con varios adiestradores y así es como conocí a Ken. En la entrevista inicial, hablamos largo rato sobre cómo era Bimbo, qué es lo que quería conseguir con las clases de adiestramiento, cómo se desarrollarían las sesiones... Ajustamos agendas y en dos semanas comenzamos.

Entonces Bimbo tenía unos siete meses, mordisqueaba cuanto encontraba a su paso (por más juguetes que tenía le resultaba más interesante el mobiliario de la casa, rodapiés e incluso paredes), cuando salíamos a pasear tiraba constantemente de la correa (era ver otro perro o una paloma y a correr!), aún se hacía pis en casa, si subía al sofá la única manera de hacerlo bajar era cogiéndolo en brazos... estaba descontrolado.

En la primera sesión practicamos el paseo: Ken en lugar del arnés que llevaba le puso un collar y ¡magia!. Creo que tardé más yo en coordinar el movimiento que debía hacer para corregirlo cuando tiraba, que Bimbo en aprender la orden "juntos". Evidentemente no fue perfecto desde el primer momento, pero vi que era posible que mi perro hiciera caso. La segunda parte de la sesión se desarrolló en casa, le había comentado a Ken los problemas que tenía para comer sentada a la mesa y me enseñó qué hacer para que Bimbo permaneciera tranquilo mientras yo comía.

En la segunda sesión continuamos practicando el paseo y reforzando lo que habíamos aprendido el día anterior. Además me pidió que hiciera una lista con mis objetivos para Bimbo y, con algunos ajustes, ese fue nuestro planing de acción. Luego vino la orden "pasa", "ven", "a tu cama"... En definitiva, me enseñó a comunicarme con mi perro y a tener paciencia.

Supongo que cada cuál cuenta la historia según le vá. Para mi (y para Bimbo) fue una experiencia muy agradable que recomiendo.

Como anécdota, recuerdo que una de las cosas que más me llamó la atención al principio es que cuando Ken corregía a Bimbo porque no atendía a una orden, el perro no se enfadaba o gruñía, estaba encantado. Cada vez que lo veía era una fiesta.

BITTER



Foto de Bitter

Somos un matrimonio "mayores", de 69 y 67 años, pero con espíritu joven. Yo, el marido, siempre he tenido mascota (perro), con breves interrupciones, desde los 14 años. Como pareja de casados, también casi siempre, mi mujer y yo, hemos compartido la vida con los hijos y el perrito o perrazo de turno.

El primer perro que tuve, fue "Lira", una mezcla terrier muy parecida al Jack Russell. Fue el mejor de todos los que recuerdo. El perro que tenemos ahora es un verdadero raza Jack Russell.

Vivimos en un piso bastante amplio en Barcelona, pero de viernes a lunes vamos a una casa con jardín, y piscina (le encanta nadar) y Cinturón de Ronda (le encanta pasear) de los típicos que conectan las calas de la Costa Brava. Allí convive con nosotros y cuando pueden venir, que es muy a menudo, nuestros hijos y nietos.

Es un Jack Russell y se llama "BITTER", como el Bitter Cinzano. Bitter nació en un criadero del Alt Empordà el 30 de Julio de 2008. Nuestros hijos lo fueron a buscar y nos lo regalaron el 19 de Octubre de 2008. ¡ una monada!

Bitter

Bitter

Ahora tiene 2 años y, por lo menos nosotros lo vemos, precioso. La cara la tiene manchada de color marrón bilateralmente de forma simétrica con una línea blanca central. El cuerpo es completamente blanco sin ninguna mancha.

Como buen terrier, es muy alegre y activo. En ocasiones algo nervioso e inagotable. Muy inteligente y cariñoso, pero testarudo. La parte negativa de esta descripción la hemos corregido con el adiestramiento.

El principal problema de esta raza, es que al ser tan inteligentes, intentan ser los “jefes de la manada” y dominar la situación. Es por ello que aunque entienden perfectamente nuestras órdenes intentan no obedecerlas.

A pesar de nuestra larga experiencia con perros, vimos que Bitter nos superaba; es por ello que decidimos contactar con un especialista en educación de perros.

Ya habíamos oído hablar, y bien, de Ken, cuando casualmente coincidí, en uno de nuestros paseos, con el dueño de otro Jack Russell, que justamente acababa de finalizar su adiestramiento con Ken y estaba muy contento del resultado. Me proporcionó el teléfono del adiestrador, lo llamé y concertamos una entrevista para programar la “educación” de Bitter.

No queríamos un perro de “circo”, sólo queríamos que nos obedeciera en las cosas fundamentales para la convivencia, no destrozara las cosas y calmara su nerviosismo.

Lo sorprendente fue que en la primera entrevista, antes de iniciar la primera clase, Bitter, sólo de conocer a su futuro adiestrador ya mejoró en su actitud.

La educación básica de andar bien por la calle, sentarse, quieto, y sobretodo acudir a la llamada, se corrigió con una rapidez sorprendente.

Pero lo más sorprendente es que el perro, ya desde las primeras sesiones cambió (para bien) de carácter. Se tranquilizó, dejó de destrozarse y se volvió obediente y sumiso. Mi impresión es que se dio cuenta y aceptó, que los “jefes de la manada” éramos nosotros y no él.

A partir de este momento Bitter es un perro excelente. Mi mujer dice que es el mejor perro que hemos tenido nunca. Yo también opino lo mismo pero sin olvidar a mi primera terrier: “Lira”.

BONACHÓN



Foto de Bonachón

Somos una pareja de 30 y 26 años que vivimos en un piso de Barcelona. El piso está a cinco minutos andando de una montaña. Siempre nos han gustado los perros. En nuestras respectivas familias hemos tenido perro y ahora que compartimos vida juntos decidimos tener uno.

El tercer miembro de nuestra pequeña familia y mejor amigo es un golden retriever que ha cumplido 2 años de edad. Le pusimos de nombre Bonachón, por su indiscutible cara de bueno y noble que tiene.

Al principio, Bonachón era un “buen cachorro”, es decir, aprendió muy rápido a hacer sus necesidades en la calle, obedecía sin insistir mucho, cuando se quedaba solo sabía comportarse. Pero esta última parte pronto empezó a cambiar. Él tiene destinada una habitación para él solo, lo que pasa que allí teníamos enseres personales nuestros y decimos “teníamos” porque las cosas que se salvaron las cambiamos de sitio.

Bonachón

Empezó a rascar las paredes, a abrir cajones y sacar todo lo que encontraba (nuestros enseres), a morder los muebles y comérselos (literalmente). Al principio todo era mínimo pero a medida que pasaba el tiempo, se agravaba más; las rascadas eran más grandes y profundas (llegó a sacar cables de la pared). Casi siempre le reñíamos con la voz por todas las cosas mal hechas.

Por otra parte en la calle tampoco era el perro ideal que intentábamos educar, tiraba mucho, los paseos con él se convertían en una lucha constante, nunca se cansaba. Así pues pensábamos que de bien cachorro podría correr suelto para quemar esa energía. Pero claro, obviamente, cuando le ordenábamos que viniera, Bonachón no lo hacía.

Ante esta situación, decidimos pedir ayuda a nuestro centro veterinario. Aquí nos facilitaron un teléfono de un centro de etología canina. Nos sonaba a chino, pero todo era poco para ayudar a Bonachón. Vinieron a casa para conocer la situación y diagnosticaron que Bonachón sufría ansiedad por separación. Pero nosotros alucinábamos ya que desde el principio le habíamos dado mucho cariño pero también disciplina. No entendíamos qué habíamos hecho mal.

Así pues, nos dieron unas pautas a seguir. Por supuesto, las acatamos desde el comienzo. Algunas de ellas eran las siguientes:

- No saludar al perro cuando llegábamos a casa hasta haber transcurrido veinte minutos. Esta pauta nos era muy difícil ya que la ilusión que teníamos por volver a casa y abrazarle y disfrutar de él era mayor. Pero aún así, la cumplíamos. Nosotros veíamos que nuestro cachorro iba creciendo y no estábamos disfrutando cómo nosotros queríamos.
- Ignorarlo un tiempo antes de irnos de casa si él se quedaba solo.
- Cuando recibíamos visitas, debían ignorarlo hasta que no estuviera calmado.
- No jugar con él a juegos que le pudieran excitar, que alterase su estado nervioso. No se le podía hablar con voz aguda, teníamos que tener siempre un tono de voz tranquila. Esta pauta servía para que cuando Bonachón se quedara solo no nos echara de menos.
- En cuestión al paseo, le pusimos un "Haltie" que es un arnés

que va alrededor del hocico. Nos parecía un perro triste y reprimido, con falta de juego.

- No reñirle cuando hiciera algo mal. Ignorar todos los destrozos.

Algunas de estas pautas nos funcionaron, pero los destrozos seguían y lo último que quedaba era medicarlo. Desde un principio nos negábamos a medicarlo porque no queríamos llegar a ese punto. Nos pareció algo cruel, pero volvemos a repetir como queríamos que Bonachón estuviera tranquilo, accedimos; claro que se calmó (aunque algunos destrozos seguían), pero porque había transcurrido un año y algo más. Se le quitó la medicación.

La sensación que tuvimos durante el primer año y pico de vida del perro fue de frustración y de no haber disfrutado de él cuando era cachorro. Por suerte eso cambió...

Conocimos a Ken a través de una compañera de trabajo. Nosotros no queríamos volver a contratar a nadie más. Decidimos que con el tiempo Bonachón se iría relajando, pues todo el mundo nos decía que los golden cuando son más mayores son muy mansos. Pero como no queríamos esperar a que fuera un perro manso, sino a poder disfrutar de un amigo fiel, llamamos a Ken.

Ken vino a casa y nos dijo que Bonachón era un perro muy especial. Casi lloramos por el sentimiento de culpabilidad que teníamos por pensar que no comprendíamos a Bonachón y quizá no haberle dado lo que necesitaba durante ese primer año de su vida. Contratamos su programa de educación porque su forma de ser y de hablar nos inspiró confianza.

El adiestramiento empezó genial, Bonachón no tenía dificultad ninguna por aprender cosas. Ken se comprometió a dos cosas: que Bonachón consiguiera ir suelto por la montaña sin escaparse y a que Bonachón no invadiera a las visitas que llegaban. Respecto a las demás pautas anteriores nos recomendó que jugáramos con el perro cómo nos apeteciera, que cuando llegáramos a casa le saludáramos, puesto que era lo que Bonachón más deseaba. Un nuevo sin fin de pautas que nos dio la oportunidad de disfrutar de Bonachón como nosotros queríamos. Tuvimos la sensación que empezábamos a recuperar a nuestro amigo.

Durante el programa de educación nos esforzábamos mucho en hacer todo lo que Ken nos decía y recomendaba. En seguida

Bonachón

vimos que todo mejoraba, en la calle, en casa (los destrozos han cesado). La técnica que funciona para que vaya suelto es la siguiente: con un collar de castigo y una cuerda muy larga que arrastra por el suelo debemos llamarle con voz enérgica, seguidamente nos agachamos y le decimos que venga con voz dulce y si no viene, tirarle una cadenita pequeña. Esto ha ido funcionando. Casi cada semana le cortamos un palmo de la cuerda. Para pasearlo atado, nos recomendó un collar de eslabón pequeño y mantenerlo siempre en un lado y con una orden para que no tirarse.

Han pasado seis meses y Bonachón disfruta de su vida como perro: corre, juega, salta, nada en el mar, se divierte con nosotros, todo lo que hace un perro feliz y sano. Ahora Bonachón es un perro más receptivo y apegado a nosotros. No nos equivocamos cuando decidimos que Bonachón formara parte de nuestra familia: para nosotros es un gran perro. Gracias a Ken, hemos recuperado a nuestro gran amigo incondicional y fiel.

BRUNO

"Hola, permitidme que me presente: Me llamo Bruno, soy un cachorro de cinco meses de Labrador amarillo. Vivo en una casa unifamiliar, con una parcela grande, junto al bosque. Llegué aquí cuando cumplí un mes de vida. Somos un montón de gente en casa: papá y mamá (de dos patas), Dana (un cruce de pointer de 9 años), y los cuatro gatos: Kenya, Sofía, Wagner y Gizzmo. Ellos son las dianas de mis pesadas bromas pero, como no les caigo muy bien, me gano bofetones con y sin uñas muy a menudo. Tengo una energía inagotable. Dicen que soy guapo y muy inteligente. Me gusta mucho comer. La verdad es que me como todo, sea comestible o no: caparazones de caracol, tierra de las macetas, peluches, patas de muebles, patatas del verdulero, cojines, capazos, bolsas de basura, pomadas, pipetas de desparasitación, cestas de mimbre, rascadores de gato, manuales de instrucciones, excrementos de caballo, vaca, gato, perro..., cables del ordenador, plantas y jardineras, cortinas, velas, y un rollo de papel higiénico al día. Como buen perro Labrador, me encanta el agua y como en casa hay piscina con una rampa de acceso, nado unos largos varias veces al día,

cuando me apetece. He ocasionado muchos quebraderos de cabeza a mis papitos desde que llegué a la casa. Yo soy muy feliz haciendo lo que quiero, así que dejaré que sean los mayores quienes expliquen los problemas de convivencia que tienen conmigo."



Foto de Bruno

Bruno es un perro tan listo como activo. Después de jugar un par de horas con Dana y a continuación salir a pasear 4 kilómetros corriendo, nada más entrar en casa mantenía la misma energía que al principio y "exigía" atención y juegos probando cosas que no nos pudiesen dejar indiferentes, como robar el mando de la tele y salir corriendo.

La situación se iba volviendo insostenible y afectaba seriamente la tranquilidad y la convivencia en casa: todo el mundo (perros, gatos y personas) acababa histérico y saltaba a la mínima, poniendo más histéricos aún a los demás. Bruno no hacía el menor caso a ninguna orden, ni siquiera a su nombre.

Conocimos el trabajo de Ken hace ahora veinte años, en 1.990, a través de uno de sus primeros libros: "Su perro". Acababa de

Bruno

Bruno

Llegar a casa nuestro primer cachorro: Lucas, un cruce de Cocker y Fox Terrier de dos meses y temperamento nada fácil. No sabíamos nada de perros y con el libro de Ken comprendimos qué eran, cómo “piensan” y cómo “funcionan”. También nos dimos cuenta que a Lucas no le pasaba nada y que el “problema” éramos nosotros. Nos fue de gran ayuda, hasta el punto que en unos meses Lucas iba por Barcelona a todas partes sin correa (hace veinte años aún se podían hacer estas cosas), esperaba en la puerta de grandes almacenes a que saliéramos con la compra, cruzaba la Diagonal, se quedaba sólo en la habitación de hoteles desconocidos... Llegó a comprender unas 140 palabras en cinco años. Durante veinte años hemos regalado docenas de libros de Ken a amigos y conocidos que tenían problemas con sus perros. Después de Lucas hemos tenido otros perros y los hemos educado siempre sin problemas y sin necesidad de ayuda: conviven con los gatos, podemos dejar comida en la mesita sin que nadie la toque, nadie roba comida que no sea de su especie,... hasta la llegada de Bruno.

Bruno juega en otra Liga (o es de otro planeta). Con dos meses paseaba a Dana llevándola cogida por el collar. Podía incordiar al gato más paciente o aguantar arañazos en su hocico hasta conseguir que el gato saliera corriendo y así poder perseguirlo. Si tenía hambre cogía su plato y nos lo traía para que le echásemos pienso...

Hace unos meses, en una de las visitas a nuestras veterinarias coincidimos con Ken por casualidad. Nos presentamos y comentamos lo bien que nos había ido su libro (y lo rápido que pasan veinte años).

Después de intentar todo lo que habíamos aprendido con otros perros y leer ingentes cantidades de información en internet, los resultados eran completamente nulos. La última oportunidad para Bruno era Ken. Si Ken no conseguía resultados tendríamos que buscar a Bruno un nuevo hogar, algo que jamás hubiésemos creído que podíamos llegar a plantear de una de nuestras mascotas. Pero era él o nosotros. El objetivo no era tener un control total sobre Bruno ni que dejase de hacer sus trastadas de cachorro, sencillamente necesitábamos que se integrara mínimamente en la familia-manada, y que fuera capaz de seguir unas mínimas directrices de convivencia, en lugar de hacer su santa voluntad con todo y en todo momento.

Bruno

Ken, en la primera visita, y tras analizar a Bruno, a su entorno y a nosotros, nos dijo que el caso tenía solución. Es más, que podía garantizarla. Nos pareció imposible pero tratándose de Ken decidimos dar a Bruno su (nuestra) última oportunidad. El método fue tan sencillo como efectivo: lanzar a Bruno una pequeña cadena de medidas y peso determinados, en el momento preciso en que estaba haciendo algo que no queríamos que repitiese nunca más, y tras unos veinte segundos felicitarle para mantener las amistades. El tamaño y peso de la cadena hace imposible hacerle a Bruno ningún daño, pero no le gusta NADA la sensación de la cadena sobre su cuerpo. El resultado fue absolutamente espectacular desde el primer momento: con un “cadenazo” en cada situación concreta tiene suficiente para no volver a repetirla.

En otra sesión pasó de tirar alocadamente de su correa a pasear tranquilamente al lado, pendiente de nuestros movimientos y sin atender a otras distracciones, desde los primeros metros! La técnica es muy precisa y hay que aplicarla correctamente, pero el resultado es excepcional. Tanto o más importante que los resultados concretos conseguidos (no comer pienso de la tolva de los gatos, no tocar comida de encima de las mesas, no perseguir gatos,...) ha sido el cambio de actitud general de Bruno: ha mostrado interés por integrarse en la rutina diaria de la casa: estar tranquilo en su cama mientras vemos la televisión por la noche, pedir que juguemos con él trayendo juguetes en lugar de exigirle a base de ladridos y patadas, esperar sentado mientras le preparamos su comida...

Con el tiempo será un perro excepcional, no tenemos ninguna duda (y tampoco prisa). Gracias a Ken hemos podido conectar con Bruno y nos hemos salvado todos de una separación irremediable.



Foto de Bruno

BUBU



Foto de Bubu

Somos Xavier y Núria, vivimos en una casa unifamiliar de una urbanización en un pueblo del Baix Llobregat, cerca de Barcelona. Y tenemos un boxer al que llamamos Bubu.

Cuando decidimos buscar a Bubu, hacia cinco años que habíamos perdido al primer perro que tuvimos en casa, una boxer a la que llamábamos Ioia. Fue una decisión meditada y teníamos claro que encontraríamos un perro que en esos momentos buscara un hogar. Nuestra única premisa era que tenía que ser un perro de raza boxer.

La búsqueda la realizamos en las perreras de la zona y por Internet, donde localizamos un mensaje, en el que necesitaban encontrar una casa para un boxer. Tenía 13 meses y no lo podían mantener en la casa. Fuimos a verlo y nos enamoramos al momento de él.

Bubu, es un boxer de tamaño grande, color caoba con detalles blancos en la cabeza, cuello y patas. Es el típico boxer, muy extrovertido y mimoso.

La incorporación a nuestro hogar fue normal y el perro se acomodó a nosotros y a nuestro entorno rápidamente. Al principio, nos lo llevábamos a todas partes. Se relacionaba con otros perros. Era muy juguetón. Pero como es de tamaño muy grande, era demasiado 'bruto' con los otros perros con una forma de jugar que asustaba a los compañeros de juego.

El problema surgió al cabo de un año, cuando cumplió los dos años de edad. De un día para otro, su relación con los otros perros se volvió conflictiva hasta el punto que se peleó con otro perro. Bubu es sociable con las personas que entran en casa, aunque fuera en la calle su carácter cambiaba y se mostraba más inquieto y no dejaba que se nos acercara nadie, hasta el punto de no poderlo dominar en los paseos. Es un boxer dominante, y por tanto, el dueño del lugar.

Para poder aprender a controlarlo, solicitamos consejo a las personas que conocemos. Mediante la tienda donde compramos la comida de Bubu, nos aconsejaron a Ken y nos dieron las referencias de su profesionalidad.

Contactamos con Ken y visitó nuestra casa para conocer a Bubu. Desde un principio hicieron buenas migas. Después de su valoración, nos indicó que en un periodo de una semana podríamos pasear de forma 'normal' por la calle.

Fue excepcional, el primer día que salimos con Ken, nos indicó como lo teníamos que conducir. Cuando finalizamos el paseo, estábamos alucinados, era como caminar con otro perro.

Durante las siguientes sesiones, perfeccionamos el sistema de paseos en diferentes situaciones:

- En la urbanización donde vivimos, para controlar su comportamiento con el resto de perros residentes en las demás casas.
- En el pueblo, para que se acostumbrase a la gente y al tráfico de coches.
- Quedamos con amigos y familiares para que viniesen a casa y nos enseñó a controlar su desmedida alegría al recibir a las visitas.
- Y como guinda, el último día, quedamos en Barcelona. Paseamos por la Diagonal. Y para despedirnos, entramos en El

Bubu

Corte Inglés. Bubu paseó por los pasillos de la sección de cosméticos como si lo hubiese hecho toda la vida.

Hemos aprendido mucho de como disfrutar de Bubu. Las órdenes son claras y él las obedece sin titubear. Podemos pasear por la calle, sin parecer que en cualquier momento nos arrastre. Bubu pasa por delante de las casas donde viven otros perros, sólo pendiente de nosotros. Y cuando llegan visitas, se sienta junto a nosotros hasta que le damos permiso para que se acerque a las visitas. Cuando paseamos por el bosque, podemos incluso dejar que pasee junto a nosotros sin necesidad de la correa. Ya que hace caso a nuestras órdenes en todo momento. Ahora podemos disfrutar de Bubu al 100%.

DAKO

Toda mi vida he sentido adoración por los animales y más concretamente por los caballos y los perros.

En mi infancia, acompañaba a los payeses en sus carruajes para que me dejaran guiarlos y jugaba con los perros, pasándome horas y horas observando sus reacciones; la recompensa por tratarlos bien venía dada en su entrega y, sobre todo, confianza.

Después de un período de varios años, debido a la imposibilidad de cuidarlos, estuve sin la compañía de perros; en Diciembre del 2009 pensé en adquirir uno y me quedé un pastor belga Tervueren de un año, pues no quería pasar todos los inconvenientes de la evolución de un cachorro, todo y siendo consciente que el animal que me quedaba tendría el carácter con influencias que desconocía.

Mi estructura familiar y espacio físico (terreno de 800 m2) le permitían, teóricamente, que por un lado tuviera capacidad para moverse y hacer ejercicio (había vivido toda su existencia en una jaula metálica de 2 x 3 metros), a la par que yo podía observar sus movimientos mientras él descubría un nuevo mundo.

Dako era precioso y bien formado, aparentemente tranquilo, pero al dejarlo en el jardín huyó para refugiarse entre los árboles y así transcurrieron los días, sin ningún acercamiento por su parte.



Foto de Dako

Pasadas dos semanas, intenté que comiera a mi lado, o en mi presencia, pero fue en vano, hasta que opté por no alimentarlo si no venía: quería ver si su miedo atávico a todo lo desconocido era superior a su instinto de supervivencia.

Por fin se atrevió a comer y a tolerar mi presencia, pero después se iba y me observaba a 10 o 15 metros.

Para no incurrir en errores de conducta que me alejaran más de Dako, me puse en contacto con Ken Sewell, a través de folletos que llegaron a mi poder y programamos en principio, seis sesiones, dejándome muy claro el profesional que debía dejarlo entrar en casa y a su vez que nos encontráramos el uno al otro para transmitirnos sensaciones positivas.

Me daba la impresión, y se confirmó, que era pretender acercarme y convivir con un animal que no tenía emoción alguna, y que en su esquema rechazaba, sin poder saber si sería bueno para él o no, todo esfuerzo para salir de su mundo interior.

Esta conclusión activó las potencias de nuestra supuesta inteligencia humana, compuesta entre otras, de paciencia, tolerancia y estímulos positivos; en suma, que me viera primero como alguien que compartía su vida y por tanto que, como más contacto, más vivencias comunes.

Dako

A la cuarta sesión, el animal había hecho tales progresos que nos quedamos maravillados, aunque hacía falta que su impulso normal conmigo se convirtiera en búsqueda de paz y compañía.

El resultado hasta ahora ha sido espectacular, hasta el punto de que aún siendo un animal tímido, es un compañero pendiente de mí en todas las situaciones y dándole todo a cambio de un poco.

Con todo, cada día, pues es un proceso en continua formación, va despojándose de su tristeza; han transcurrido ocho meses desde su adquisición y con la ayuda de mi hija Paula, de 13 años (con su voz tan musical y cadenciada lo transporta a un mundo de cariño), podemos decir que tenemos un compañero, que sin él saberlo también nos ayuda en nuestro equilibrio emocional.

No es un milagro, no es un cuento para contar, ni siquiera unas líneas de autoayuda, sino el relato breve de un proceso y de que, aún sin estar con Dako mucho tiempo, una hora o dos a lo sumo al día los días laborables, la paciencia y la intensidad para hacerse comprender, rompe los viejos esquemas de tantos y tantos libros de consejos teóricos.

Es fantástico que cuando está solo sabe que es aceptado y querido, y por ello cada día al vernos nos recompensamos mutuamente.

Mi más sincero agradecimiento a un profesional que me hizo ver algo imprescindible: pensar y esforzarme al máximo para, como si practicara inmersión, bucear y analizar la mente de Dako con toda la calma del mundo, para saber cuando externalizaba cualquier reacción, adivinar la causa de la misma.

GRETI

Somos una familia de Barcelona con 4 hijos, 3 niñas de 11, 9 y 8 años y un niño de 2. Vivimos en un piso grande en una pequeña finca con una piscina y un pequeño jardín.

Greti es nuestra perra Westy (West Highland white Terrier) de 7 meses. Nos la regaló una pareja de amigos del Sur de España, con apenas 8 semanas. Era un peluche blanco muy divertido y curioso que hacía sus cositas por donde le pillaban las ganas, por

Foto de Greti



lo que tuvimos, muy pronto, que restringirle ciertas zonas de la casa. A medida que crecía, Greti cogía gusto por mordernos los zapatos, las manos, los pies y perseguir a nuestro hijo pequeño atrapándole por los bajos de sus pantalones.

Otra afición declarada de Greti es comerse las plantas del jefe de la casa y los chupetes del pequeñajo. Esta última afición le ha llevado dos veces a visitar el veterinario para efectuar una tanda de radiografías y ecografía para descartar que no se le inflamara el estómago.

Desde que llegó el verano, empezamos a usar la piscina del jardín llevándonos a Greti, para que aproveche para correr a gusto por el jardín. El problema surgió cuando empezó a ladrar como una posesa cuando veía los niños tirarse al agua y zambullirse. Se ponía a correr a toda pastilla y a ladrar como si los niños estuvieran en peligro.

Otro de los aspectos que molestaba mucho son los paseos, si en ellos nos acompañaban los niños, lo que es bastante frecuente. Últimamente se ponía a tirar de la correa para intentar alcanzar aquellas de las niñas que iban por delante en bicicleta o patinete, pensando que en vez de un Westy había nacido, Husky, perro de arrastre.

Por último, uno de los aspectos que nos hizo plantearnos llamar a un adiestrador, es que empezaba a tener una actitud desafiante, (rozando la agresividad en determinados momentos) con los

Greti

Greti

niños. Por lo que en una de las visitas al veterinario para comprar latas de comida laxante para conseguir que Greti expulse por vías naturales dos chupetes que se había comido en pocas horas, pregunté por un etólogo para encauzar el genio de nuestra perra adolescente y no vernos desbordados por la situación. El perro es el mejor amigo del hombre pero si no está educado es su mayor pesadilla, y la relación se puede deteriorar con rapidez.

En la clínica veterinaria me dieron el folleto de Ken Sewell, a quien llamé para informarme sobre su método, tarifas y disponibilidad. La verdad es que quedamos para una primera toma de contacto aquella misma semana y después de una charla de más de dos horas empezamos el adiestramiento la semana siguiente aprovechando que las niñas estaban de colonias. Así pudimos concentrarnos mejor en las instrucciones de Ken. Escogimos como tema prioritario el paseo con correa. En menos de media hora Greti tenía muy clara cual era la actitud que se esperaba de ella durante el paseo.

Segundo aspecto que tratamos en aquel primer día fue el comportamiento adecuado alrededor de la piscina. Nos costó un poco más que el paseo, pero Greti fue entendiendo a base de repetición cual era la mejor actitud para poder estar alrededor de la piscina, si bien se admite que corra, no se tolera que ladre. Para ello tuvimos que aprender a acechar su ladrido e interrumpirlo con un lanzamiento de collar fino de cadena, para asustarla con un fuerte NO, cada vez que se producía el ladrido. El éxito de esta parte de su educación está supeditado, me señaló Ken, a que acierte el tiro, que fallo más que una escopeta de feria. Seguiré sus consejos y me entrenaré con los cojines del salón... Pero el oído del perro es tan fino que cuando cojo la cadena, Greti sale disparada hacia el otro lado de la piscina para ladrar. Mis tiros acaban casi siempre al agua...

Ken trató la agresividad de Greti, de manera ciertamente sorprendente: mediante un anzuelo en forma de hueso de carne, y un disuasorio en forma de petardos de poco ruido. El problema fue que Greti no se asustó mucho de aquel chasquido bajo, y tuvimos que usar uno un poco más fuerte, que nos sobresaltaba casi tanto a nosotros como a ella, pero la verdad es que ha funcionado. Como recordatorio Ken no recomienda usar el sonido del collar de cadena para prevenir su agresividad.

Homer

Para disuadir a Greti de comerse los chupete de nuestro hijo pequeño, Ken nos recomendó el "chupete trampa", es decir rellenarle uno con tabasco, para que en el mismo momento que lo muerda, Greti se de cuenta de que no le interesa comérselo. La verdad fue un éxito rotundo; aquel no se lo come y lleva 10 días rondando por la casa. Pero si pill a otro, aquel se va para dentro...

Ken nos recomendó ir priorizando los aspectos a corregir e irlos tratando a base de preparar situaciones trampas para ver si Greti cae en la provocación y poder significarle mediante un lanzamiento de correa y un fuerte NO que su actitud no se debe hacer. Nos recomienda ceñirnos a un solo aspecto (muebles, objetos, ataque personal, agresividad, ladridos) durante una semana y una vez superada la educación de este aspecto en particular dejar pasar un par de días antes de escoger otro comportamiento a corregir.

La verdad es que la convivencia en casa ha mejorado mucho, por no hablar de las tardes pasadas en la piscina. Los paseos vuelven a ser un verdadero placer para todos. El resto se irá reconduciendo sin lugar a dudas, con constancia y firmeza.

HOMER

Somos Adrián y Gemma, y vivimos con nuestro perro Homer, en Barberà del Vallès, una ciudad cerca de Barcelona. Homer es un Bulldog Francés nacido el 16 de Mayo de 2008, en un criadero de Zaragoza. A los 3 meses de edad, lo vimos en una tienda de Barcelona, y con su cara de bueno nos engañó y no pudimos resistirnos a llevarlo a nuestra casa. Decimos que nos engañó, porque al poco de estar en casa, empezó con sus travesuras,... morder muebles, zócalos del parquet, incluso llegó a morder una columna de yeso!!

Pero bueno, poco a poco, fuimos entendiéndole, y conseguimos que dejara de hacer esas trastadas. Tiempo después apareció su verdadera identidad "cabezón" como el sólo. Supongo que como todo cachorro intentaba conseguir lo que quería, y buscaba las mil y una para llegar a su objetivo.



Foto de Homer

Homer

250

Homer

Gracias a consejos y lectura de libros de expertos, ya que para nosotros era el primer perro, conseguimos moderar un poco su carácter y conseguir una pequeña parte de obediencia en casa. Nuestro gran problema y preocupación, era que tenía fobia al agua,... La primera vez que lo llevamos a lavar, la chica ya nos avisó, "tener cuidado que parece que no le gusta mucho el baño", pero claro, eso fue cuando tenía 4 meses, y pensamos que era porque era pequeño y era su primera vez.

A medida que fue pasando el tiempo, llevándolo a varios veterinarios para lavarlo, todos coincidían en lo mismo, era casi imposible lavarlo, dado que sólo intentaba salirse de la bañera, incluso uno de los veterinarios nos aconsejó de sedarlo un mínimo para poder realizar el baño. Una de las veces que lo llevamos a lavar, decidimos entrar uno de nosotros para comprobar lo que nos

explicaban,... y la verdad, podemos decir que era impresionante el miedo y la tensión que mostraba.

Aquí fue dónde decidimos coger la ayuda de un profesional, para que nos ayudara con este problema y así poder hacerlo nosotros mismos en casa, para evitar el sufrimiento de Homer.

Un día comprando el pienso en una tienda dónde fuimos por primera vez, vimos la propaganda de Ken, preguntamos al dependiente, y nos explicó varios casos que conocía y que habían obtenido un buen resultado. Al llegar a casa, entramos en su página web para poder informarnos sobre su trayectoria y enseñanza. Pasados unos días, decidimos llamar y concertar la visita para empezar el trabajo con Homer. En la visita con Ken, a parte de la problemática del agua, comentamos ciertas actitudes de Homer, de menor importancia, pero que se debían de corregir para poder llevarlo a cualquier sitio.

Gracias al método del "Frankfurt", Ken consiguió que la fobia al agua desapareciera en un sólo día, llegando hasta al punto que en días de calor, es el propio Homer quién pide entrar en la ducha!!! Incluso, en las vacaciones, ha llegado a entrar por iniciativa propia a un río.

En las otras sesiones, Ken, nos enseñó a cómo hacer que Homer no saliera corriendo hacia la puerta cada vez que sonaba el timbre y que una vez abierta la puerta no saltara encima de los invitados o comerciales,....

También aprendimos como enseñarle a estar quieto en diferentes situaciones, como el simple hecho de estar sentados en una terraza de un bar, sin molestar a los que nos rodean o el pasear con el sin tirar, y así poder dar un paseo agradable para todos.

Muchas de las técnicas utilizadas durante las sesiones, nos han servido también para algún problema que ha ido apareciendo después. Después de todo esto, sólo nos queda agradecimiento por haber aprendido a entender y educar a nuestro perro porque así TODOS somos más felices!!!!

Un saludo!

251

KAISER



Foto de Kaiser

Vivimos en Barcelona en un ático de 200 metros incluida la terraza. Aquí vivimos mis padres, mis 2 hermanos, uno de 21 años y otra de 10, y yo, que tengo 18.

Tenemos un perro llamado Kaiser de raza Parson Russell Terrier y que tiene 10 meses. Es un perro que se utiliza para la caza, especialmente para la búsqueda de madrigueras de zorros. Estos perros pueden convivir en un piso, pero es recomendable que éste tenga un patio o una terraza grande, ya que es un perro muy activo y necesita correr para quemar su gran energía. Son perros ideales para niños, porque siempre están dispuestos a jugar. Estos tienen una gran agilidad para realizar saltos y alcanzar grandes velocidades.

Nuestra intención era corregir los comportamientos de Kaiser. Para ello, hablamos con su veterinario. Él nos dio muy buenas referencias de Ken Sewell, y entonces contactamos con él y concretamos un día para comentar como se desarrollaría el adiestramiento.

El primer día que Ken llegó a casa, hablamos un poco de cuáles eran los comportamientos que queríamos corregir. Entre ellos, el más importante era que no sabía jugar sin controlar su mordida, y nos hacía daño. Para ello, Ken, nos dio una solución rápida que no sólo servía para que dejara de morder, sino que también servía para controlar las cosas que no queríamos que hiciera. El método consistía en lanzar una cadena de metal fina al lomo de Kaiser y a la vez decir rotundamente "No", en el momento que está haciendo la acción no permitida. Kaiser automáticamente tiene que dejar la acción y irse asustado a un rincón. Segundos después se debe pronunciar su nombre rotundamente, y a continuación hablarle con cariño para que acuda a nosotros y entonces acariciarlo. Esto sirve para que él entienda que lo que ha hecho no debe hacerlo, pero que a pesar de ello lo sigues queriendo.

Primero, Ken, nos hizo la demostración con un objeto que no queríamos que cogiera, como por ejemplo un calcetín. Repartió 3 o 4 calcetines por el comedor. Automáticamente, Kaiser se lanzó a cogerlos y en ese momento le lanzó la cadena y realizó todo el proceso explicado anteriormente. El perro reaccionó tal y como él nos había dicho y nos quedamos pasmados. A continuación, Kaiser se movía por el comedor sin tocar ni un solo calcetín, es más, pasaba lo más lejos posible de ellos.

Nos explicó como teníamos que realizar el proceso para que dejara de morder. Empezaría mi hermana pequeña, que era la que tenía más miedo. Sólo tuvo que lanzarle la cadena dos veces para que dejara de morderla. En ese momento, era la única que se sentía respetada en casa. Entonces, lo fuimos haciendo cada día uno de la familia, porque nos aconsejó que todos el mismo día no sería conveniente, ya que el perro podría sentirse sometido a demasiada presión en un solo día.

También nos explicó como se había de premiarle cuando queríamos que hiciese alguna cosa o cuando hiciese alguna cosa bien hecha, como por ejemplo, orinar dónde nosotros deseamos. Consiste en darle algo de comida de su agrado y a continuación felicitarle y hacerle fiestas.

Un hecho curioso y que nos lo supo explicar Ken fue que el primer día que empezamos el adiestramiento, en el momento que Ken nos hizo la demostración del proceso para que Kaiser

Kaiser

Kaiser

dejara de hacer lo que no debía, minutos después Kaiser se colocó a su lado como si el fuera su amo y no se separaba de él. Nosotros no entendíamos que una persona que acababa de llegar pudiera ganarse el cariño del perro en tan poco tiempo, dándonos la sensación de que él era su amo. Entonces, Ken, nos explicó el porqué de ese comportamiento. Nos explicó que los perros necesitan a su lado una persona que les haga sentirse seguros y que sea superior a ellos. Y por ello, Kaiser sentía que a su lado estaba protegido, ya que Ken, para él, era el más fuerte.

Hoy por hoy ya no necesitamos lanzarle la cadena, ya que él ya sabe lo que debe y lo que no debe hacer. Y si hay alguna cosa nueva que no queremos que haga, con un simple "No!" ya deja de hacerla.

Ken nos enseñó una cosa muy importante: a los perros no hay que tratarlos con agresividad para que obedezcan, hay muchos métodos para educar un animal sin tener que agredirlo físicamente. Nosotros, ahora, tenemos un perro obediente, listo, alegre, cariñoso y muy divertido. Kaiser ha sabido sacar toda la ternura de cada uno de nosotros y hemos podido comprobar que un perro bien educado es más feliz y hace más felices a los que le rodean.

LUCAS

Hola a todos. Somos un matrimonio con una hija, Mercedes, Javier y Laura vivimos en un pueblo costero de la provincia de Barcelona, "Montgat". Hace un año y tres meses entró a vivir con nosotros Lucas, un bichón maltés el cual nos regaló una señora ya que su perra había tenido camada. Nos costó bastante tomar la decisión de tener en casa otro perro, ya que no hacía mucho se nos había muerto un Shih-Tsu muy jovencito de unos ataques epilépticos, y como toda la familia lo habíamos pasado tan mal no queríamos volver a pasar por otro caso parecido, pero al final después de deliberar mucho, aceptamos a integrar en la familia a Lucas. Con sólo 2 meses ya estaba con nosotros y como supongo la mayoría de cachorros era muy tranquilo, sólo comía, dormía y poco a poco empezaba a ratitos a jugar con nosotros. Lucas fue creciendo rápidamente, comía muchísimo y cada vez más extendía el tiempo de su juego. Poco a poco nos fuimos dando cuenta que el temperamento y los modales en



Foto de Lucas

general de Lucas, no se parecían en nada al Shih-Tsu que habíamos tenido, ya que éste era un trozo de pan y muy tranquilo.

Íbamos preguntando a gente que tenía bichones sobre el nerviosismo y comportamiento de esta raza y la mayoría coincidía con las cosas que hacía Lucas. Ladraba a todas horas dentro y fuera de casa, sus nervios le llevaban a estar mordiéndonos las manos cuando querías jugar con él (eso sí, sin clavar los dientes). No controlaba sus necesidades del todo, pasear con él por la calle era difícil ya que a cualquier perro, fuese grande o pequeño, se le abalanzaba y ladraba hasta la saciedad, unos madrugones tremendos y toda la familia en pie pues era un no parar. En fin un comportamiento que pasado un año de edad no se corregía, incluso en algún momento puntual nos llevó a pensar regalárselo a alguien.

Muy cerca de un comercio que tenemos en Badalona, hay una tienda de animales y peluquería canina donde siempre llevamos a Lucas a bañar. Un día después de una conversación con los propietarios sobre el comportamiento del can, nos habló de un adiestrador muy conocido. Ellos tenían buenas referencias por

Lucas

Lucas

otros clientes que habían contratado los servicios de Ken Sewell, que así es como se llama el adiestrador. Rápidamente nos pusimos a indagar por la red quien era este señor, que hacía, sus métodos y resultados. En realidad, después de recabar información vimos que estábamos delante de alguien que era más que un adiestrador de perros.

En primer lugar nos pusimos en contacto por teléfono, explicando cuales eran nuestros problemas con Lucas y manteniendo una charla amena. Seguidamente nos citamos con Ken en nuestro domicilio para conocernos, hacer un intercambio de opiniones y sobre todo para que él viese de primera mano la actitud de Lucas. El primer encuentro, fue un puro estudio de Ken, no sólo hacia Lucas si no también de los miembros de la familia, observando y preguntando por un montón de cosas. Resumiendo, nos convenció que todas esas actitudes de Lucas las iba a corregir dentro del tiempo estipulado de 2 semanas.

Llegó el primer día de adiestramiento. Ken tomó la decisión de empezar a corregir lo que hacía mal dentro de casa. Empezó por los ladridos, haciéndolo callar cuando ladraba tirando cerca una pequeña bombeta seguido de un fuerte grito. Fue increíble, el can lo captó a la primera y dudaba en volver a ladrar. A la 2ª y 3ª bombeta, Lucas acabó captando el mensaje y sólo ladraba de tarde en tarde y con mucha menos intensidad. En realidad, como nos explicaba Ken, más que adiestrar al perro, enseña a los dueños a cómo se tienen que comportar delante de las cosas que no queremos que haga nuestro perro.

En siguientes sesiones, empezamos a salir a la calle. Ken propuso que primero teníamos que enseñarle a andar a nuestro lado correctamente, para ello nos recomendó un collar metálico para el cuello. Este punto se nos hizo un poco difícil, ya que la coordinación de la posición de los brazos, manos, de las órdenes, de los tirones de correa cuando no obedecía el perro, parecía fácil cuando lo hacía Ken pero la verdad es que fue la parte más complicada del adiestramiento. Fuimos ganando un poco de experiencia en este campo y Lucas poco a poco se iba dejando dominar, con lo cual pasamos a la fase de pasearlo delante de otros perros a ver cual era su respuesta.

Era de esperar, al pasar por delante del primer perro, Lucas tiraba hacia él, ladrando sin parar. Ken puso en práctica otro de sus

métodos, lanzándole una pequeña cadena, junto con un grito cada vez que el can se comportaba de esta manera. En realidad esto fue muy chocante, ver como tu perro se queda inmóvil delante de otro perro, sin ladrar, sin tirones, incluso sentado delante del otro, todo por una pequeña cadena y un grito. Antes no se callaba le hicieses lo que le hicieses.

Básicamente lo que entendimos en general hasta el último día de adiestramiento con Ken, es que todos los métodos que la gente vulgarmente conoce para prohibir, obligar o someter a un animal son nulos o poco efectivos. Todas las acciones, preguntas y respuestas tienen un porqué, y eso es lo que la mayoría desconocemos.

Desde que Ken acabó el adiestramiento de Lucas, todo su comportamiento ha cambiado notablemente. En casa rara vez ladra, tampoco dentro del coche a la hora de viajar, sabe caminar bien a tu lado, esquiva al máximo el enfrentamiento con otro perro, duerme mucho más tranquilo y más horas. Eso sí, las normas y métodos de Ken siguen estando presentes y deben continuar, al perro no se le puede dar tregua, no se puede ni debe bajar la guardia, si el perro te gana en tus decisiones estas perdido.

NOA

Somos una familia de tres miembros y residimos en un piso en Barcelona, situado entre los barrios de Sagrera y el Clot.

Noa es una preciosa Yorkshire Terrier de 5 años y medio. La compramos con apenas tres meses de edad, y ha estado siempre con nosotros. Es el segundo Yorkshire que tenemos, por lo que ya conocíamos el carácter de esta raza. Como buen Yorkshire le gusta estar siempre acompañada de alguien de la familia y saberse centro de atención. En casa mantenía un carácter dócil y agradable, pero el salir a la calle, a pie, andando o en coche eran situaciones de lo más desagradables.

Hasta ahora Noa hacía vida de “perro faldero”, siempre en casa. No la habíamos relacionado con la calle, ni con otros perros. Al sacarla en brazos a la calle, se ponía muy nerviosa, no dejaba de jadear, acompañado de un fuerte y desagradable carraspeo. No

Noa



Foto de Noa

Noa

paraba quieta y los que acabábamos nerviosos éramos nosotros. Si bajaba con correa, el animal no sabía caminar junto a nosotros y tiraba hacia delante continuamente, siempre acompañado de los citados jadeos y carraspeos. Cuando la subíamos al coche, siempre tenía que ir en el asiento delantero derecho, y con gran tendencia a querer pasar al asiento del conductor, con el riesgo que eso implicaba. A la hora de bajarse alguien del vehículo, bien por haber llegado a destino o simplemente para comprar la prensa, el simple gesto de quitarnos el cinturón de seguridad o hacer intención de descender del mismo era una tortura: la perra ladraba descontroladamente y empezaba a ir de un lado para otro. Habíamos tenido incluso que renunciar a viajes y vacaciones por la problemática que suponía llevarnos a Noa con nosotros. Y en casa, cuando recibíamos una visita, tanto de personas conocidas como desconocidas para ella, eran recibidos a base de ladridos escandalosos. Estaba claro que Noa no quería a nadie en su territorio.

Supimos de la existencia de Ken a través de nuestro veterinario habitual en St Quirze del Vallès. Ken hizo una primera visita para conocer a Noa, y estudiar las posibilidades de éxito de su caso. Temíamos que el hecho de que ya no fuera un cachorro pudiera ser un problema. Aunque difícil, no dio el caso por perdido.

Acompañada en todo momento de Ken y de nosotros, el programa consistió en 6 sesiones de una hora, repartidas entre los focos del problema: casa, calle y coche. En la calle no solo aprendió a caminar de modo correcto, sino también a comportarse, a estarse quieta en la terraza de una cafetería, sin que el hecho de que uno de nosotros tuviera que levantarse supusiera un escándalo en la vía pública.

Del mismo modo aprendió que en el coche, su lugar está en el asiento de atrás, (de momento debidamente sujeta con su propia correa), y que no pasa nada si alguno de nosotros tiene que bajar o salir. Y en casa, cuando recibimos visitas, ya no ladra en absoluto.

Cuando empezamos el programa albergábamos serias dudas acerca de los resultados. Noa tenía muy adquiridos sus pequeños vicios. En general la mejoría ha sido sustancial.. Lo que lleva más atrasado es lo del jadeo y carraspeo al andar por la calle, pero suponemos que con el tiempo también irá mejorando. Deberíamos haber llevado a cabo este programa mucho antes.

PABLO

Somos una pequeña familia y vivimos con nuestra hija de cuatro meses en un piso en el centro de Barcelona. Nuestro perro es un 'gos d'atura' y se llama Pablo. Jutta lo aportó a la familia, el perro hoy tiene once años y ha pasado toda su vida – desde las cinco semanas – con ella.

Los 'gossos d'atura' tienen fama por su inteligencia, afecto con los demás, y de sus ganas de trabajar pero también por su instinto de vigilancia y desconfianza con la gente que no conoce. Poco a poco, las características menos agradables que puede tener este perro encantador se iban agravando. Quizás el nacimiento de la pequeña hizo la situación aún más tensa. De todas maneras llegó un día que nos dimos cuenta que nuestro perro encantador

Noa



Foto de Pablo

Pablo

se había transformado en un tirano de tamaño medio. No dejaba entrar a la gente que no parecía querer ver en casa, tiraba de la correa y ladraba como un salvaje en la calle, corría detrás de la gente y les asustaba, gente que iba en bici o simplemente caminaba por ahí tranquilamente. En total, ya sabíamos que le faltaba la señal clara de que mandábamos nosotros y no él, pero parecía que no había manera de comunicárselo.

Encontramos el folleto de Ken en una tienda de animales (Santa Anna). Como ponía en el folleto que Ken se veía capaz de solucionar c-u-a-l-q-u-i-e-r problema de comportamiento canino pensamos que quizás no fuera verdad, pero como ya no sabíamos que hacer y nuestro idilio de pequeña familia con perro se había convertido en una situación pesada con un auténtico monstruo, tampoco perdíamos nada en llamar y preguntar.

Pablo

Enseguida fijamos una fecha para conocernos con Ken. Hicimos una lista de los malos comportamientos de nuestro perro que llenaban una página DIN A 4 entera – tirar la correa, saltar encima de la gente, ladrar cuando no toca, marcar incluso hasta morder... y a Ken le pareció esta lista de terror cotidiano simplemente perfecta para ir comprobando ya dentro de unos días como la situación iba a mejorar. Teníamos dudas, pero a la vez parecía que este señor sabía perfectamente de que hablaba y lo que iba a hacer. Parecía de fiar y despertó nuestra curiosidad.

En los primeros encuentros, hubo unos momentos un poco más dramáticos entre Ken y el Pablo, que estaba tan fuera de control que necesitaba unas señales muy explícitas que esto de hacer el salvaje por casa y por la calle se había acabado. Luego fue todo muy fácil. El resumen de nuestro punto de vista sería hoy: Aquí mandamos nosotros, y el perro se puede relajar y sentirse protegido. Para esto hay que darle al perro señales coherentes y muy claras, lo que se puede conseguir con unos cuantos trucos básicos, y, también, algunas veces hay que acordarse de que el perro no piensa. Es un perro. Tiene su propia manera de ver el mundo y necesita señales claras y orientación de parte de sus amos.

Las ocho sesiones que al principio nos parecían poco para trabajar toda la lista, dieron suficientemente espacio para todo: las primeras sorpresas, primeros pequeños éxitos (nuestro perro que antes tiraba como un loco haciendo el “fuss” con cara de ángel... que agradable y que alegría), repeticiones de lo que acabábamos de aprender, acordarnos de nuevo, reflexionar e interiorizar el nuevo comportamiento de nuestra parte con nuestro animal que siempre habíamos querido tanto y que últimamente se había vuelto tan loco. Pero, ojo, unos meses después, de vez en cuando tenemos que acordarnos de la disciplina que hace falta de nuestra parte, que no volvamos a nuestra forma de actuar con él de antes del programa con Ken, porque enseguida puede provocar que él vuelva a sus anteriores malas costumbres.

¿Un perro de once años aún es capaz de aprender y de cambiar de comportamiento? Lo será todo el tiempo que sus amos tengan esta capacidad.

ROCKY



Foto de Rocky

Hola a todos. Mi nombre es Sabrina, tengo 11 años y soy la hija mayor de Alberto y Beatriz. Tengo un hermano de 5 años que se llama Miguel. Ambos estudiamos primaria en un colegio cerca de casa y pasamos todos los días de la semana entre el colegio, ballet, fútbol y, ¡por supuesto!, inglés. Mis padres por su lado, pasan buena parte del día en sus trabajos; así que no pasamos mucho tiempo en casa, pero cuando estamos allí lo aprovechamos para estar con nuestro perro "Rocky".

Desde muy pequeña pedía a mis padres un perrito y su excusa era: "vivimos en un apartamento, al mudarnos a una casa lo buscaremos". Hace algún tiempo, al mudarnos a una casa y como ya no tenían una buena excusa, pude convencerlos con la ayuda de mi hermano.

Entonces, mi padre se lo comentó a algunos amigos que conocen sobre perros y pidiendo consejos de que raza era la que mejor se adaptaba a nuestra familia y estilo de vida, decidimos que sería un Carlino el que más nos gustaba. Y así fue como una tarde al regresar del colegio, y por sorpresa, llegó a casa... ¡tan pequeñito!...no sabíamos en lo que nos estábamos metiendo.

Era una verdadera belleza, su color y con esa mirada, parecía una verdadera roca. Nos costó muy poco enamorarnos de él. Hasta mi madre, que no es muy dada a los animales, se encariñó con él muy rápido.

Llegó teniendo sólo un mes y medio y en un principio era muy gracioso que estuviera todo el tiempo mordisqueando y lamiendo, pero llegó un momento en el que no podíamos controlarlo. Mis padres son bastante estrictos y pensaban que Rocky no sería la excepción, pero casi logró con ellos lo que nosotros no podíamos, que tiraran la toalla.

Al recibir visitas siempre estaba tratando de mordisquearles o saltarles encima, los zapatos de goma con cordones eran sus juguetes favoritos y a mi hermano le atacaba a los pies cada vez que estaba cerca, debíamos encerrarlo para poder estar tranquilos a la mesa.

Salir a pasear con él era otro problema, porque una cosita de pocos kilos tiraba con tal fuerza que nos hacía daño en las manos y ladraba a cualquier otro perro que encontrábamos en el camino. Hasta que un día, al llevarlo a la peluquería, nos recomendaron a Ken y ha sido la mejor recomendación que hemos podido recibir.

Cuando conocimos a Ken nos sentimos, sobretodo, bien escuchados. Desde el principio entendió lo que necesitábamos aprender para manejar mejor a Rocky y considerando nuestras necesidades creamos un plan de trabajo que pusimos en práctica y mantenemos cada día.

Para empezar practicamos durante algunos días al lado de Ken. Corregía mi manera de llevarlo y poniéndonos de acuerdo al crear palabras claves, menos gritos y más actitud. Así hemos logrado que Rocky pueda salir a pasear sin llegar a ser una molestia para nosotros o para los demás y dentro de casa ya no muerde los pies, ni persigue los platos de comida.

Lo más importante que hemos aprendido es que debemos ser constantes y no dejar pasar ni un día sin practicar cada uno de los puntos que necesitábamos trabajar.

Rocky

SAMY



Foto de Sammy

Somos una pareja de 44 y 46 años, que compartimos nuestra residencia entre un piso de Barcelona, de noviembre a mayo, y una casa en Llavanes, el resto del año. Con nosotros, también viven dos gatos persas, un macho de 4 años y una hembra de casi 1 año. Nuestro perro es un samoyedo de 10 meses que se llama Sammy.

Contactamos con Ken poco antes de ir a buscar a Sammy. Hacía muchos años que sabíamos de él (ya habíamos tenido perro antes), por las consultas de veterinaria, aunque nunca habíamos utilizado los servicios de un profesional para ayudarnos a su educación.

El programa de educación constó de 8 sesiones de 45 minutos continuados a lo largo de la semana de lunes a jueves. Se realizaron en nuestro domicilio y mi trabajo que dispone de jardín. Sólo

la última sesión la pudimos realizar en la calle, al cabo de unos días, pues Sammy era muy pequeño y no había finalizado el período de vacunación. Se trabajó la obediencia, cómo poner límites y el inicio en el paseo con correa. Iniciamos el entrenamiento cuando Sammy tenía 2,5 meses, pues su conducta en casa así lo exigió a las dos semanas de llegar. Nos mordía (jugando constantemente), no dormía nada, y no respondía al “no” bajo ningún concepto.

El programa de entrenamiento se orientó a ponerle límites. Sammy debía aprender a saber qué era aquello que nos molestaba y que por tanto debía dejar de hacer, como mordernos, ladrar, ... o aquellas conductas que no eran correctas para la convivencia en casa o con los demás. Para intervenir sobre ello Ken nos hizo proveernos de una ligera cadena (se utiliza un collar de cadena de entrenamiento ligero). Dicha cadena se doblaba en varias partes, se guardaba en el puño y la consigna era llevarla encima para ser utilizada justo cuando aparece la conducta a corregir. Así cada vez que Sammy hacía alguna de estas conductas que queríamos eliminar debíamos tirarle esa cadenita a muy corta distancia sobre su lomo. A la vez, se le debía pronunciar con contundencia la palabra “no”. Pasados unos 15 segundos, se debían hacer las paces con el perro. Se le llama y se le acaricia. Esa acción le provocaba a Sammy un susto, no dolor y fue erradicando, de manera bastante inmediata, muchas de sus conductas desagradables.

Se nos aconsejaba repetir la experiencia, y por tanto, provocar al animal a que hiciese más veces la conducta a extinguir, para poder repetir la operación y consolidar así con mayor efectividad el aprendizaje iniciado. Conseguido eso el simple sonido de la cadena dentro del puño al moverla ya producía el efecto deseado, sin necesidad de lanzarla.

Otro aspecto que trabajamos fue conseguir que Sammy respondiese a mi llamada. Para ello, a diferencia de cómo pensaba no se utiliza el nombre del perro. Hicimos uso de la palabra “ven”. La instrucción fue que era muy importante combinar el tono y la inflexión de tu voz. Se empezaba con un “ven” en tono muy fuerte y contundente y rápidamente el cuerpo debía inclinarse en posición de recibimiento, hacia delante y decir, con suavidad, “muy bien”. Cuando Sammy venía era premiado inmediatamente con un trocito de fuet.

Sammy

Samy

Así fuimos consolidando acercamientos más sofisticados, como conseguir que Samy respondiese a mi llamada desde más distancia, o que al llegar se sentase, y se mantuviese así unos segundos. Y por último, aprendimos el paseo con correa. Nos aconsejó un collar de entrenamiento y la cuerda corta. El objetivo era conseguir que el perro fuese siempre a mi lado, teniendo en cuenta, como referente, que la mano que sujeta la correa debe quedar a la altura de las orejas.

El paseo se inicia con una palabra que determinamos, en mi caso fue “vamos”, y que se repetiría cada vez que interrumpiéramos la marcha y empezáramos de nuevo. La instrucción es que el perro no se puede parar durante la marcha, salvo que tenga alguna necesidad (rascarse, hacer sus necesidades,...), en caso contrario, se estirará de la correa hasta que siga caminando. Si avanzaba por delante, la consigna es la de darle un tirón seco, de delante a atrás. En caso, de que camine correctamente, la correa debe ir distendida. Es importante que el perro advierta la diferencia entre la tensión y distensión del collar alrededor de su cuello, como señal de la corrección o no de su conducta.

Samy fue y es muy rebelde en su conducta de paseo. Saltaba sobre la gente (para saludarla), y muchas veces sustituía el trote por el paseo. Hicimos una sesión en la que introdujimos el collar de púas con el mismo sistema descrito anteriormente. En caso de comportamientos rebeldes, que hubo de eliminar usamos el tiro de la cadena (del que ya hablamos también), para eliminar las conductas que queríamos eliminar. Fue bien, y más adelante, sólo el sonido de la cadena, fruto de moverla dentro del puño, produjo las consecuencias deseadas.

En general, nos ha parecido un programa sencillo de aplicar, y con mucho sentido común. Sus métodos de aprendizaje tiene una teoría detrás que los explica y los justifica, aunque Ken sabe aproximarlos a quien los hemos de aplicar de manera sencilla y clara. Hace lo difícil fácil. Al final, priva el sentido común, la prioridad de la constancia en la actuación (a poder ser, por toda la familia y en todo el tiempo). Poner los límites necesarios para la convivencia y ser constantes en ellos, ofrecen seguridad para el crecimiento feliz.

En estos meses también nos hemos ido cruzando con personas de diferentes profesiones, paseadoras, veterinarias,... de los que

hemos acumulado una serie de consejos, pienso yo más fruto de las modas de los programas de TV que del conocimiento real. Y bueno, podríamos explicar desde la famosa “maniobra del placaje” (mi perro acabó muy agresivo a la semana de utilizarla su paseador). Cada vez que Samy mostraba excitación (ladraba y se mostraba alegre, tenía además 7 meses, pero un cuerpo de 29 Kg), lo ponía con las patas para arriba y le sujetaba el cuello fuertemente con la mano (simulando los dientes de la loba madre, clavándole los dedos en el cuello). Lo aguantaba así inmovilizado hasta que dejaba de ladrar y moverse. El resultado es que cada vez se ponía más nervioso.

Otro consejo era que a un perro nunca se le puede saludar, ni darle muestras de afecto, pues ello les excita. Otra consigna es que bajo ningún concepto el perro puede pasar por delante de ti por una puerta, el significado es que el líder de la manada somos nosotros y el perro no debe olvidarlo. Y otra de un paseador es que el perro, si sale a pasear, no puede parar ni para hacer sus necesidades porque el objetivo es gastar energía y cansarse, no vale pararse.

Parece que nunca hasta ahora se ha hablado tanto de aprendizaje animal, se le ha puesto tantos nombres a esa profesión, se ha dedicado tanta gente y tan diversa y se han dicho tantos disparates.

Respecto al programa que nosotros hemos seguido, la parte más complicada siempre es la constancia, el hacer lo mismo cada día, el no bajar la guardia, el acuerdo entre todos los miembros de la familia que interactúan con el perro, en aquellas instrucciones básicas y aquellos límites que hay que poner. Eso también lo hemos aprendido, y desde luego no es sencillo, aunque es lo que puede acabar dando más seguridad a nuestro perro.

TOM

En nuestra familia siempre ha habido un perro, pero el año pasado después de un largo año de sufrimiento y muchos medicamentos se fue nuestro querido King. Mi abuelo disfrutaba muchísimo con él, y rápidamente la primera intención fue no querer otro perro, después de 15 años de convivencia inolvidable.

Tom



Foto de Tom

Como amantes de los perros que somos, finalmente, a los pocos días fuimos a buscar uno. Como éste iba a ser un cachorro, preferimos que estuviese en mi casa viviendo conmigo, en un piso en Barcelona, cerca de zonas verdes. Mi nombre es Marta y quien me cautivó desde el primer momento se llama Tom, ahora tiene 1 año y 5 meses y es la alegría de mi abuelo y la mía, claro está. Nuestro bulldog americano, es el pequeño de su camada, y los criadores (haciendo muy mal) lo separaron muy pronto de la madre y no adquirió la confianza, ni los conocimientos, que solamente una mamá perra puede enseñar a sus crías. Tom es casi albino y de contextura fuerte, genéticamente muy musculoso.

Así pues, Tom llegó a casa aterrado de miedo por la calle, la gente, los ruidos y los movimientos externos. Fuera de casa, era imposible de manejar, pues su reacción más primaria era la huida y el arrastre hasta llegar a la puerta de casa y jeso que en ese entonces pesaba 8 kg, ahora está en más de 25!

Esto fue un inicio muy difícil, sobre todo cuando esperas de un cachorro justamente lo contrario, que sea extrovertido y juguetón, que se vuelva loco por ir a la calle, entre otras cosas.

Hay que decir que aprendió muy rápidamente que la calle era el lugar para hacer sus cositas y que en casa mejor no se puede portar.

Así que era una lucha interna muy importante para mí. ¿Cómo reaccionar?, ¿Qué hacer? Un día, tras la desesperación, en la tienda de animales donde suelo ir, vi un letrero sobre Ken, y pregunté. Ken llegó a nuestra vida pocos días después.

Así que empezamos el adiestramiento, el dominar a Tom en la calle, a aprender, sobretodo yo, a dirigir, estar cien por cien pendiente de él, a anticiparme a sus reacciones, a llevar la correa. Me quedaba sorprendida de ver que podíamos entrar entre masas de gente, y Tom obedecía a la perfección mis órdenes a pesar de los agentes externos. Y más sorprendida todavía, de pensar que yo, al tener perro desde siempre, ya estaba enseñada!

A pesar de que su miedo no ha desaparecido, hemos podido ver que está mucho mejor. También hemos llegado entre todos a la conclusión que el separarlo tan pronto de su madre, ha ayudado a que él no haya madurado lo usual. Todavía se agacha para hacer pis, aunque algún día sí nos sorprende con algún intento de "levantar la patita".

Ir a la calle todavía es un reto. Si vamos en manada (más de dos personas), Tom va perfecto, pero si va solo conmigo o con alguien de la familia, y oye o siente miedo por algo en concreto, sigue siendo difícil reconducirlo a nuestra órdenes y evitar la huida, con el agravante de su fuerza y su peso. Aún así, estoy muy orgullosa de Tom y hay que decir que, aunque sea más difícil que el resto de perros, es mi perro y eso lo vale todo.

Jamás se ha tirado al ataque, ni se ha enfrentado a ningún perro, al contrario, es muy sociable con los demás animales y cuando coincide con sus amigos del parque o de la plaza, es muy feliz.

Podéis ver en la foto que perro más guapo y maravilloso tenemos en nuestra familia.

Tom

TRO



Foto de Tro

Hola, tengo 11 años y vivo en Barcelona, en el barrio de Gracia, junto con mi hermana, mi madre y mi padre- Hace 6 años que estamos viviendo juntos los cuatro en esta bonita casa que hemos puesto a nuestro gusto particular.

Al perro no lo queríamos tener porque pensábamos que nos destrozaría los objetos valiosos y nos estropearía la casa mordiendo los muebles... Tampoco queríamos dejarlo solo durante 8 horas al día mientras mis padres trabajan y mi hermana y yo íbamos al cole.

Pero, por otra parte, lo queríamos dando vueltas por casa y posiblemente lo necesitábamos, ya que a mi hermana hacía un mes que un perro (cocker) le mordió el culo y a mi me daban mucho miedo. Creíamos que era necesario pasar por esta experiencia porque nosotros dos (mi hermana y yo), pudiéramos perder el miedo a los perros.

La hija de un compañero del trabajo de mi padre, que ya tienen un perro en casa (samoyedo), se encontraron un perro abandonado en la calle. Ella, muerta de pena se lo llevó a su casa y su padre, o sea, el compañero de trabajo de mi padre, se lo explicó a mi padre. Lo hablamos toda la familia y aceptamos adoptarlo.

El perro que tenemos dando vueltas por casa, es un perro muy guapo de cara. Es mestizo. Es un animal muy cariñoso y animado. Le gusta mucho jugar con nosotros, los amos. Le quitamos cosas de la boca en juegos de hacer fuerza. Es un perro que nos lo dieron con un mes y medio, y ahora, con cuatro meses y una semana y media que tiene, pesa casi veinte kilos. Tiene el pelo de color negro y atigrado con pequeñas rayas de color marrón. El pecho y las cuatro patas las tiene de color blanco. Tiene unas orejas grandes y caídas acompañadas de un morro alargado. Tiene una cola muy larga y cuando juega o está muy contento, da unos coletazos que a veces hacen un poco de daño. Es muy tozudo y a veces no nos hace caso.

Cuando fuimos al veterinario de al lado de casa, nos recomendó que contactásemos con el educador de perros Ken y, al día siguiente, unos amigos nuestros también nos lo recomendaron. Entonces llamamos a Ken para que nos prestara sus conocimientos sobre la educación del perro para que no nos saliera un perro maleducado.

Yo y mi familia, trabajamos con Ken durante cuatro días. Nos preguntó que qué nos molestaba y no queríamos que el perro hiciera. Entonces nos dijo que le creáramos emboscadas al perro en aquello que no queríamos que hiciera y que, cuando lo hiciera, le lanzáramos una cadenita metálica en el lomo, que no hace daño, pero el ruido estridente impacta en el perro y él se lo toma como una amenaza más grande de lo que queremos que él haga. Al cabo de 15 segundos, le damos besos y fiesta porque no piense que no le queremos, sólo que molesta. Lo que me ha enseñado, es que los perros no piensan, asocian. Entonces, entre la familia, le tenemos que ir haciendo emboscadas para que no se comporte como no deseamos.

Yo, al principio de programa y cuando adoptamos al perro, pensaba que no lo podría superar, pero era un reto para mi. Sentía que nadie me entendía y creía que en cualquier momento, el perro se podría rebotar y atacarme (lo tenía metido en la cabeza). Pero gracias a todos y sobretodo a mi padre fui haciendo pruebas e intentado cosas hasta que he perdido el miedo.

No es fácil, pero recomiendo que se tiene que intentar y conseguir. Espero que os sirva de ayuda lo que a mi me ha pasado.

Tro

Tro

capítulo 10

Resumiendo
conceptos...



Resumiendo conceptos

La última alumna que tuve antes del verano de este año acababa su curso individual durante la primera semana de julio y yo me disponía a hacer las sesiones de educación a domicilio que quedaban pendientes hasta fin de mes en solitario. Pero no iba a ser así, porque recibí una llamada telefónica de un joven de dieciséis años llamado Jordi, quien preguntaba si podía hacerme una entrevista. Estaba a punto de comenzar su proyecto de fin de bachillerato sobre el comportamiento canino.

Como nunca tengo horas libres entre semana, le dije que estaría encantado de atenderlo pero que la única opción sería a primera hora del siguiente lunes. Le planteé la posibilidad de llevarlo a las sesiones conmigo todo el día para poder hacer la entrevista durante los desplazamientos en coche. La idea le pareció bien.

Cuando llegué al lugar convenido, me estaba esperando... y a las pocas horas me había causado tan buena impresión que pregunté si le podía servir de algo acompañarme durante el resto del mes. Recuerdo que se puso muy contento y el resultado de aquellas tres semanas compartidas se presenta a continuación.

Aunque Jordi es una persona puntual, educada... en fin, de una corrección absoluta... fueron sus preguntas y observaciones las que me hicieron pensar en sugerir la publicación de su trabajo. Él comprende perfectamente mi filosofía, se expresa con claridad y me convencí de que, igual que en el capítulo anterior, un testimonio imparcial aportaría una mayor objetividad a la síntesis final del libro. En este caso, tampoco he pedido modificaciones en el texto original.

Quiero darle las gracias a mi joven colaborador por haber accedido a la petición de permitir que vieran la luz sus impresiones acerca de mi manera de trabajar y también felicitarlo por la nitidez y perspicacia con las que ha desarrollado el tema.

Tu y yo nos volveremos a encontrar en el epílogo. Mientras tanto, espero que disfrutes de un buen análisis, llevado a cabo por una persona muy incisiva. Encontrarás muchos temas que ya hemos tocado y algunos nuevos... un resumen bien entretenido.



Conducta y Psicología Canina

por Jordi Vergès

INDICE

1. Introducción
2. Objetivos (hipótesis y metodología)
3. Orígenes
 - 3.1. Origen y evolución
 - 3.2. Adaptaciones de los cánidos
 - 3.3. Función del lobo en un ecosistema
 - 3.4. Estructura de la manada y etapas de desarrollo
 - 3.5. Encuentro del hombre con el lobo
 - 3.6. Las razas caninas
4. Lenguaje
 - 4.1. Los sentidos
 - 4.2. Las señales de calma
5. Obediencia
6. Refutación de hipótesis
7. Anexos
 - 7.1. Entrevista a Ken Sewell
 - 7.2. Resultados de la encuesta
8. Conclusiones
9. Agradecimientos
- Bibliografía

Conducta y Psicología Canina

por Jordi Vergès

1. Introducción

¿Qué podríamos decir de los perros? Estos animales, desde hace muchos años, han estado siempre al lado del hombre, pero ¿por qué? ¿Por qué siempre se ha dicho que el perro es el mejor amigo del hombre? Por algo será y revelar la respuesta es uno de los objetivos de mi trabajo de investigación.

Soy un amante de la naturaleza y sobre todo de los animales. Entre la gran cantidad de temas para escoger decidí elegir el del comportamiento animal ya que ha tomado fuerza en los últimos años y por la curiosidad que me despierta. Quería un tema que me motivara a trabajar y que pudiera encontrar información y profesionales relacionados con el tema con facilidad y pensé que el comportamiento y la psicología de los perros era el tema más adecuado para mí. Elegí precisamente los perros porque creo que es el animal con el que el ser humano se ve más identificado.

La mayor parte de los conocimientos adquiridos para la elaboración del trabajo han sido gracias a un adiestrador que encontré. Vi que impartía unos cursos sobre el tema y quise apuntarme, pero ya no quedaban plazas y le dije que era un estudiante de bachillerato que estaba realizando un trabajo sobre el comportamiento canino y muy amablemente me propuso pasar unos días con él para ver cómo hacía su trabajo y cuáles eran sus métodos

para enseñar a los perros y a sus propietarios. Ante una oferta como ésta no pude negarme y ese fue el comienzo de tres semanas llenas de experiencia y conocimientos de este incomprendido y complicado mundo. Digo incomprendido y complicado porque son unas de las conclusiones a las que he llegado ya que hay mucha gente que no piensa que un adiestrador sea la mejor forma de educar a un perro y eso lo he podido ver con mis ojos durante las terapias que realizaba por Barcelona y alrededores y porque parece un mundo fácil cuando, de hecho, es más rebuscado de lo que parece por la divergencia de opiniones y la falta de comunicación entre profesionales.

Aparte de estas tres semanas, he leído libros muy interesantes y he asistido a una conferencia sobre la teoría de la dominancia para profundizar más en el tema.

Como he comentado antes, no hay comunicación entre profesionales y esto provoca una especie de lucha interna por ver quién tiene razón y quién no. Los llamados etólogos (profesionales reconocidos por un título universitario) poseen los conocimientos teóricos y muchos adiestradores han temido o han estado en contra de los conocimientos teóricos de los etólogos. Por tanto, nos encontramos con profesionales con conocimientos teóricos y sin experiencia y profesionales con experiencia pero sin conocimientos teóricos. También he de mencionar que la experiencia no es ninguna prueba de calidad y que el poseer conocimientos teóricos no demuestra que sean verdaderos y correctos. Dicho esto, puedo mencionar dos ejemplos de técnicas que no son correctas y su explicación:

“A un perro dominante no se le puede permitir que pase por una puerta antes de ti”

Este consejo no es correcto porque está basado en la falsa creencia de que el lobo alfa es quien guía el grupo, cuando de hecho el grupo es guiado por el lobo que más conoce el terreno, el camino por donde pasan o que sabe donde hay comida.

“A un perro dominante se le debe hacer sentar antes de darle una golosina”

Cuando haces sentar al perro antes de darle una golosina sólo invitas al animal a participar en un ritual voluntariamente y eso no

tiene nada que ver con que deje de ser dominante. Simplemente se sentará para conseguir la golosina y continuará con el mismo comportamiento.

Ésta y muchas cosas más son las que he aprendido durante el trabajo y me gustaría explicar también la idea fundamental del método de Ken Sewell, el adiestrador que conocí. Él se basa, tanto para inhibir comportamientos indeseados como para enseñar las órdenes básicas a un perro, en la idea de la mínima intervención necesaria y la mínima molestia necesaria. Esto quiere decir que, para conseguir lo que queremos con el perro, le tenemos que demostrar que no le conviene hacer lo que hace o no obedecer a las órdenes provocándole una mínima molestia (con ruidos o con un contacto físico) con una intensidad adecuada. La intensidad nos la marcará el perro. Si la intensidad es demasiado baja, el perro continuará reproduciendo el comportamiento indeseado o continuará no obedeciendo a las órdenes y, si es demasiado fuerte, estaríamos castigando y maltratando al perro, que no debe hacerse nunca.

Mucha gente estaría en desacuerdo con este método (por las razones que antes he dicho de la falta de comunicación entre expertos) porque implica molestar al perro y ante eso está la alternativa del método positivo, donde no hay ninguna molestia pero se basa en educar al perro a partir del estómago.

En cuanto a la pregunta del comienzo, la respuesta es que el hombre se siente identificado con el perro porque tenemos un origen común en la caza y la jerarquía y las dos especies son gregarias. El hombre se siente identificado con el perro y eso en cierto modo puede desencadenar un problema que es el de reconocer mecanismos humanos en los perros cuando de hecho es imposible, ya que no tienen el cerebro que nosotros tenemos. También nos sentimos atraídos por estos animales por el aumento de carencias afectivas en la sociedad actual e intentamos suplir el amor y la estimación que nos falta a través de esta mascota.

Una de mis hipótesis antes de hacer el trabajo era que la psicología canina era mucho más compleja de lo que pensábamos y ahora me doy cuenta de que es mucho más sencilla de lo que pensamos y, de tan sencilla que es, nos cuesta interpretarla. Por eso da la sensación de que es compleja. Incluso llegamos a

pensar que los perros nos entienden, pero en realidad sólo entienden una minoría de las cosas aunque sí se ha comprobado que pueden aprender en torno a unas 150 palabras aproximadamente.

Este trabajo pretende ser una mirada general en el comportamiento del perro, sus orígenes, aprendizaje y manera de comunicarse. Por tanto, permite descubrir todo aquello que no sabíamos de nuestro mejor amigo, el perro.

2. Objetivos: hipótesis y metodología

Mi trabajo no pretende fijarse en un perfil de trabajo de investigación concreto. Lo que quiero es enfocarlo desde diversos puntos de vista para obtener información variada y veraz. Mi metodología se centra en buscar la información de los perfiles siguientes:

Perfil antropológico: Una parte de la información la obtendré de fuentes humanas; es decir, preguntaría a profesionales en el tema como etólogos, educadores caninos, veterinarios, propietarios de perros; realizando entrevistas (los profesionales) y encuestas (los propietarios).

Perfil observatorio y descriptivo: También tengo previsto dedicar tiempo a la observación de los comportamientos caninos en parques, perreras o protectoras y, si puedo, en clases de adiestramiento.

Perfil de citas bibliográficas y comparación o contraste de diferentes autores: Leeré libros que tengo y de diferentes bibliotecas sobre el tema de diferentes autores para compararlos y contrastarlos con la información obtenida por los profesionales y para obtener más información sobre la materia. También haré lo mismo con páginas Web.

El trabajo intentará confirmar o refutar las hipótesis siguientes:

- La psicología canina es mucho más compleja de lo que nos imaginamos.
- Los perros tienen un sistema de comunicación oral y corporal como los humanos, pero simplificado.

- Como son seres vivos inteligentes, pueden tener problemas psicológicos como los humanos.
- Muchas veces los problemas de conducta no son por culpa del perro, sino del propietario.
- La castración puede ser una solución correcta y eficaz para muchos problemas de conducta.
- Dentro de un grupo de perros existe una jerarquización.
- La utilización de materiales puede ser positiva para el desarrollo canino.

3. Orígenes

3.1. Origen y evolución

Durante el estudio del comportamiento de una especie como es el perro, se debe tener en cuenta que el perro es fruto de una selección artificial, una selección realizada por el hombre. El estudio del perro conlleva la dificultad de las alteraciones conductuales de esta selección artificial y, por tanto, debido a la variedad de comportamiento del perro, debemos conocer la conducta de su antecesor: el lobo en estado salvaje.

Tanto el lobo como el perro son cánidos y, por lo tanto, carnívoros. Se alimentan de carne y son depredadores. Los antepasados de los cánidos aparecieron en América del Norte hace unos 37 millones de años, durante el Oligoceno del período terciario. El Eucyon apareció hace unos 6 millones de años y sería la especie que daría lugar a todos los cánidos actuales. El Eucyon, que se encontraba en América del Norte, atravesaría el Estrecho de Bering y se extendería por Asia y Europa y evolucionaría hacia otras especies como el lobo, *Canis lupus*, y volvería de nuevo hacia América del Norte para dar más especies y subespecies, hace unos 3 millones de años. Al encontrarse en otro entorno con un clima y unas condiciones diferentes, la selección natural pudo actuar y permitir esta evolución.

3.2. Adaptaciones de los cánidos

Para entender el comportamiento de los cánidos, tenemos que saber cómo se adaptaron a su medio y, por lo tanto, cuáles

fueron las adaptaciones o cambios morfológicos que les permitieron la adaptación y la supervivencia.

Los cánidos son animales generalistas, muy adaptables, oportunistas y que, a pesar de ser carnívoros, pueden adoptar un régimen pseudo-omnívoro. Son animales muy poco especializados y se podría decir que son especializados en la no especialización, ya que tienen unas características que les permiten vivir en muchos entornos diferentes. Los lobos y los perros tienen la misma fórmula dentaria y han desarrollado muelas que, aparte de ser cortantes, también son planas para poder masticar alimentos de origen vegetal. Esto demuestra su adaptabilidad a los oportunistas regímenes alimenticios.

Como son depredadores, deben sujetar y sacudir sus presas y han desarrollado una musculatura del cuello muy poderosa. También deben cazar sus presas antes de comérselas y deben perseguirlas y atraparlas. Los cánidos primitivos eran plantígrados, es decir; apoyaban su peso en la planta de los pies y evolucionaron a digitígrados, que apoyan el peso en los dedos. Este cambio les proporcionó una mayor velocidad para perseguir las presas juntamente con una caja torácica ancha y la inserción de los músculos del diafragma más abajo que en otros animales, que les proporcionó un ritmo regular de carrera. La cola, durante la carrera, les sirve de estabilizador aparte de servir en funciones comunicativas.

El lobo presenta un pelaje con doble capa que mantiene la temperatura corporal y retiene el calor. Esta es una característica que le permitió sobrevivir en entornos gélidos como Alaska y Siberia.

3.3. Función del lobo en un ecosistema

El papel del lobo en un ecosistema es muy importante. Su papel es el de regulador del equilibrio natural. Si las poblaciones de este cánido se mantienen sanas, funciona como regulador de poblaciones de especies que pueden convertirse en plagas y que forman parte de su dieta. El lobo se alimenta de muchos herbívoros que, si no son cazados por ningún depredador, prosperan mucho y pueden llegar a ser un peligro para la vegetación de la zona.

El lobo caza antes los animales débiles y enfermos y ello contribuye al saneamiento de la población de herbívoros y se consigue un equilibrio entre depredadores y presas.

El lobo, como es oportunista, si encuentra carroña no la desaprovecha y le sirve como complemento nutricional, pero no debemos perder nunca de vista que son animales depredadores, diseñados para cazar. Cuando el hombre entra en su ecosistema, surge el problema. Los lobos se aprovechan de los recursos de los humanos y este paso hacia la necrofagia fomentada por los hombres puede influir y trastocar la orientación trófica (las preferencias alimentarias) y su conducta. Si el lobo fuera un animal necrófago, no tendría sentido ecológico su supervivencia, ya que la razón de ser de cualquier especie se encuentra en el mantenimiento de su condición.

3.4. Estructura de la manada y etapas de desarrollo

El lobo es gregario: es decir, vive en grupo ya que es una estrategia útil para poder sobrevivir. Permite la defensa y la localización de comida y agua. Pero exige una limitación de la libertad de los individuos.

La base social de la manada es la pareja reproductora, que mantiene una relación monógama durante unos tres años. Practican la poligamia serial. Muestra de esta poligamia es la diferencia de tamaño entre machos y hembras que viene dada por la necesidad de defender de otros machos el acceso a las hembras. También hay excepciones a este modelo: un macho y dos hembras, un macho con su hijo y una hembra, un macho y una hembra con su hermano, etc.

De la pareja reproductora surgirán los cachorros o lobeznos. Suelen nacer de cinco a seis lobeznos a principios de primavera para poder cubrir sus necesidades nutricionales y de este modo ya pueden ir a cazar antes de que llegue el invierno.

Los lobeznos se quedan junto a sus padres entre 10 y 36 meses (54 meses máximo tiempo registrado) y luego se van a fundar su propia manada. El desarrollo del lobezno se divide en cuatro periodos:



- **Neonatal:** Desde el nacimiento hasta que abren los ojos (13 días aprox.). Buscan el calor, se alimentan de la leche materna, lloran cuando tienen dolor, frío o hambre. Responden a los lamidos de la madre para orinar y defecar.
- **Transicional:** Desde que abren los ojos hasta el día 20. Empiezan a aguantarse de pie y caminar. Los sentidos van desarrollándose y el olfato y el tacto predominan sobre los demás. Reconocen los miembros de la manada y el entorno. Sus vocalizaciones se pueden identificar con contextos determinados.
- **Socialización:** Desde el día 20 hasta el día 77 aprox. Empiezan a ingerir comida sólida. A partir de la quinta semana, sus exploraciones comienzan a traspasar el medio kilómetro de radio. Empiezan a seguir los adultos conocidos y se protegen solos de las inclemencias atmosféricas. Entre la quinta y la décima semana se vuelven autónomos e investigan su entorno físico y social. También empiezan a relacionarse mediante el juego, que consiste en recrear situaciones de caza, de persecuciones, jugar con algún objeto, etc. Es la etapa donde observamos una mayor maduración neurológica, física y conductual.
- **Juvenil:** Desde el día 77 hasta la madurez. Los lobeznos aprenden las técnicas de caza y abandonan la manada para fundar la suya. En esta etapa, el cachorro continúa su aprendizaje y aumenta su capacidad de explorar nuevos ambientes.

3.5. Encuentro del hombre con el lobo

Hace mucho tiempo, el hombre y el lobo eran rivales en la competición por las presas. En aquella situación, la organización jerárquica del hombre y del lobo permitió su supervivencia y no se extinguieron como otros depredadores que no vivían en comunidad. Al vivir de un modo jerárquico, las dos especies desarrollaron paralelismos que acabarían dando como fruto una fantástica relación entre ellos. Hay muchas semejanzas entre hombres y lobos como la vida en grupo y la depredación diurna, que contribuyeron a la alianza entre las especies.

Durante el Pleistoceno, los cazadores humanos encontraron un beneficio en los lobos. Los hombres se aprovechaban de la capacidad cazadora del lobo para conseguir la comida y el lobo se

aprovecharía de las sobras que iban dejando los hombres. Con el tiempo, se fueron fortaleciendo los lazos entre las especies hasta el punto que capturarían o adoptarían lobeznos que posiblemente serían amamantados por aquellas mujeres prehistóricas, dando lugar al origen de la domesticación del lobo.

En el continente europeo, durante la última glaciación en el Paleolítico, grupos de humanos funcionaban como manadas de lobos y se desplazaban para buscar recursos al igual que los cánidos. Hablando del comportamiento social, observamos una identificación clara entre lobos y hombres.

En diferentes partes del mundo se produjeron diferentes procesos de domesticación de los lobos. Realmente es un hecho sorprendente que dos especies animales lleguen a colaborar entre ellas y que se produzca independientemente en diferentes lugares del mundo, excepto en Australia donde se produjo una regresión cultural que provocó que el perro domesticado se alejara del hombre dando origen al Dingo.

En el Neolítico, gracias a la domesticación del lobo, el perro permitió al hombre reunir a grupos de herbívoros que podía capturar, obteniendo comida y pieles de ellos. Nació la ganadería. Los perros también le ayudaban en sus tareas de ganadero y el hombre comenzó a sentir una especie de odio hacia los lobos, ya que le arrebataban la carne. Por eso, se sustituyó el vínculo del hombre con el lobo por el del hombre con el perro, fruto de la mano de aquel. En las zonas donde aún no se había establecido la ganadería, los hombres divinizaban al lobo por todas sus cualidades de buen cazador. Todo esto demuestra la profunda relación que hay entre hombres y lobos, ya sea para bien o para mal, y la relación de nuestra especie con el perro que perdura desde la Prehistoria hasta hoy en día.

3.6. Las razas caninas

Absolutamente todas las razas caninas que existen proceden del lobo. El profesional Konrad Lorenz afirmaba que algunas procedían del lobo y que otros procedían del chacal pero estaba equivocado. Estudios del ADN mitocondrial de lobos y perros demuestran que todos los perros proceden del lobo ya que sólo hay un 0,2% de diferencia, que no es significativa, y podemos decir que es prácticamente igual.

La pregunta es: ¿Por qué hay tantas razas si todas proceden del lobo? La respuesta es por las mutaciones y por la selección. Las mutaciones son cambios en el material genético que se producen al azar. Si una especie está domesticada, como los perros, su tasa de mutación incrementa. No existe ninguna competencia con otros seres ni con el entorno. Por lo tanto, los perros portadores de las mutaciones favorables pueden sobrevivir y pasarlas a sus descendientes. Las mutaciones sumadas a la selección artificial que hace el hombre favorecen todo tipo de fenotipos y dan lugar a las razas caninas.

4. Lenguaje

4.1. Los sentidos

Los perros no utilizan ningún idioma para comunicarse de la misma forma que lo hace un ser humano, pero sí que utilizan una serie de señales como las señales de calma: señales visuales, señales auditivas, contacto físico.

Todas estas señales las captan los sentidos pero, para entender cómo se comunican, tenemos que saber cómo son sus sentidos y su percepción del mundo, que es muy diferente a la nuestra.

- **La vista:** Este sentido es muy diferente al nuestro. No es ni mejor ni peor, simplemente es diferente. Las células que están presentes en la retina del lobo y del perro son los bastones y los conos. Los bastones son los encargados del contraste clarooscuro y los conos, que sólo figuran en un 3% del total de células, son los encargados de la visión cromática. Los perros tienen una visión cromática más deficiente que la nuestra. Ven en color pero no pueden distinguir los colores como el rojo, el naranja y el verde. Los bastones presentan una sustancia química llamada rodopsina, que les permite aumentar su sensibilidad a la luz y que, en los lobos, permite cazar en horas en las que ya no hay mucha luz. También presentan una superficie reflectante en la retina que potencia la sensación de luminosidad. No captan muy bien los detalles pero captan con mucha precisión el movimiento.

- **La audición:** La audición de estos animales es mucho más eficaz que la nuestra. Los perros oyen sonidos que se sitúan

entre los 15 y los 60.000 ciclos por segundo. Nuestra audición sólo llega a percibir hasta los 20.050 ciclos por segundo. Pueden orientar las orejas como un radar para llegar a encontrar la fuente de donde proviene el sonido.

• **El olfato:** El olfato es el sentido más desarrollado del perro y del lobo y no nos podemos imaginar la capacidad olfativa que tienen, que es muy superior a la nuestra. Un 1 / 8 de su cerebro está destinado a este sentido, al igual que la mitad de su superficie nasal. Un humano presenta unos 5 millones de células olfativas y un perro como el Teckel presenta 125 millones; un perro como el Bloodhound, unos 300 millones. Ningún aparato puede sustituir este olfato prodigioso.

Los perros presentan un órgano que no tenemos nosotros, llamado órgano de Jacobson, que se puede entender como otro olfato complementario que les permite aumentar su capacidad olfativa. Son capaces de detectar el olor de las personas por el ácido butírico del sudor y pueden distinguir a gemelos en los que la diferencia de olor es mínima.

Su capacidad olfativa es tan potente que se ha demostrado con estudios que pueden distinguir diferentes cánceres por el olor que hacen. La memoria olfativa que tienen es sorprendente. Pueden recordar durante toda la vida el olor de una persona que les haya sido cercana. El hombre ha sabido cómo aprovechar esta facultad, ya sea para detectar presas de caza, detectar a personas tras un terremoto o sustancias ilegales como droga y explosivos. Los perros policía son un ejemplo de esta utilización.

4.2. Señales de calma

Las llamadas señales de calma son unas señales que utilizan los perros para prevenir que ocurran sucesos que puedan poner en riesgo la integridad física del individuo, para evitar amenazas de gente o perros, para reducir el nerviosismo, el miedo o el ruido. Eran conocidas como señales de corte, pero es más apropiado decir señales de calma porque no cortan nada. Se utilizan para prevenir o calmar, no para detener lo indeseado o perjudicial.

La etóloga Turid Rugaas comenzó a estudiarlas y utilizarlas como método de adiestramiento. Todas son utilizadas por lo mismo y

las diferencias entre ellas se encuentran en su intensidad y contexto.

Las señales de calma son las siguientes:

- Girar la cabeza
- Girarse completamente
- Olisquear el suelo
- Lamerse el hocico
- Posición de Juego
- Echarse
- Sentarse
- Bostezar
- Quedarse quieto
- Moverse lentamente
- Interponerse entre perros
- Mover la cola

5. Obediencia y Resolución de problemas

Dentro de la obediencia y la resolución de problemas encontramos dos aspectos: la inhibición de comportamientos indeseados y las órdenes básicas.

La inhibición de comportamientos indeseados: Cuando se habla de adiestramiento, se suele hablar de refuerzos positivos y refuerzos negativos o de premios y castigos. Pero para entender mejor los conceptos, hablaremos de alegría y desconcierto.

Para tratar los problemas de comportamiento del perro, tenemos que ser sensibles pero no caer en la sensiblería. Definimos sensibilidad como la capacidad para percibir los matices de los hechos con mayor claridad y sensiblería como manifestación exagerada de la sensibilidad que nos aleja de todo lo objetivo y racional.

Para educar al animal con garantías, debemos ser sensibles ya que sino difícilmente podremos utilizar la fórmula que nos permitirá erradicar cualquier comportamiento indeseado: Mínimo desconcierto necesario y mínima intervención necesaria. Ésta es la clave para resolver cualquier problema de agresividad o de

comportamientos inadecuados. Esta práctica es usada por Ken Sewell y fue ratificada por el Dr. Steven R. Lindsay M.A., catedrático de psicología de la universidad de Victoria en Canadá.

Como los perros no son racionales, no les podemos explicar lo que está mal y lo que está bien como lo haríamos con un individuo de nuestra especie. Debemos hacerles descubrir por ellos mismos lo que les conviene y lo que no, de forma previsible, para que sepan a que atenerse. Aparte de la previsibilidad, la simultaneidad es esencial para el buen resultado del método; o sea, hay que provocar el desconcierto a la vez que el perro realiza el comportamiento indeseado para obtener un mensaje nítido.

El desconcierto o la molestia debe tener una intensidad adecuada de tal modo que el perro no quiera volver a las andadas porque no le ha gustado esa molestia y de tal modo que no estemos maltratando a nuestra mascota. No debemos pecar por exceso ni por defecto. La intensidad adecuada la proporcionará el perro: es la intensidad que desconcierta a tu perro y que hace que no quiera volver a hacer eso; la justa, la mínima necesaria.

Las mejores medidas inhibitorias pueden ser de dos tipos: sonoras o táctiles. Las sonoras se basan en un ruido como por ejemplo un estampido y las táctiles, en un proyectil como una cadenita de metal. Debemos ser objetivos: el ruido ha de ser el justo. No queremos que el animal sufra de ningún modo y no le vamos a tirar el petardo encima. La cadena ha de ser de un peso bajo para que la fuerza sea la que proporcionemos nosotros con la aceleración con la que la lanzamos.

Esta práctica se usa para no tener que decirle una orden cada vez que queramos que no haga algo indeseado, porque simplemente hace que el perro no quiera repetirlo más. Justo después de provocar la molestia, se puede decir un "No" para otorgarle un valor y poder utilizarlo para todo aquello que no queramos que haga sólo en determinadas ocasiones. Ese "No" parará al perro.

Existen ámbitos relacionados con las conductas indeseadas: el de la comida, el acoso personal, el robo de objetos, destrozar los muebles, los ladridos...

Con la técnica empleada, buscamos desconcertar al perro, no confundirlo. Por este motivo, no debemos abarcar todos los

ámbitos a la vez. Se debe hacer de una forma progresiva y acumulativa. La mejor forma de poder estar presente y preparado en el momento en el que el perro hace aquello que no queremos que haga es organizar emboscadas. Con las emboscadas, preparamos un escenario que provoque el comportamiento y, sabiendo que el perro se comportará del modo esperado, podremos provocarle la molestia. Así, no nos obligamos a perseguir al perro por toda la casa esperando que haga la conducta inadecuada.

Con la inhibición de conductas, solucionamos problemas que atañen al bienestar del perro y del propietario y se puede considerar una obediencia ya que, al atribuir valor al "No", el perro obedecerá al oír esa palabra relacionada con la molestia y lo detendremos en su afán de seguir.

Las órdenes básicas: Un perro que obedezca en la realización de determinadas órdenes será un perro que difícilmente provoque problemas. Al obedecer las órdenes básicas, se evitan muchos problemas conductuales y conflictos entre el perro y el propietario.

Para enseñar cualquier orden a un perro, primero debemos lograr que la capte (captación), siendo previsible y mediante el contraste que permite el entendimiento del mensaje con nitidez. Una vez el perro haya captado nuestra intención debemos motivarlo (motivación), para conseguir nuestro propósito aplicando una medida de una cierta intensidad con una determinada duración.

Para enseñarle a un perro a sentarse, debemos escoger una palabra corta como "sitz" porque facilita la captación. Debemos poner la correa al perro y situarnos a su lado, en paralelo. Entonces, hay que dar la orden. Seguidamente, presionaremos su lomo para provocar que se siente y, una vez sentado, repetiremos la orden para que la asocie. Durante esta captación, podemos ayudarnos con premios, aunque usaremos el término alegrías ya que no estamos premiando nada.

Las muestras de comida han de ser para ayudar al animal a captar nuestra intención, no para motivarlo porque sino, el perro nos hará caso porque participa en un ritual y nos condenaremos a usar comida siempre para lograr nuestros deseos. La comida ha de ser intermitente y es mucho más eficaz utilizar trocitos muy pequeños de carne o cualquier otra cosa que vuelva loco al

perro porque nuestra intención no es llenarlo de grasas. Durante la motivación, repetiremos la orden y, si el perro no obedece, ya que ya ha captado nuestra idea, debemos aplicar un estirón con la correa de una intensidad adecuada, marcada por el perro, de tal modo que éste se vaya dando cuenta de la película. Con pocas veces nos obedecerá.

Lo mismo es aplicable con órdenes como echarse (platz) y la orden de “a tu sitio”. La orden de sentado es buena para ser utilizada en momentos cortos de pausa, pero el perro no está preparado para estar sentado mucho tiempo. Por eso, para pausas largas, es mejor hacerle echar. La orden de “a tu sitio” también resulta muy positiva ya que a veces la presencia del perro puede ser inadecuada en determinadas situaciones. Poder enviarlo a un sitio donde no moleste puede ser una ventaja.

6. Refutación de hipótesis

- **La psicología canina es mucho más compleja de lo que nos imaginamos. FALSO**

La psicología canina es mucho más sencilla de lo que nos imaginamos. Los perros actúan de una manera instintiva e impulsiva. Estos animales no racionan ni maquinan. A las personas nos puede parecer que son como personas pero aquí está el error. No son personas; son perros y los perros son mucho más sencillos que las personas. A veces, al querer tratar un perro como una persona (antropomorfismo) podemos causar problemas de conducta en el animal ya que actuamos en contra de su naturaleza.

- **Los perros tienen un sistema de comunicación oral y corporal como los humanos pero muy simplificado. CIERTO**

Los perros no hablan ningún idioma con gramática pero se comunican mediante señales como posturas, sonidos como el ladrido y el aullido, señales de calma, etc. Dependiendo del contexto y de la expresividad de la señal pueden darle más intensidad comunicativa e incluso pueden enlazar señales para comunicar información más completa.

- **Como son seres vivos inteligentes pueden tener problemas psicológicos como los humanos. FALSO**

Son seres inteligentes pero con una inteligencia mucho menos compleja que los seres humanos y, en lugar de decir que tienen problemas psicológicos, deberíamos decir que tienen problemas de conducta. En unas pocas sesiones estos problemas se pueden resolver y los problemas psicológicos de los humanos necesitan muchas horas de terapia. Los problemas conductuales son fáciles de resolver eliminando su causa o aplicando el método de la mínima molestia necesaria que provoca la inhibición de comportamientos indeseados.

- **Muchas veces los problemas de conducta no son por culpa del perro, sino del propietario. CIERTO**

La mayoría de problemas son debidos al estilo de vida del propietario, pero también pueden ser por una falta de socialización. Un perro que tenga cariño, disciplina, comida, higiene y que pueda correr y socializarse, es difícil que presente problemas de ansiedad, miedo, agresividad u otros.

- **La castración puede ser una solución correcta y eficaz para problemas de agresividad intraespecífica. CIERTO y FALSO (relativo)**

La castración puede ser una solución, pero hay que tener presente que no es del todo fiable, ya que sólo el 50% de los perros castrados antes del año y medio de vida han solucionado sus problemas de agresividad con individuos de su mismo sexo.

- **Dentro de un grupo de perros existe una jerarquización. CIERTO**

Los perros proceden del lobo, que es un animal jerárquico. Por lo tanto, se establecen relaciones de jerarquización, pero siempre de individuo a individuo.

- **La utilización de materiales puede ser positiva para el desarrollo canino. CIERTO**

La utilización de juguetes y otros materiales de adiestramiento es positiva y hasta a veces necesaria a la hora de adiestrar y educar a un perro.



7. Anexos

7.1. Entrevista a Ken Sewell

¿Cuántos años hace que ejerce de adiestrador y por qué decidió dedicarse a esta profesión? ¿Cómo aprendió a ejercerla?

Hace 38 años que me dedico a la modificación del comportamiento de los perros. Decidí dedicarme a esto por influencia de mi madre que cuando veía un perro en la calle decía que tenía sed o que tenía hambre y me sensibilizó respecto a los perros porque era muy joven y esta influencia me acompañó durante toda la infancia.

Aprendí a ejercerla de forma autodidacta. Compré un libro sobre el adiestramiento y había cosas que no me parecieron muy lógicas. Esto supuso un estímulo para pensar un poco y profundizar en el tema.

¿Qué es lo que más le gusta de su trabajo?

Hay varias cosas que me gustan de mi trabajo. En primer lugar, me encanta la gente y el contacto con la gente y mi trabajo es básicamente con la gente porque yo no puedo enseñar a un perro a obedecer a una persona. Tengo que enseñar a la persona a lograr que su perro le obedezca. Luego, me encantan los perros y resolver problemas. Hay un cuarto punto que es el cambio de entorno permanente; que a las 8 de la mañana puedo estar delante del mar y por la tarde en un barrio obrero. En la siguiente hora, a lo mejor me encuentro en un parque de una zona de elevado poder adquisitivo.

Existen muchos métodos de adiestramiento (adiestramiento en positivo, terapias etológicas con psicofármacos, , adiestramiento en centros caninos...) ¿Cuál cree que es el mejor método? ¿Por qué? ¿En que consiste?

Yo creo que de estos métodos el mejor es probablemente el basado en el conductismo, que es gratificar el acierto pero basar la modificación del comportamiento en inhibir los comportamientos indeseados ocasionando el mínimo desconcierto o

incordio necesario para que el animal no siga gratificándose con comportamientos que no gustan a nadie. Entonces, si se gratifica la alternativa, estamos empujando desde un lado y estirando desde el otro.

¿Cuál es el motivo más común por el cuál los propietarios solicitan su ayuda?

El motivo más común por el que los propietarios quieren modificar el comportamiento de sus perros es por alguna forma de molestia que el animal ocasiona. Pueden ser molestias leves como llorar para conseguir comida mientras la familia está comiendo, que es desagradable pero es leve, y llegar hasta conductas más graves de agresividad cuando intentan echarlo del sofá. En segundo lugar, está la ilusión, no la necesidad de corregir un comportamiento, sino que al propietario le puede hacer ilusión que su perro camine al lado de él o que acuda a la llamada.

¿Cuál es el problema de conducta más común? ¿Y el más fácil y el más difícil de erradicar? ¿Por qué?

El problema de comportamiento más común yo creo que es el de estirar por la calle, porque los perros suelen pasarse 23 horas y media de 24 encerrados en sus casas y su comportamiento hace péndulo, lo que técnicamente se llama hipercompensación. Cuando llegan a la calle no se lo creen y el animal en la calle tiene mucho afán de olerlo todo, de liberar energía, de verlo todo y este comportamiento desenfrenado es lo que molesta al propietario.

El comportamiento más fácil de corregir es este porque tienes el perro con una correa y es muy fácil molestarlo y controlar la intensidad de la molestia para que cese de estirar al dueño. Básicamente la complejidad de cualquier programa de modificación del comportamiento estriba en la disposición y actitud del propietario porque el perro es muy sencillo y somos las personas las que somos realmente complejas.

Lo más difícil de erradicar son los comportamientos que se dan cuando no hay nadie. El perro que se angustia cuando esta solo y se dedica a hacer sus necesidades, a ladrar, a reclamar esa presencia que le hace falta y a romper cosas. Son los más

difíciles de erradicar porque hace falta una simultaneidad absoluta respecto a los comportamientos a erradicar para ejercer un efecto inhibitorio sobre ellos. Si no hay nadie en el momento en que el perro los lleva a cabo tendríamos que recorrer a la complejidad de una instalación de Web cams y altavoces para mandar un sonido en el momento en que viéramos en el monitor que el animal está haciendo lo que no queremos que haga.

La agresividad es un problema que puede causar daños físicos e incluso la muerte de seres humanos. ¿Hay más problemas de agresividad actualmente o son los mismos incrementados por los medios de comunicación y noticias sobre muertes de niños por mordiscos?

Yo creo que, dadas las cifras de tenencia de perros que han aumentado espectacularmente en los últimos 20 años, probablemente la proporción de perros que ponen en peligro a las personas se ha reducido. Además, al centrarse los medios de comunicación precisamente en este tema cuando suceden ataques contra personas, estamos mucho mejor informados ahora. He de suponer, porque no conozco cifra alguna al respecto, que la peligrosidad de los perros ha decrecido.

¿Cuáles son los fallos de los dueños que ocasionan problemas de conducta canina?

La desinformación potencia comportamientos de proyección. O sea, tendemos a proyectar mecanismos humanos en un animal adquirido como uno más de la familia y que dentro de los animales que solemos tener en nuestras casas es el más parecido a nosotros porque es un ser nacido de la caza, de la territorialidad y de la jerarquía. Entonces, interpretamos mecanismos exclusivamente humanos en su mirada y forma de obrar que nos hacen creer que piensan, que maquinan y que tienen una capacidad simbólica como la nuestra. En los tres casos, es simplemente imposible; y si no aciertas el motivo del comportamiento y desconoces la naturaleza del animal que produce este comportamiento, no puedes corregirlo.

Otro fallo es el trato agresivo con los perros, porque si un perro es dominante no hay nada que excite más la dominancia como la contradominancia, con lo cual vas a acelerar dicha agresividad; no necesariamente con la persona que protagoniza el trato



agresivo con el animal pero sí con otro miembro de la familia que no tenga temperamento ni condiciones físicas adecuadas para poder protagonizar un enfrentamiento. Entonces, alguien paga el trato violento con el perro.

¿Está de acuerdo con el adiestramiento en positivo? ¿y con los psicofármacos? ¿Por qué?

El adiestramiento en positivo induce al animal mediante un premio tangible en forma de comida a participar voluntariamente en un ritual. Si el perro es de los que daría su alma canina por un trozo de salchicha, si le interesa la comida más que ninguna otra cosa en este mundo, entonces es posible, incluso probable, que se consiga un buen resultado con este sistema; siempre y cuando esté el premio, porque al retirar el premio, cuanto más motivado está el perro por la comida, menos probabilidad hay de que obedezca. Además, al hacer una cosa que el animal quiere que se haga, se va a tener que repetir el premio durante toda la vida para mantener la respuesta. Cuando se trata de un animal que tiene otros intereses porque come bien cada día pero tiene un contacto esporádico y parco con sus congéneres, lo más probable es que la aparición de otro perro supere la atracción de la comida y que no haya respuesta. Un ritual de participación voluntaria no impone, ofrece.

Los psicofármacos modifican el comportamiento de los neurotransmisores. Se ha estudiado bastante en personas aunque un neurocirujano (Barry Jacobs) ha dicho hace pocos años que intentar manipular el funcionamiento de los neurotransmisores cerebrales más que emplear el bisturí es ir a hachazos con el cerebro humano, donde los neurotransmisores están más estudiados que los de los perros. Se empezaron a utilizar siete psicofármacos por extrapolación de resultados obtenidos en humanos y me gustaría pensar que, gracias a una cierta presión que yo he ejercido en algún artículo escrito en un pasado no muy lejano, se han reducido éstos a uno, que funciona de forma parecida al prozac. Al no corregir la situación de fondo, estos psicofármacos, cuando menos, no hacen efecto alguno sobre el comportamiento a erradicar y, en el peor de los casos, atontan, hacen vomitar y provocan colapsos. Es inmoral mantener en pie una situación insostenible en base a la medicación, cuyos efectos desaparecen en cuanto se dejan de administrar.

Hoy en día, los programas de televisión sobre educación canina han atraído la atención de los telespectadores. ¿Qué opina de estos programas? ¿Está a favor o en contra de estos adiestradores televisivos y sus métodos o técnicas? ¿Por qué?

Realmente, no tengo derecho a opinar sobre los programas de televisión porque no he visto más de diez minutos del programa de César Millán en un bar. Lo que puedo decir de esos diez minutos es que me parecieron muy bien organizados, muy bien explicados y, si la tónica general de estos programas es ésta, que bienvenidos sean. Conciencian a la gente, sensibilizan a la gente y explican a la gente. La parte negativa, aunque me parece recordar que se muestra la advertencia de no seguir las técnicas sin la presencia de un profesional, es que la gente piensa que ya sabe como educar a su perro viendo un programa cuando de hecho a mi me cuestan varias sesiones hacer que mis clientes aprendan a educar correctamente a su perro.

Acerca del programa de Borja Capponi, no lo he visto pero me han comentado un par de técnicas que no son las correctas, lo cual es también aplicable a lo que he oído de los programas de Millán.

¿Cuáles son los métodos que emplea para erradicar la agresividad, la ansiedad o stress y el miedo?

Para erradicar la agresividad hacen falta unas medidas con la mínima intensidad necesaria para que el perro no salga gratificado con sus respuestas agresivas y además que no impliquen un enfrentamiento porque el perro va armado todo el día, tiene unos reflejos que no tenemos nosotros y no es reflexivo, no piensa en las repercusiones de sus actos. También utilizar medidas tipo ruido o sensación táctil porque al animal no le podemos explicar nada con palabras y son sus sensaciones que tenemos que orientar hacia la consecución de nuestros propósitos.

Acerca de la ansiedad o stress, la forma mas natural de resolver este problema es mediante un ejercicio físico prolongado previo, para que el perro queme el exceso de energía que es el causante del problema, que se puede complementar, una vez el animal esté relajado de nuevo, con la presentación de la comida.

Hace falta energía para todo en la vida, incluso para sufrir y el cansancio es nuestro mejor aliado para terapias contra el miedo

porque, si agotamos al animal jugando a la pelota con él y luego lo exponemos durante períodos lo más largos posible de forma progresiva en términos de distancia a las cosas que le dan miedo, acabará sin poder reaccionar por agotamiento, no un agotamiento absoluto sino relativo. Y ésta es la única forma que él puede descubrir que, con un comportamiento normal, aquellas cosas, aquellas personas o situaciones que a él le causaban miedo son objetivamente inofensivas; es decir, descubrirlo, pero dentro de un comportamiento normal. Sino, su convencimiento sería que él sobrevive a cada salida o a cada encuentro precisamente porque intenta o logra huir.

¿Cuáles son los principios básicos y fundamentales de su método de adiestramiento?

Creo que los principios básicos son la consabida mínima molestia necesaria, para que no se presenten comportamientos indeseados, con la mínima intervención necesaria para que el perro aprenda a evitar estímulos molestos, mínimamente molestos.

¿Cómo describiría de forma subjetiva el comportamiento y la psicología canina?

Nadie piensa cuando bautiza a su perro con un nombre como Bobby que está codificando un modo de identificar a una ciega estrategia evolutiva configurada por el aprovechamiento de grandes ungulados en el monte. Un perro realmente es esto, como los primates fuimos configurados por el aprovechamiento de frutos y bayas. La psicología suele referirse, en el ámbito humano, al funcionamiento de la mente. La existencia de una mente es algo muy relativo. Se debería definir mente, más que como ente, como actividad neocortical. Esta actividad, como el perro no tiene neocórtex, no existe en el perro. Por eso, estamos en el terreno del comportamiento y el estudio de ese comportamiento animal, que es la etología. Hay una relación continuada que nos une con el perro y que hemos vivido a partir de una base diferente. Todos los demás animales se han quedado atrás, evolucionando a un ritmo muy lento, como es el caso del perro. Potenciado por la intervención neocortical del ser humano, hemos disparado las diferencias morfológicas en general y comportamientos hasta un determinado punto, porque nosotros sí que podemos idear y ejecutar influencias teleológicas dirigidas

hasta un determinado fin. Cuando se modifica el comportamiento de un perro, la complicación estriba en reducir los términos de comunicación para adecuarlos a las posibilidades de captación de un ser primario. Las terapias del comportamiento canino se basan en lo mismo: el estudio con el fin de modificar el comportamiento de un ser mucho más sencillo que nosotros.

¿Qué le ha impulsado a escribir su tercer libro? ¿Sobre que trata?

Básicamente lo que me ha impulsado a escribir este libro es el desastre que se está produciendo, la desinformación que se está acrecentando en todo lo que rodea la modificación del comportamiento del perro. Aunque me beneficia económicamente porque he tratado más casos que nunca de rebote de otros profesionales, casos muy sencillos de resolver, que han sido mareados hasta lo indecible, intento que mi cuerpo vaya detrás de mi cabeza cuando hay algo con lo que no estoy de acuerdo.

Mi cabeza me dice que dé a conocer mi opinión de la situación, por lo menos para generar diálogo al respecto, para que se trate el tema y no se vaya consolidando toda la información que puede venir de personas que tienen una cierta credibilidad porque vienen amparadas por instituciones que deberían saber más acerca de los temas que tratan.

¿Cuál ha sido el caso más difícil de resolver hasta la fecha y por qué?

No lo sé. La complicación no acostumbra a ser extrema si la persona es capaz de entender y aplicar una serie de normas muy concretas. Esta complicación suele estibar en las disposiciones y actitudes de las personas. Los perros, al ser tan sencillos, si la persona obra de un modo previsible que permita la adaptación del animal, me atrevería a decir que no hay casos irresolubles, excepto los que arrancan de una anomalía, una lesión o un mal funcionamiento orgánico-fisiológico.

Una de las preocupaciones de los propietarios a la hora de buscar un adiestrador es el bienestar de sus mascotas. ¿A qué cree que se debe este rechazo, miedo o temor hacia un educador canino? ¿Que dice de la creencia de la gente de que los adiestradores llegan a maltratar o increpar a los perros?

La gente no es tonta. En un pasado relativamente reciente, se ha maltratado sistemáticamente a los perros: que si collares de pinchos afilados, que si collares eléctricos, que si golpes... Esto se hace por ignorancia y también porque cualquier profesión que implique el dar instrucciones y/o consejos atrae a la dominancia y los perros, como nunca han sido tan bien considerados, como por ejemplo los caballos, han atraído durante muchos años a un tipo de persona bastante primaria y se puede decir bastante agresiva que ha intentado suplir su falta de conocimientos con una agresividad que de alguna forma necesitaba ejercer. Esto con el tiempo empieza a ser de conocimiento general, hasta el punto que las personas me preguntaban hace 30 años si iba a hacer mucho daño a sus perros y ahora de vez en cuando me preguntan si le voy a hacer algo de daño. Ahora, esta situación ha hecho péndulo porque, basándose en la malísima reputación que tenía el adiestramiento, la nueva generación de "medicadores" intenta dar a entender que se puede enseñar al perro educándolo en la libertad con premios. Educar en la libertad es una contradicción porque educar supone precisamente implantar normas. Esto no se puede hacer de forma simbólica porque el animal no entiende de simbolismos. Tiene que ser con medidas mayoritariamente táctiles que precisamente sí hacen decidir al perro cuando le deja de compensar realizar un comportamiento indeseable o cuando no. Me parece que hay una lógica y a cualquier persona objetiva le puede parecer una situación humana y justa.

¿Qué piensa de la gente que cree que el adiestramiento es una tortura o penitencia para el animal?

Yo creo que es una enorme ventaja que el péndulo haya pasado a la sensiblería, la diferencia entre sensibilidad y sensiblería es que la primera es objetiva y la sensiblería es una exageración de la sensibilidad, que es subjetiva. Pero que a la gente le importe más el bienestar del animal que su disposición para obedecer me parece muy positivo, a la luz de la situación anterior de maltrato. El tiempo acaba poniendo todo en su lugar.

¿Cuáles son los peligros de ser adiestrador y que medidas de seguridad y precaución se deben tomar?

Que te muerdan es un peligro primario, en muy pocos casos real, pero necesitas tus manos y si un perro te muerde lo puedes



considerar como una equivocación tuya porque siempre estás a tiempo de pedir al propietario del perro, en caso de una mínima duda, que le ponga un bozal o que lo mantenga a una cierta distancia con la correa mientras hagas alguna prueba.

Otro peligro, que no es tan primario, que es más social, es que un perro se escape, cause un accidente, resulte lesionado o se pierda.

Muchas razas de perro se consideran peligrosas (pitbull, rottweiler...) ¿Es verdad, en su opinión, que hay razas más peligrosas que otras? ¿Estás de acuerdo con esta clasificación y crees que es correcta?

Ya he dicho en otras entrevistas de radio y televisión que me parece que a los animales que tienen una fuerte predisposición genética por intervención humana a la agresividad: perros de trabajo, perros de temperamento, perros de guarda y perros de pelea; se debería controlar su reproducción. Que desaparecieran determinadas razas me parece socialmente positivo porque, cuando hablamos de la sociedad, estamos hablando de una pequeñísima minoría de personas que tienen perros, aunque su peso específico en las ciudades es importante. La tenencia de perros agresivos tiende a atraer los polos opuestos de gente, gente insegura para protección o gente violenta como forma de imponerse.

Estoy de acuerdo con la lista que han hecho, quizás con alguna excepción, pero más vale que sobre una raza en la lista que no que falte porque estamos hablando de bienestar humano, de la integridad física en algunos casos de niños o ancianos.

¿Que cosas debería tener en cuenta una persona a la hora de adquirir un perro psicológicamente estable?

Debería tener en cuenta primero la raza y casi lo más importante para la convivencia en un escenario como un piso sería un animal de raza poco enérgica. A partir de ahí, habría que observar a los cachorros y elegir más bien un término medio porque, de la misma forma que no querrá que el animal destroce los muebles o que esté ladrando permanentemente, no va a querer una especie de alfombra que no se mueva del lugar donde está. La clave está en la raza y en la disposición natural del cachorro.

¿Qué cosas debería tener en cuenta un propietario a la hora de elegir un adiestrador para su mascota?

Como no hay ningún título homologado para los adiestradores, cada uno va por libre. Luego, tenemos la nueva moda de la mal-llamada etología canina, que trata de medicaciones con psicofármacos y listas de instrucciones que no ayudan precisamente a entrar en una dinámica nueva y precisa; y menos cuando, como mínimo, la mitad de las recomendaciones son completamente desacertadas. Entonces, como hay falta de experiencia por un lado, el de la etología, y falta de conocimientos teóricos por otro lado, yo apostaría por la persona. Es difícil que una buena persona no sea un buen profesional.

¿Cómo un propietario puede saber de forma cierta que un adiestrador es bueno o malo, en que aspectos se debe de fijar?

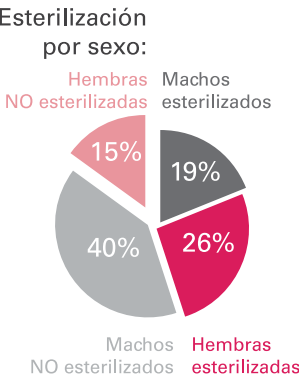
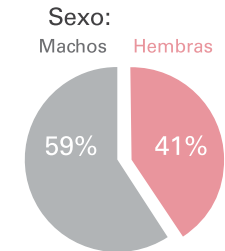
Hay mucha intuición en esto y cada uno tiene la suya. No obstante, los problemas típicos, exceptuando el miedo, normalmente se resuelven en una o dos sesiones; que si estiran por la calle, saltan a los invitados, muestran agresividad. Si en una o dos sesiones no hay una notable mejoría, es que algo falla.

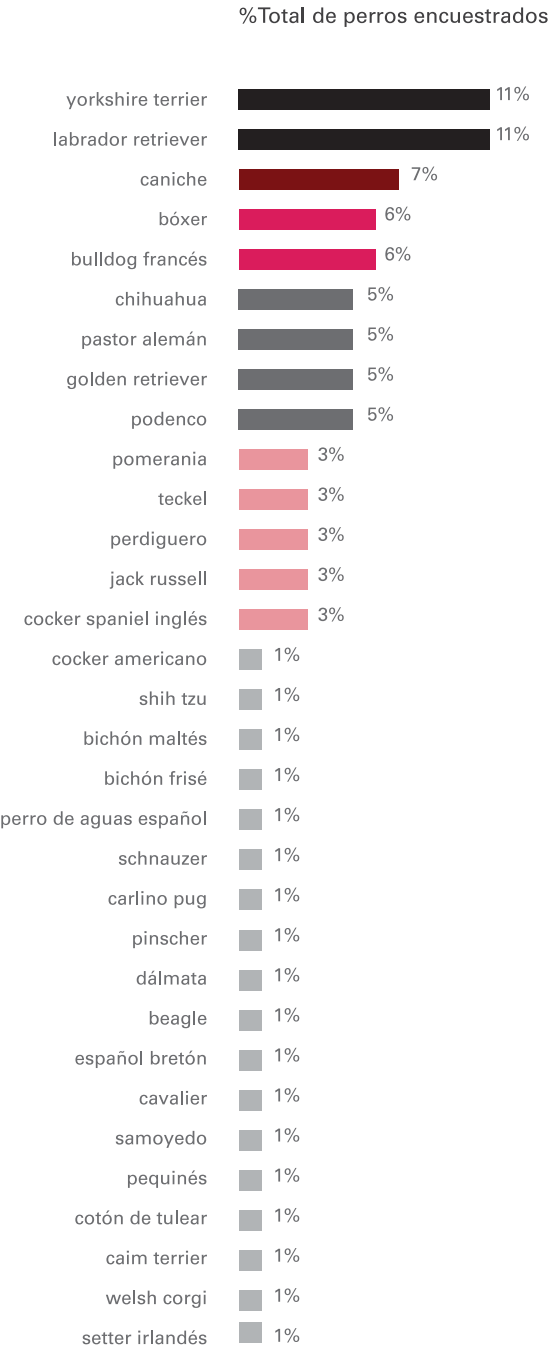
Por último, en tu opinión ¿Qué crees que necesita un perro para estar bien educado, ser bueno y sobretodo feliz?

Necesita compañía, que implica cariño, ejercicio y cuatro normas. Con esto, un perro ya puede ser feliz; al margen de los cuidados veterinarios y la alimentación, que no es mi campo.

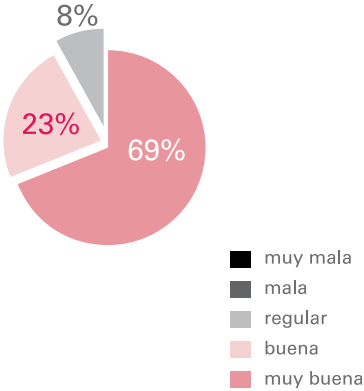
7.2. Resultados de la encuesta

Esta encuesta fue realizada durante una semana a 100 personas de la calle que llevaban sus perros a pasear. La encuesta está hecha en la misma calle y en algunos de los parques de Barcelona preparados con área para perros. Está hecha con la intención de ver cuáles son los problemas más frecuentes y para hacerse una idea de la situación canina actual, tanto en las características de los perros como en su comportamiento. Evidentemente, *no se puede tomar como resultado absoluto de la población canina de Barcelona* pero permite hacerse una idea orientativa de la realidad canina y extraer algunas conclusiones.

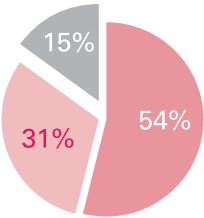




Conducta en casa



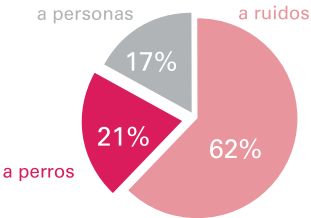
Conducta en la calle



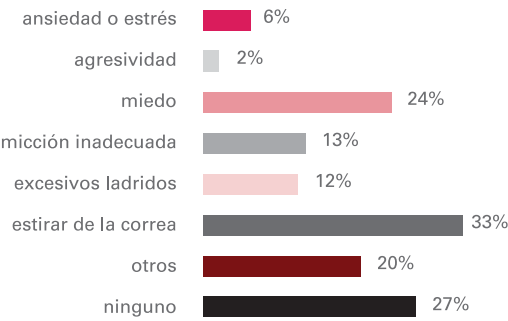
Personas que han contactado con un adiestrador



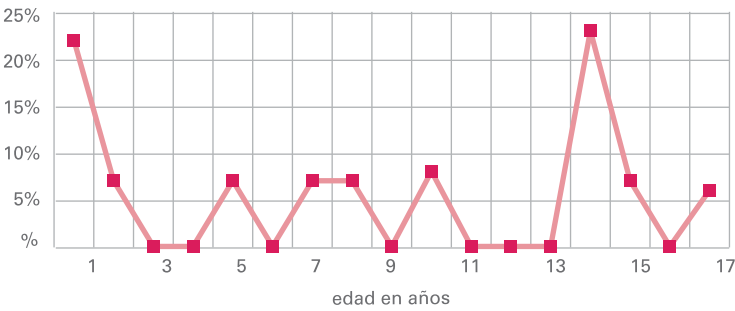
Tipos de miedo



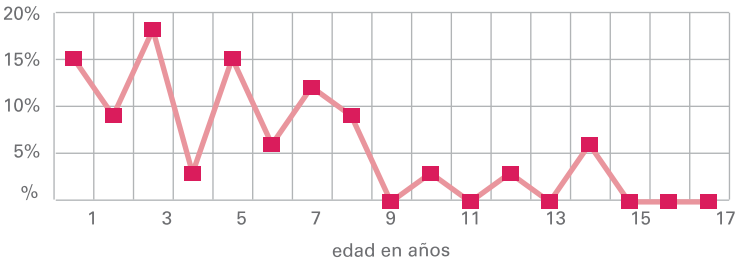
Problemas de conducta



Problema de micción inadecuada por edades



Problema de estirar de la correa en el paseo por edades



8. Conclusiones

De esta experiencia puedo extraer muchas conclusiones. Al adentrarme en el mundo de la etología, me he dado cuenta de que no es un mundo fácil. Todo el mundo dice su parecer y no hay ninguna metodología que se pueda decir al 100% que es eficaz y buena, ya que unos critican a los demás y no hay diálogo entre partes. Podemos encontrar, por un lado, los defensores del método positivo donde se da importancia al premio, a la colaboración, a las señales de calma, etc. Y por el otro lado encontramos defensores de métodos enfocados en la dominancia. Unos critican a los demás como he dicho y no seré yo quien diga cuál es el mejor método. Mi trabajo ha sido informarme de todos y hacerme una idea de su metodología. Asistí a una conferencia sobre la teoría de la dominancia y la verdad, no me ha servido de nada. El ponente (N.P.) no era de aquellas personas que despertan interés. Le pedí una entrevista y todavía estoy esperándola. Por tanto, no tengo los recursos necesarios para decir qué tiene de negativo la aplicación de la dominancia y qué tienen de positivo los métodos positivos.

Me puse en contacto con Ken Sewell que tiene un método propio elaborado por él ya que es autodidacta y me parece bastante coherente. Su manera de hacer quizás escandalizaría a los defensores del método positivo porque utiliza métodos invasivos pero también hay que decir que mucha gente está cargada de sensiblería y no presta atención a lo objetivo. El perro no siente dolor ni daño en ningún momento y es él el que decide no volver a hacer lo que no queremos que haga porque le resulta negativo, ya que le causamos una mínima molestia o desconcierto. A primeras, echarle una cadena a un perro puede parecer una tortura, pero hay que decir que la fuerza es igual a la masa por la aceleración. La masa de una cadena de metal es de unos 30 gramos y la aceleración la puedes regular tú con el brazo. Por lo tanto, la fuerza del impacto con el perro la controlas tú y la intensidad te la marcará el perro. Si, con una fuerza mínima, al perro ya no le parece positivo hacer lo que hace, no es necesario que la eches más fuerte. Se debe ocasionar la mínima molestia. Y hay bombetas de diferentes intensidades. No hace falta que tires el petardo más fuerte si con el más flojo ya tiene bastante. Este método, utilizado con sensatez y siendo previsible, puede ser realmente efectivo.

También con la entrevista y sobre todo con la encuesta me he hecho una idea de la situación en que nos encontramos respecto al comportamiento canino. Pienso que incluso se ha popularizado hasta tal punto la etología canina, por la oferta de programas de televisión que despiertan el interés, que quizás haya sido uno de los factores que me hizo decidir llevar a cabo este trabajo. A la gente le interesa este tema porque le interesa el bienestar de su mascota y su bienestar propio.

En este mundo, también hay profesionales que no son de fiar ya que presentan una falta de experiencia en el tema o su punto de vista es más de veterinario que de experto en conducta y se limitan a dar listas de pasos a seguir y psicofármacos que no solucionan el problema sino que lo ocultan detrás de la "magia" de la química.

Debo decir que, si un profesional recomienda sacrificar al animal porque no tiene remedio o los métodos empleados no dan solución, la mejor opción es cambiar de profesional, ya que el sacrificio es la mejor manera de ocultar un fracaso terapéutico y de salir con las manos limpias.

He aprendido mucho sobre perros, lobos, métodos y la situación en que se encuentra la mal-llamada etología canina y, aunque sea un mundo fascinante, es un mundo confuso que, para adentrarte en él, necesitas mucho sentido común y mucho criterio para rechazar y aceptar todas las referencias.

9. Agradecimientos

Me gustaría agradecer a toda la gente de la calle que me ha contestado a la encuesta y que me ha regalado unos segundos de su tiempo de forma desinteresada, ya que no ha sido nada fácil realizar una encuesta por la calle donde estás de cara a la gente y de cara a la descortesía. Sinceramente, muchas gracias a la gente que me ha ayudado.

También quiero agradecer la ayuda de la persona que ha hecho posible que este trabajo llegara a buen puerto, Ken Sewell. Él ha estado conmigo tres semanas, enseñándome su trabajo y adentrándome en este mundo del comportamiento canino. Me ha llevado a casa de sus clientes y me ha dedicado mucho de su tiempo y se lo quiero agradecer de todo corazón. Soy consciente de que muy poca gente hubiera hecho lo que él ha hecho y, como dice él mismo y yo afirmo conscientemente, una buena persona debe ser un buen profesional. También digo que un buen profesional debe ser una buena persona y Ken me lo ha demostrado. Muchas gracias Ken.

Quiero agradecer la paciencia y la comprensión de mi tutor del trabajo de investigación. Gracias Eduard por ayudarme a llevar a cabo este trabajo y por enseñarme cómo hacerlo.

Y para acabar, agradecer la hospitalidad de las personas propietarias de los perros cuyo entrenamiento he seguido y que, por sus testimonios, me han hecho darme cuenta de lo disparatada y peculiar que puede llegar a ser alguna gente que se dedica a esta profesión. Gracias por abrirme la puerta de vuestra casa.

Por último, a todos los perros que he podido conocer y cuyos nombres y caracteres tengo todavía muy presentes, también les doy las GRACIAS.

Bibliografía utilizada

LORENZ, Konrad. Cuando el hombre encontró al perro.
NIETO Maceín, David. Etología del lobo y del perro. Análisis e interpretación de su conducta.
PARAMIO Miranda, Antonio. Psicología del aprendizaje y adiestramiento del perro.
RIBAS Recolons, Oriol. Uno más de la familia.
RUGAAS, Turid. El lenguaje de los perros. Las señales de calma.
SEWELL, Ken. Así aprende su perro.
SEWELL, Ken. Corazón canino.



Epílogo + Bibliografía

Epílogo

Acabas de leer un libro, o parte de él, que no es perfecto... porque su autor tampoco lo es. Aunque factores externos como un horario de trabajo inverosímil también han contribuido a sus menoscabos, obligándome a escribir casi exclusivamente los domingos, la información presentada es honrada y eficaz. En ella se basa la orientación pedagógica de mi labor cotidiana.

Si has digerido su contenido, tendrías que estar convencido o convencida de varias cosas, entre las cuales las siguientes son fundamentales:

1. Los perros carecen del tipo de lenguaje y zonas cerebrales asociadas que permiten pensar. Su comportamiento se genera, por lo tanto, como la conducta humana intuitiva, a partir de una serie de predisposiciones instintivas.
2. Tampoco tienen una memoria como la nuestra, que capacita para hacer representaciones mentales de hechos que distan en el tiempo o en el espacio. Su comportamiento se va modificando a la luz del efecto acumulativo de su experiencia: Lo útil tiende a permanecer y lo inútil o perjudicial, a desaparecer.

3. Jamás comprenden nuestras intenciones cuando éstas se expresan verbalmente. Decirle a un perro que no quieres que suba al sofá tendrá el mismo efecto que escribir las mismas palabras en una hoja de papel y enseñársela.
4. De lo expuesto, se desprende que no solamente es siempre contraproducente reñir a un perro, sino que cualquier medida elegida para inhibir o fomentar la repetición de una conducta debe emplearse mientras está teniendo lugar la acción en cuestión.
5. La única definición que encuentro aceptable de “mente” está relacionada con la actividad neocortical. Como los perros no tienen neocórtex, no tienen mente. Ahora bien, si te hace ilusión creer que tienen alma, o que nosotros tenemos alma... adelante. Es una fantasía que no perjudicará vuestra relación.
6. La capacidad de resolver situaciones nuevas a partir de la experiencia previa, llamada inteligencia, sí existe en los perros. Configurada en su entorno atávico y silvestre, se aplica perfectamente a la más compleja vida urbana, a veces con resultados sorprendentes, al servicio inicialmente de la consecución de sus propios objetivos.
7. Ante la perspectiva de adquirir cualquier mascota, conviene hacer una lista de pros y contras, en función de lo que se pide y lo que se ofrece. La consideración más importante a tener en cuenta en el momento de escoger un perro en concreto, lejos de ser la supuesta inteligencia o el aspecto físico que presenta, es una docilidad, que se puede apreciar mediante la observación de su comportamiento antes de tomar una decisión.
8. Conceptos ficticios como “energía positiva” y “energía negativa” carecen de sentido, mientras que un tono o gesto enérgico contribuye a la nitidez de cualquier directriz que queremos transmitir a un perro, porque aumenta el contraste de la comunicación autoritaria con la habitual.
9. El término “jefe de la manada” tiene relevancia únicamente si vives a solas con uno o más perros, porque la relación de cada miembro de la familia se establece y se mantiene de forma específica con la mascota. Así, la “tribu” típica tendrá varios jefes y un solo indio.

10. Para que la adopción de un perro no te acarree muchos más quebraderos de cabeza que satisfacciones, debes respetar la naturaleza básica de todo perro, proporcionando al tuyo suficiente compañía y afecto, ejercicio y juego; y las cuatro normas de conducta que él espera de una autoridad puntual y coherente.

Cuanto más previsibles sean sus reglas y sus costumbres, mejor se adaptará a tus expectativas y más a gusto estará todo el mundo. Los perros no incordian deliberadamente, sino porque están vivos y producen energía. La energía que no se quema de una manera controlada se emplea en actividades espontáneas como los ladridos, los destrozos y la excesiva exuberancia en general. Si tú cumples con él, permitirás que él cumpla contigo.

En otras palabras (prepárate, porque es la primera y probablemente última vez que este darwinista convencido va a citar la Biblia): “Saca primero la viga de *tu* ojo, y entonces verás con claridad para sacar la mota que está en el ojo de tu hermano” (Lucas 6:42).

Con mis mejores deseos de objetividad, conocimientos, observación, reflexión, constancia y, porqué no decirlo, suerte, te felicito de todo corazón por haber llegado hasta aquí... seas aficionado, aficionada, estudiante o profesional

Un fuerte abrazo,



Bibliografía

A mi juicio, incluir una bibliografía en cualquier libro que no sea de ficción es una obligación para con sus lectores y lectoras.

Aunque muchas personas mencionan conceptos como la “magia” o un “don” cuando ven la rapidez con la que se logra modificar puntualmente el comportamiento de sus perros, siempre he insistido en el hecho de que no hay absolutamente nada metafísico en mi trabajo. Se trata sólo de experiencia.

Dicha experiencia se acumula de dos maneras básicas: la directa, mediante el intercambio con innumerables perros y sus propietarios y; la indirecta, a través de una lectura amplia que enriquece las vivencias profesionales de cada día, a la vez que extiende la gama de opciones disponibles para resolver una situación determinada.

Qué menos, pues, que abrir las puertas al mundo de conocimientos que se encuentra en las páginas de libros como los que reseño a continuación, de modo que cada uno pueda extender su propia comprensión de una disciplina que lleva cuarenta años fascinándome.

ARDEN, A. (1999): Train your dog the lazy way, Alpha Books.

ASKEW, H.R. (2003): Treatment of behavior problems in dogs and cats, Blackwell Publishing, 2ª edición.

BACH, C. (1999): The next generation in reinforcement training, The Third Way Publications.

CASE, L. (1999): The dog: its behavior, nutrition and health, Iowa State University Press.

CATANIA, C. (1998): Learning, Prentice Hall.

COPPINGER, R. / COPPINGER, L. (2001): Dogs: a new understanding of canine origin, behavior and evolution. University of Chicago Press.

COREN, S. (1995): La inteligencia de los perros, Ediciones B.

DARWIN, C (1998): La expresión de las emociones en los animales y en el hombre, Alianza.

DARWIN, C (2001): El origen de las especies, Espasa-Calpe.

DAWKINS, R. (1993): El gen egoísta, Salvat.

DEHASSE, J. (2002): El perro agresivo, Publibook.

DODMAN, N y SHUSTER (1999): Psicofarmacología de los trastornos del comportamiento animal, Editorial Inter-Médica.

DOMJAN, M. (1998): The principles of learning and behavior.

DONALDSON, J. (1998): Dogs are from Neptune, Lasar Multimedia Productions.

DONALDSON, J. (2003): El choque de culturas, Kns ediciones.

FOX, M.W. (1992): Understanding your dog, St. Martin Griffin.

FOX, M.W. (1965): Canine behavior, Charles C Thomas.

HART, B.L. y HART, L.A. (1988): The perfect puppy: How to choose your dog by its behavior, W.H. Freeman and Company.

KNAPP, M.L. (1982): La comunicación no verbal, Paidós.

LANGE, K.E. (2002): "Wolf to woof", en National Geographic, January.

LINDSAY, S.R. (2000): Handbook of applied dog behavior and training, Iowa State University Press, 3 vols.

LORENZ, K.Z. (1975): Cuando el hombre encontró al perro, Tusquets.

MANTECA, X. (2002): Etología clínica veterinaria del perro y del gato, Edita Multimédica, 2ª edición.

MECH, D.L. (1997): The Arctic wolf, Swan Hill Press.

MORRIS, D. (1988): Observe a su perro, Plaza & Janes.

MORRIS, D. (1991): El arte de observar el comportamiento animal, Plaza & Janes.

O'HEARE, J. (2006): Neuropsicología canina, Kns ediciones S.C.

O'HEARE, J. (2006): Solo en casa, Kns ediciones S.C.

OVERALL, K.L. (1997): Clinical behavioral medicine for small animals, Mosby.

PAGEAT, P. (2000): Patología del comportamiento del perro, Pulso Ediciones.

RIBAS, O. (2001): "La reconciliación en el perro", en Mundo Científico (La Recherche), RBA Revistas, 226.

RIBAS, O. (2002): "XI Congreso Nacional y VI Iberoamericano de Etología", en Animalia, Reed Business Information, 147.

RIBAS, O. (2003): "La psicofarmacología ¿etología o alquimia?", en Animalia, Reed Business Information, 151 y 152.

RIBAS, O. (2005): Uno más de la familia, Barcelona.

RUGAAS, T. (2001): El lenguaje de los perros: Las señales de calma, Kns ediciones.

SERPELL, J. (ed.) (1995): The domestic dog: its evolution behaviour and interactions with people, Cambridge University Press.

SEWELL, K. (1995): Así aprende su perro, Hispano Europea.

SEWELL, K. (1999): Así es su perro, Hispano Europea.

SEWELL, K. (2002): "Los enigmas de la nueva etología", en Animalia: Reed Business Information, 148.

STRONG, V. (1999): The dog's dinner, Alpha Publishing.

STRONG, V. (1999): The dog's brain – A simple guide, Alpha Publishing.

TORTOSA, D.F. (1980): The right dog for you, Simon & Shuster.

VILÀ, O.C. et al. (1997): Multiple and ancient origins of the domestic dog, Science 276:1687-89.

WHITNEY, L.F. (1974): Psicología y adiestramiento del perro, Ediciones Bellaterra.

WOOD, D. (1999): Help for your shy dog; Turning your terrified dog into a terrific pet, Howell Book House.

